

La llave del Alquimista

Cristina Brambilla

Siruela



**CRISTINA
BRAMBILLA**

La llave del alquimista



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

La llave del alquimista

Primera parte

Mudanza sobre el agua

Un malvado juego de la oca

Castigada

La ciudad de los espejos

Un camello en Venecia

Segunda parte

El nigromante

Todo en una carta

¿Solo una pesadilla?

Alcachofas fritas

La dama de picas

¡Petrificados!

Tercera parte

El secreto de la clavícula

La Isla de los Muertos

El poder del talismán

Invisible para todos

El último vuelo

Agradecimientos

Créditos

LA LLAVE DEL ALQUIMISTA



*Al Barracuda, que transforma el plomo en oro,
y a los inventores del símbolo mágico.*

Primera parte



Mudanza sobre el agua



Los hombres cargaron la última caja de cartón en el camión. La chica asomó la nariz por la ventana para observar en silencio a su padre, alto y delgado, que aplaudía satisfecho. Aparte de la pecera de cristal de *Gustavo*, no se había roto nada importante. *Gustavo* tendría que hacer el viaje en tren dentro de una bolsa de plástico, pero su padre le había pedido que tuviera paciencia. Cualquier cosa era mejor que la alternativa, un viaje solo de ida al estanque del parque público, y mucho menos ahora que se acercaba el invierno. La chica dejó que su padre firmara el cheque para los hombres de la mudanza y fue a dar una última vuelta por la que había sido su casa durante trece años. Le pareció enorme, horrible, con las siluetas de los cuadros marcadas en la pared, las telarañas colgando del techo y enormes pelusas de polvo detrás de todas las puertas. Le pareció el lugar más feo del mundo y, aun así, ya lo echaba de menos.

Pensó que incluso *Gustavo*, encerrado en su bolsita de plástico, tenía aspecto infeliz. Después recogió del suelo la maleta de piel que contenía todas sus cosas y pensó que era terriblemente injusto que su padre hubiera vendido *su* casa para mudarse a «la ciudad más hermosa del mundo», y lo odió con todas sus fuerzas.

Cuando llegaron, llovía. La chica había ido de excursión a Venecia con el colegio cuando tenía ocho años y, entonces, también llovía. Volvió a ir con su madre dos años después y llovía. Aquel día, la laguna era del mismo color que el cielo y la lluvia caía sin cesar, dejándolo todo uniformemente acuoso. Los edificios que había al otro lado del canal parecían estar deshaciéndose, como si fueran hojas de papel. Quizá no exista una buena época para mudarse. En primavera hace viento, en verano calor, en otoño llueve y en invierno el abrigo siempre está en la última caja, debajo de montañas de muebles. Sin embargo, mudarse a Venecia en otoño es como retar al Zorro a duelo con una mano

atada a la espalda. ¿Por qué le hacía aquello su padre? «Porque es malo», se respondió la chica. Aquello fue lo único que se le ocurrió para explicarlo.

—¡Lucilla! ¿Qué haces ahí plantada con ese estúpido pez en la mano? No tenemos todo el día. Coge tu maleta y date prisa.

Lucilla pensó con envidia en la diosa Kali. Ella tenía ocho brazos y ningún problema para cargar con la bolsita de *Gustavo*, la maleta y el paraguas a la vez. De hecho, le habrían sobrado cinco para hacerle un corte de mangas a su padre. Afortunadamente, una mujer la protegió con su paraguas y así Lucilla pudo llegar a la parada del transbordador empapándose solo a medias. Si se hubiera parado un segundo a pensar, habría sostenido la bolsa del pez bajo la lluvia y la maleta bajo el paraguas, pero estaba demasiado enfadada para pensar. Una marabunta de turistas la arrastró hasta el transbordador mientras su padre, vestido completamente de negro, se sentaba lejos de las salpicaduras de agua y abría un mapa de la ciudad.

En ese momento, una barcaza pasó por delante de ellos, haciendo sonar la sirena. El padre alzó la vista, después buscó a su hija con la mirada y sonrió.

—Mira, Lucilla. Ahí va nuestro hogar.

En medio de los electrodomésticos desperdigados por la superficie de la barcaza, cubiertos de mala manera con una funda de plástico, estaban todos sus muebles. En Venecia, hasta las mudanzas se hacen en barca, lo que puede resultar incluso divertido. Depende del humor y de la seguridad con la que los muebles hayan sido colocados en la embarcación. A nadie le parece divertido rescatar su armario del fondo de un canal. De repente, una ráfaga de viento levantó un faldón de la funda, dejando al descubierto el marco del retrato de su madre. A Giulio Moneta se le ensombreció el rostro y volvió la cabeza para no tener que mirar.

¡Viva! ¡Aleluya! ¡Volvemos a casa! No soportaba más aquel asco de sótano lleno de alambiques. He pasado días enteros con las alas pegadas a la espalda por miedo a tirar alguno al suelo. Siempre con ese desastre de alquimista dispuesto a darme una colleja en los cuernos al primer despiste.

Recibí la noticia una tarde calurosa y ventosa de septiembre. No es que el clima cambie las cosas pero, por experiencia personal, sé que los humanos están de mejor humor cuando hace buen tiempo. Las parejas pasean agarradas de la mano, las faldas tienen más vuelo y las bicicletas corren como flechas frente a la fachada de la catedral, provocando accidentes desternillantes. Lo malo es que yo estaba encerrado en el fétido sótano, intentando no pisar las estrellas de cinco puntas dibujadas en el suelo ni los excrementos de ratón, en lugar de disfrutar de aquella deliciosa noche otoñal. Mientras limpiaba por enésima vez los recipientes con la escobilla, un chirrido sospechoso me distrajo y se me resbaló de las garras un destilador de esencias. ¡Crac! Cerré los ojos, esperando una escenita de mi socio, avaro como solo pueden serlo los alquimistas. En

cambio, para mi sorpresa, levantó la vista del tratado de anatomía demoníaca que fingía estar estudiando y me dedicó una mirada distraída.

–Una cosa menos que empaquetar. Eres un inútil.

–¿Perdone? –siseé, fingiendo desinterés.

Aquella críptica frase podía significar que estábamos a punto de terminar con una ininterrumpida serie de fracasos. ¿Querría aquel desgraciado abandonar ya la partida?

–Has entendido bien. Nos vamos de aquí. Milán ya no tiene nada que ofrecerme. Lo tengo todo preparado: la semana que viene estaremos en Venecia. He decidido cambiar de estrategia, pero ¿por qué te lo estoy contando? Total, a ti te da igual un sitio que otro...

¿Podría haberme tocado un socio más estúpido que este? Por supuesto que no. Si fuera un tipo con suerte, no me habría encontrado nunca en aquella situación. Pero, finalmente... ¡había terminado! O casi. El mago estaba decidido a mudarse a Venecia y resolver el asunto como habían hecho muchos otros antes que él: robando. Yo lo intuía desde hacía tiempo: nunca estaría capacitado para obtener ni siquiera un minúsculo fragmento de piedra filosofal, aunque hubiera estudiado hasta que se le consumieran los ojos. Y no digamos de producir un talismán digno de ese nombre. Por eso, por fin, había decidido apropiarse del esfuerzo de algún otro. O, para ser más exactos, de Algún Otro, dado que se trataba de los estudios del rey Salomón, el más grande entre los grandes. Yo sabía perfectamente que no iba a ser fácil, pero investigar en Venecia sería, sin duda, mucho más agradable que quedarse a cazar palomas en la cúpula de la catedral por la noche y a preparar pociones explosivas durante el día. ¡Oh, qué felicidad! La esencia me hormigueaba de placer al pensar en volver a casa.

Sin embargo, no había nada más alejado de mis intenciones que darle una satisfacción al mago.

–En efecto, parece un cambio positivo –fue mi único comentario mientras me inclinaba a recoger los fragmentos de cristal con la escoba de sorgo.

–Mmm... –refunfuñó el mago, estudiándome con ojos inquisitivos–. Tienes siete días para colocar todo el instrumental en los baúles que llegarán mañana. No te voy a pedir que los cargues tú porque, conociéndote, seguro que tardarías un siglo.

–¿Ha invocado a un *jinn*? Es muy arriesgado. Tienen las manos muy largas.

–Agentes de mudanzas. Una compañía distinta de la que transportará los muebles de la casa. Gente que no hace preguntas. No quiero correr el riesgo de que alguno de tus congéneres haga desaparecer un libro o un amuleto.

La sola idea de que aquel viejo chocho, incapaz de distinguir el elixir de la vida eterna del Vicks Vaporub, me confundiese con un *jinn* hizo que se me estremecieran todas las moléculas. Pero mantuve la boca cerrada (algo que, para las gárgolas, es un ejercicio difícilísimo). Hizo falta una desgracia para convencer al muy zoquete de que moviera el trasero; me imagino que ver a su mujer conectada a todos aquellos tubos no contribuyó a levantarle la moral, precisamente. Bueno, mira, peor para él. Se lo había buscado. Me

preguntaba cómo se lo habría tomado la chica, pero la curiosidad duró poco. Tenía un montón de cosas que hacer y no me quedaba ninguna duda de que el mago se iba a entrometer en absolutamente todas.

—¡Cuidado con eso, es muy antiguo! ¡Eso ponlo encima, que es frágil! ¡Los libros lejos de las cerillas! ¡Las mechas junto a los alambiques!

Siete días de suplicio. Pero como hasta las noches más largas tienen doce horas y mi socio, aunque fuera poco, de vez en cuando debía dormir, por fin llegó el momento de la partida.

Organicé un pequeño banquete privado de despedida en un lugar en penumbra, bajo las agujas de la catedral. No tenía mucho tiempo: si no me decidía a emprender el vuelo, me tocaría viajar por la autopista entre Milán y Venecia sobre el remolque de un camión. No debería haber bebido aquel vino espumoso con el estómago vacío. La cabeza me daba vueltas y la estatua del tipo a caballo con la espada, que normalmente se portaba bien y se quedaba quietecita en el centro de la plaza, parecía flotar en la niebla.

—Cerrad el pico, no me vais a convencer. Quedaos vosotras a vigilar estas cuatro agujas —mascullé en dirección a las otras gárgolas—. ¡Yo me voy a la Serenísima, a la Ilustrísima, a la Humedísima!

Con la mente nublada por la emoción del viaje, propiné un codazo poco camaradesco a mi vecino. Se escuchó un ruido sordo, después un silbido y un golpe lejano.

—Uy. Disculpa, amigo, lo siento mucho por tu pico —balbuceé.

Debajo de mí, un barrendero maldecía en dialecto milanés a todos los santos del cielo. De acuerdo, había llegado la hora de ponerse en marcha. Trepé hasta la aguja más cercana y desplegué las alas. Estiré los brazos como si quisiera atrapar el viento con las garras. Flexioné las rodillas, sintiendo cómo la tensión me recorría las patas desde las corvas hasta la grupa. Los espolones de las patas inferiores arañaron el mármol, dejando mi firma sobre el tejado de la catedral de Milán, aquella catedral de la que, por aquel entonces, conocía cada recoveco, cada sombra. Un segundo después, estaba volando. Por un momento me sentí feliz. Era poderoso y audaz. Realmente feroz y terrorífico. Después, volví la cabeza y me vi reflejado en las ventanas que había frente a mí. Aquellos cuernos penosos, las orejas desproporcionadas, la boca eternamente abierta bajo el hocico chato. Y la joroba, coronada por una fila de vértebras que sobresalían de la piel. Vi una gárgola, una monstruosa criatura de piedra. Terrorífica, sí. Feroz, puede. Pero, sin lugar a dudas, monstruosa. Tensé la cola para estabilizar la trayectoria, maldije el día y al hombre que me habían reducido a aquel estado y puse rumbo al este, hacia la esperanza.

—**¶** Hemos llegado. La casa está justo en el centro del viejo gueto judío.

«Qué alegría», pensó Lucilla. Desde que salieron de Milán, no había abierto la boca ni una sola vez y su padre no parecía haberse dado cuenta. Era un barrio de edificios altos

y estrechos que parecía imposible que aún se mantuvieran en pie. En las escaleras se percibía un olor a pis rancio que hizo que se le saltaran las lágrimas.

Su padre inspiró a pleno pulmón y, con una mirada febril, añadió:

—¿Lo notas? ¿Lo notas? ¡Este aire está cargado de energía!

Para que se quedara tranquilo, Lucilla dijo:

—Sí. —Y se resignó a seguir al padre por una escalera muy estrecha.

Subieron cinco tramos de escaleras y tuvieron la sensación de que, en los cinco rellanos, las mirillas se abrían y se cerraban a su paso sin hacer ningún ruido. Su padre rebuscó en sus bolsillos y sacó de ellos una larga llave de hierro oxidado. Por primera vez en meses, Lucilla sintió un pinchazo en el costado. La cerradura cedió sin demasiado esfuerzo y la puerta se abrió de golpe, dando paso a un apartamento de techos altos, con un suelo de azulejos en mosaico y estructuras de madera astillada. Un olor a moho y sudor mezclado con detergente abofeteó a Lucilla. Aquella casa no olía a casa. «Faltaría más», reflexionó, y ni siquiera tuvo que pensar en su madre para revivir su recuerdo. Los hombres de la mudanza trasladaban el contenido de las cajas al interior de los muebles ya montados, apartaban los que aún quedaban por montar y maldecían en un dialecto oscuro, de cadencia poco amigable.

—Vamos, Lucilla, deja el pez en el lavabo y vamos a comer algo. Tienes que estar muerta de hambre —dijo su padre.

Después se volvió hacia el porteador con la barriga más prominente y le preguntó dónde podían comer cerca de allí. Que no fuera un sitio turístico, especificó, guiñándole un ojo como si, a pesar de no haber deshecho el equipaje, ya sintiera que formaba parte de la ciudad. Lucilla fue a buscar el baño y, mientras el agua llenaba el lavabo y *Gustavo* conseguía, por fin, desentumecer las espinas, echó una miradita por la ventana. Más allá de la cortina de lluvia solo vio tejados, chimeneas, cornisas alambicadas y trozos de estatuas. Se quedó mirando hasta que se hartó. En lo único que pensaba era en el retrato de su madre, en qué fin tendría cuando su padre le pusiera las manos encima. Desaparecería, probablemente. No como habían desaparecido sus joyas y su ropa. Pero desaparecería, de eso estaba segura.

Saltaban pocas horas para volver a reencontrarme con mi Amada cuando me paré para hacer un descanso en una estación de ferrocarril que había más o menos a mitad de camino. Había recorrido kilómetros a vuelo sobre la autopista (cuando no hay niebla, es mucho más sencillo que seguir las corrientes de energía), lo que suponía demasiado ejercicio para un jovenzuelo de mi edad.

Estaba harto de hacer tanto esfuerzo, así que, silbando alegremente, esperé a que apareciera un tren directo y me subí a él. (Las gárgolas somos grandes silbadoras: debido a nuestra configuración morfológica, en teoría, deberíamos limitarnos a ahuyentar a los demonios con nuestra terrorífica apariencia y mantenerlos alejados de las iglesias. Pero

algún arquitecto ingenioso debió de pensar: «Oye, ya que estamos, ¿por qué no las usamos también para canalizar el agua de lluvia? ¡Serían unos canalones de lo más original!». Y así se explica por qué tenemos siempre la boca abierta. Supongo que no hace falta decir lo muchísimo que nos gustan estos gargarismos. Sobre todo si no llueve durante semanas y las palomas han dejado en los tejados algún recuerdo.)

Siempre me había gustado encaramarme a los vagones en marcha, y más de noche, cuando uno se puede acucillar sobre el techo del tren sin que nadie se dé cuenta de que una tonelada de granito viaja de gorra. El problema es que estos trenes modernos corren a una velocidad demencial, ululando como posesos en los pasos a nivel. La siestecita que tenía en mente se esfumó. Para mantenerme a bordo tenía que incrustar las garras en la chapa del vagón, provocando unos chirridos que daban dentera. Por eso, cuando llegamos a la primera estación, decidí despegar de nuevo. Tenía ganas de estirar las alas y, la verdad, estaba harto de que las bolsas de basura y las hojas de periódico me dieran en la cara.

Lo cierto es que aquello fue una pequeña imprudencia. Era una estación minúscula, sumergida en el más absoluto silencio. La locomotora debía de tener problemas, de lo contrario no se habría parado en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Eran el momento y el lugar perfectos para pirarme. Me enderecé, estirando los brazos y las piernas. Me masajé las patas. ¡Maldición! La empresa de mantenerme aferrado al tren me había desgastado las garras. Así que me dispuse a afilármelas contra un perno. Concentrado como estaba en mi pedicura, no vi llegar al ferroviario. Aunque, de repente, escuché una especie de suspiro, casi un gemido. Nuestras miradas se cruzaron un momento. La mía era impasible; la suya, consternada, apenas capaz de procesar la escena que estaba presenciando: una estatua con las alas de un enorme murciélago, joroba y una larguísima cola estaba haciéndose las uñas en el techo de su tren. Su cigarrillo se sostuvo durante un segundo sobre el labio inferior; después, el tipo puso los ojos en blanco y cayó al suelo cuan largo era. ¿Acaso es culpa mía el aspecto que tengo? No, no y no. Y, mira, quizá tuviera problemas de corazón desde hacía años sin saberlo y, ahora, gracias a mí, lo sabía. Una ventaja. Seguro que ahora dejaba de fumar y empezaba a hacer deporte para evitar un segundo infarto. Ignorando los quejidos del pobre diablo, me estiré con todo mi poder y malevolencia. Mientras el hombre pedía ayuda, yo aproveché una corriente ascendente para reemprender el vuelo.

Debería haber aprovechado mejor la excepcional ocasión de conocer mundo que mi inadecuado socio me había concedido. Los magos tienden a obsesionarse con su trabajo, conscientes de que, como máximo, tienen unos setenta años para descubrir la piedra filosofal. Siempre que una explosión no los mate antes.

Estaba pensando en todas las cosas que podría hacer en cuanto aterrizara cuando avisté aquel delicioso campanario. Era un convento modesto, pero armonioso y de aspecto tranquilo. Aparte de las fábricas, los almacenes y los espantos urbanísticos, poco más había visto en el camino entre Milán y Venecia. Hace tiempo que los humanos

dejaron de construir cosas interesantes para dedicarse solo a asuntos que les resultan rentables. Cuando fui con mi socio a Praga..., ¡allí sí que vi cosas grandiosas! Castillos iluminados por la luz rosada del alba, acogedores campanarios con cubierta en forma de cebolla, bandadas de ruidosas cornejas alpinas (correosas, pero con un sabor ahumado debido a su costumbre de reposar sobre las chimeneas que no estaba nada mal).

Aparte del aterrizaje de emergencia por un principio de congelación en las alas (por pecar de vanidoso y querer volar a altas cotas en pleno febrero), aquel viaje a la República Checa fue realmente magnífico. Además, Praga conserva una enorme tradición mágica. Algunas cosas nunca desaparecen del todo, solo se ocultan. A los magos, en efecto, eso se les da estupendamente. La situación les gustaba más cuando eran amados, temidos y venerados, claro, pero eso no sucede desde la época de los faraones. Y la verdad es que se lo han ganado a pulso.

Aterricé en el campanario. Estaba plagado de nidos y aproveché para tomarme un tentempié.

En ese momento, un guardia nocturno apoyó la bicicleta contra la pared del claustro y alzó la vista en dirección a mí, que estaba cómodamente sentado con un plumífero amigo entre los dientes. Por un segundo temí que me hubiera visto y que se pusiera a gritar como un poseso, obligándome a una huida apresurada. Pero no, el hombre estaba mirando la luna. Acababa de conocer a un romántico. Aquel era uno de los aspectos humanos que me gustaban. Lo malo era que, para que no me descubriera, tendría que mantener la postura un buen rato: el guardia se había bajado del sillín para sacarse del bolsillo un cuaderno. Mal comienzo. La Serenísima me esperaba y yo me veía obligado a quedarme allí, con un muslo de paloma colgando de las fauces, a esperar a que al poeta le llegase la inspiración.

Así, mientras intentaba ingerir mi merienda sin que el crujido de los huesos preocupase al joven (nadie con un sano sentido del ridículo debería escribirle versos a la luna, a no ser que esté enamorado; a los enamorados se les perdonan un montón de ridiculeces), pensé con impaciencia en el momento en el que las cosas retomarían su cauce y en todos los que (ferroviarios de corazón débil incluidos) volverían a mirarme con temor en lugar de con espanto. Porque son dos cosas muy diferentes. Decidí que había llegado el momento de hacerme un pequeño cambio de *look*.

Un malvado juego de la oca



Cuando sucede algo malo justo después de que haya ocurrido algo horrible, nadie consigue mantener los nervios a raya. Quizá por eso, Lucilla, después de encontrar a *Gustavo* boqueando en el lavabo en un mísero dedo de agua, empezó a llorar tan alto que una viejecita desconcertada se asomó desde el edificio de enfrente para ver qué pasaba. ¡*Gustavo* había estado a punto de morir por su negligencia, por su despiste! Lucilla lo había instalado en el lavabo sin darse cuenta de que el tapón dejaba pasar agua. Si hubiera tardado un minuto más, el pez rojo habría terminado, sin demasiadas ceremonias, en la taza del váter. Al principio, su padre intentó consolarla, después intentó hacer que razonara, pero ella seguía chillando. Después de muchos sorbos de agua con azúcar, finalmente se quedó dormida en el sillón. El padre aprovechó para ir a su despacho. Llevaban en Venecia muy poco tiempo, que habían pasado pintando y ordenando y, al día siguiente, empezaría a trabajar en una industria química. Había muchas cosas que preparar y muchísimos colegas a los que dar a entender que era un tipo listo. Y, cuanto antes, mejor. Sacó un billete de la cartera y lo dejó en la mesa. Después, le escribió a Lucilla un mensaje en el reverso del recibo del restaurante. Se puso una chaqueta oscura y cerró la puerta silenciosamente tras de sí.

Cuando se despertó, Lucilla encontró una nota en la que su padre le decía que usara el dinero para comprarle una pecera nueva al pez y que se quedara con la vuelta. Lucilla se secó los ojos. Miró por la ventana y se dio cuenta de que había dejado de llover. Las casas tenían ahora un aspecto ligeramente más sólido pero, sobre todo, más colorido. Parecía un buen momento para salir de aquel apartamento y hacer frente a la nueva situación. Con el dinero que tan fácilmente acababa de ganar, pensaba comprarse un billete solo de ida a Milán. Iría a ver a su madre.

Antes, sin embargo, había que resolver el problema de *Gustavo* que, aunque

traumatizado, seguía vivo. Lucilla localizó una olla, la llenó de agua y metió dentro al pez. Buscó un par de zapatos que pudieran resistir a un temporal pero, tras peinar todos los rincones de la casa, se dio cuenta de que las botas de goma debían de haberse perdido durante la mudanza. Se puso unas deportivas viejas que, tras un solo día en el trastero, ya olían a moho. Respiró por la nariz para que el aire le llegara al fondo de los pulmones, como su madre le había enseñado. Al séptimo intento, consiguió calmarse. Después, se anudó la bufanda al cuello y salió dando un portazo.

Bajó las escaleras de puntillas con toda la calma del mundo. Su padre era de los que siempre hacían horas extra. Nevara o lloviera, hiciera sol o viento, siempre llegaba a casa a la hora de la cena. Y, aún con la servilleta en el regazo, siempre estaba dispuesto a volverse a marchar. ¿Acaso podía culpar a su madre por haberlo dejado? Si hubiera podido, ella también lo habría dejado. Sumida en sus pensamientos, Lucilla no se dio cuenta de que ya había llegado al bajo. Se quedó un momento en el portal y miró primero a la derecha, después a la izquierda, sin saber muy bien qué camino tomar. Sabía de sobra que todo el mundo se pierde en Venecia, que la ciudad parece diseñada aposta para confundir a los turistas. No se dio cuenta de que, a sus espaldas, había una puerta abierta ni de que un viejecito se había asomado y la miraba con curiosidad.

—¿Necesitas algo?

Lucilla se sobresaltó. Detestaba que la sorprendieran por la espalda.

—¿Te he asustado? No era mi intención. Me llamo Leone Wehwalt, vivo aquí desde hace sesenta años. Soy el dueño. ¿Quieres un vaso de agua?

—No puedo entrar en casa de desconocidos —respondió Lucilla, con la esperanza de que a oídos de su padre llegara la noticia de su buen sentido común.

—No te he pedido que entres. Si quieres, te lo traigo yo. Espérame aquí —contestó el viejo.

El hombre se había dejado la puerta abierta. Lucilla vio un apartamento modesto, decorado con unos pocos muebles que parecían recién salidos de una subasta benéfica y espantosos tapetes que cubrían las zonas en las que los sillones estaban desgastados. Sin embargo, todo estaba impecablemente limpio. Los cristales resplandecían y el suelo estaba tan pulido que, para evitar resbalar, habría que haber llevado ventosas en las suelas de las zapatillas de andar por casa.

—Aquí lo tienes. Te he traído horchata en vez de agua —le dijo el dueño del apartamento.

—Gracias. Yo me llamo Lucilla Moneta. Vivo en el quinto piso.

—Ah, sí, ya lo sé. Os he visto a tu padre y a ti subir con los hombres de la mudanza. Tu presencia aquí nos hará bien a todos. Aquí solo vivimos vejestorios, seguro que nos viene bien tener cerca a una chica joven y simpática. Así, si nos caemos por las escaleras, habrá alguien para recogernos.

Lucilla sabía que no era simpática, pero al viejo le llevaría un tiempo descubrirlo. Mientras lo hacía, podía beberse sin remordimientos la horchata que le ofrecía.

—Te invitaría a entrar, pero sé que no puedes. Quizá otro día, cuando también esté mi hermana.

—¡Ah! ¡Ahora lo entiendo! —exclamó Lucilla.

—¿El qué?

—La casa. Está demasiado limpia y ordenada para ser la casa de un viejo solitario.

Lucilla no había terminado la frase cuando sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Apenas hacía unas horas que había llegado al edificio y ya estaba demostrando ser una persona odiosa. El viejecito, que tan amable había sido con ella, la señalaría cuando se la encontrara por la escalera como ejemplo de mala educación. No había escapatoria. Se obligó a forzar una sonrisa de disgusto y esperó.

—Todo el mundo dice apreciar la sinceridad, pero odian a las personas sinceras. Nadie tiene ganas de encontrarse con una cara a cara. Eso es como decir que te encantan las mariposas y rociar sus capullos con insecticida —dijo él.

Lucilla suspiró aliviada; quizá el daño aún no fuera irreversible.

—Como te imaginarás, yo no soy una excepción —concluyó el señor Wehwalt, cerrándole la puerta en las narices.

«Perfecto», pensó Lucilla al tiempo que apoyaba el vaso vacío junto al felpudo: un amigo menos, y eso que ni siquiera había terminado de deshacer las maletas. Y *Gustavo* la esperaba en la olla, algo que, seguramente, no le haría sentir tranquilo. Lucilla comprobó que llevaba el mapa en el bolsillo de los pantalones y se aventuró en el laberinto que se abría más allá del portal.

Desde mi ubicación, veía toda Venecia. Desde el Cannaregio hasta los espantosos Jardines de los Franceses, que habría demolido sin dudar. Allí abajo estaban las islas de San Servolo y San Michele, también conocidas como Isla de los Locos e Isla de los Muertos, respectivamente. Suspiré de gusto: volver a casa es una experiencia que justifica cualquier viaje. Me hubiera encantado poder ir volando a ver a mis amigos al arsenal donde los venecianos llevan siglos construyendo sus formidables barcos y contarles todo lo que me había pasado, mis aventuras, mis experiencias con alquimistas excéntricos, las sensaciones que había experimentado en aquellos años pero... ¡no lo hice! Mi aspecto me creaba muchas situaciones incómodas. Tendría que aguantar solo unos pocos días, semanas como mucho, para poder volver con la cabeza bien alta al arsenal y retomar el lugar que me correspondía por derecho. Por eso, cerré el hocico, me esforcé por sonreír y le dije al alquimista:

—Socio, este lugar es fantástico. Es la casa más parecida a una torre de toda Venecia.

El hombre, vestido de negro, me sonrió con los dientes apretados. Era el tipo de persona que se siente ofendida cuando le haces un cumplido porque sospecha que, en realidad, piensas todo lo contrario. Sin embargo, aquella vez estaba equivocado.

—¿Creías que iba a conformarme con menos?

Tuve que darme la vuelta para no echarme a reír en su cara. ¡Menudo imbécil! Estaba realmente convencido de que el prestigio de un alquimista era directamente proporcional a la altura de su vivienda. Ignoraba que la torre no es más que un símbolo que se asocia con el lugar que contiene físicamente los artilugios del alquimista. Ni después de muerto comprendería que la torre alquímica suprema es el mundo.

Giulio Moneta se acercó a mí para susurrarme al oído:

—Sé cosas que no puedes ni imaginar. Estoy cerquísima del resultado. Te habrías dado cuenta si hubieras pasado más tiempo en el laboratorio en lugar de encaramado a la cornisa mirando el arsenal con los lagrimones cayéndote de los ojos.

Me sentí tentado de responderle que, si en los últimos cuatro años yo no hubiera estado en su maldito laboratorio, haría tiempo que habría explotado como un petardo y que su hija habría tenido que llorar la pérdida de *dos* progenitores. Eso si la chica era tan estúpida como para llorar la pérdida de un padre como él, que lo único que hacía era contar mentiras. Le decía que se quedaba hasta tarde en la oficina cuando, en realidad, se encerraba conmigo y con los alambiques y no le contaba la verdad, que lo habían despedido de, por lo menos, diez laboratorios, porque en lugar de trabajar se enredaba con sus experimentos. Pero no tenía ganas de estropear todo mi trabajo por culpa de un poco de orgullo, así que mantuve la boca cerrada.

—Bueno. ¿Y cuándo pretende echarle mano a la clavícula? Lamento tener que recordarle que, el año pasado, en Nochevieja, me dijo exactamente lo mismo. Estábamos precisamente en Venecia, si no me equivoco, y usted no hacía más que contarle a todo el que encontraba por la calle que tenía que mudarse aquí por ciertas investigaciones que estaba llevando a cabo. Una imprudencia, si se me permite la observación...

El mago agitó una mano con gesto de indiferencia para indicarme que me alejara de la ventana abierta.

—Esta vez es distinto: sé dónde está escondida. Lo único que debemos hacer es descubrir si está sometida a algún tipo de vigilancia y, si ese fuera el caso, idear cómo eludirla.

—Y me imagino que aquí es cuando yo entro en escena.

Giulio Moneta se levantó de la silla en la que tenía apoyado su triste trasero. Se asomó a la ventana y yo lo imité, con cuidado de que no me viera nadie. La buhardilla que mi socio había elegido como laboratorio alquímico solo permitía que la mirada se perdiera por los tejados de la ciudad. Lástima que durante el transporte de las cajas, los hombres de la mudanza hubiesen dejado caer una con material sospechoso. Todo sucedió a la vista de los vecinos. Teníamos que tener cuidado: muy pronto, toda la Venecia alquímica estaría siguiendo nuestros pasos con atención.

Bandadas de apetitosas palomas levantaron el vuelo desde la cúpula de la Basílica de San Marcos, bajo la luz dorada del atardecer, mientras mi socio susurraba:

—¿Para eso estás aquí, no? Yo encuentro la clavícula, tú la sacas de su escondrijo. Yo te transformo en lo que tú quieras, tú te largas de aquí y no acercas nunca más tu

asqueroso hocico a mi persona. Ese es el pacto. Por lo que sabemos, la clavícula puede llevar aquí siglos, pasando desapercibida. Quizá no esté protegida por ningún encantamiento y tú puedas hacer tu trabajo sin correr ningún riesgo. Tanto mejor, ¿no te parece?

Por el resplandor de sus ojos comprendí que esa favorable perspectiva no se la creía ni él. Que el objeto mágico más poderoso del mundo reposase plácidamente bajo el polvo de la historia era el más increíble de los cuentos. Sin embargo, discutir con él en aquel momento, si de verdad era cierto que estábamos a un paso del final de cuatro años de convivencia forzosa, habría sido una estupidez. Además, yo estaba realmente contento de haber vuelto a Venecia, y el hecho de que mi arrogante compañero hubiese montado su laboratorio en medio de las nubes (y de mi adorada niebla) por temor a las inundaciones me pareció un buen augurio.

—¿Se puede saber entonces dónde se esconde nuestro tesoro, el que le otorgará el poder que en el pasado tuvieron Salomón y Nabucodonosor, el que le permitirá llevar a cabo obras grandiosas, como el Templo de Jerusalén o los Jardines de Babilonia? Porque eso es lo que quiere hacer con la clavícula, ¿no es así? Pasar a la historia como uno de aquellos dos inolvidables, inmensos, inmortales soberanos.

—Cada cosa a su tiempo —respondió aquella carroña humana, haciéndome sentir un siervo más que un socio.

Lo odié, porque era la pura verdad: era su siervo. Para vengarme, contesté:

—¿Aquella chica de los zapatos rotos no es su hija? A su mujer no le habría gustado verla ir por ahí con esas pintas.

El mago se sobresaltó. Imperceptiblemente, pero lo hizo. Detestaba que le recordaran a su mujer. Bien, habíamos hecho tablas. El hombre se quedó mirando un segundo la cabecita rubia que desapareció al girar una esquina. Después, miró de reojo el retrato de la mujer, rubísima, hermosísima, que estaba en el suelo, apoyado de mala manera contra la pared. Si esperaba que no me hubiese percatado de la escenita, estaba muy equivocado. Él, sin embargo, hizo como si no hubiera pasado nada.

—Lucilla tiene trece años y puede llevar las pintas que le dé la gana.

«Claro, siempre que eso la mantenga alejada de tus asuntos», pensé. Durante un segundo sentí una gran compasión por aquella chica medio huérfana. Me pregunté qué sería de ella cuando su padre hubiese alcanzado sus objetivos. Yo tenía mis propias sospechas: la frase empezaba por *internado* y terminaba por *Suiza*, pero decidí que aquel tema no era asunto mío. Para mí, el futuro comenzaba y finalizaba con mi transformación. Además, ¿acaso no se suponía que tenía el corazón de piedra?

En un principio, Lucilla hizo frente a la situación con calma y meticulosidad. Dobló la primera esquina, paró al llegar a un soportal y se sacó un mapa del bolsillo intentando no parecer una turista bobalicona. Después se dio cuenta de que esa actitud hacía que se

pareciera a su padre y decidió que le daba lo mismo lo que los venecianos pensarán de ella. Al fin y al cabo, su aspecto agraciado la protegía.

Alzó la mirada y se vio reflejada en las ventanas de un restaurante. Incluso así, vestida de cualquier manera y despeinada a propósito, era una chica preciosa. Se parecía a su madre y, cada vez que se miraba en el espejo, volvía a verla. Dio la espalda a la ventana del restaurante y miró a su alrededor. El sol del atardecer arrancaba destellos de todas las ventanas. De repente, le dio la impresión de que la placita en la que se encontraba irradiaba luz. Lucilla se sintió como si estuviera dentro de una especie de hechizo y, durante un segundo, se sintió feliz de estar en Venecia. Pero, antes de seguir caminando sin rumbo, tenía que averiguar qué estaba buscando. Caminó con paso decidido hacia una librería y preguntó dónde podía encontrar una tienda de animales. El dependiente le respondió de manera simple y clara, indicándole el camino en el mapa. Parecía sencillo.

Subió y bajó por lo menos una veintena de puentes, todos diferentes entre sí y, a la vez, muy fáciles de confundir. Había intentando marcarse puntos de referencia pero, como cada edificio tenía un detalle que la obligaba a fijarse en él, todos terminaron convirtiéndose en objetos singulares. Las calles eran tortuosas, como si a los venecianos les pareciera un síntoma de imperdonable dejadez trazarlas con líneas rectas.

Lucilla sintió celos de los gatos que paseaban por minúsculas cornisas a un centímetro del agua, porque parecían tener la libertad de ir a cualquier parte, mientras que ella, cada vez que se encontraba con un callejón sin salida o (y esto sucedía más frecuentemente) topaba con un canal, se veía obligada a desandar sus pasos y empezar de nuevo.

Una hora después, sin saber cómo, se halló de nuevo en el punto de partida sin haber encontrado la tienda de animales. Frente a ella estaban el soportal, el restaurante, la librería donde había pedido ayuda y la esquina que, si doblaba, la llevaría de vuelta a casa. Su edificio era inconfundible, se lo reconocía por el tejado: su casa era aquella que tenía una grotesca estatua junto a la chimenea. Solo que, ahora, la figura de las enormes orejas parecía más próxima al canalón. «Otra de las rarezas de esta ciudad», pensó Lucilla: nada era lo que parecía y el más pequeño error podía hacerle perder los estribos.

De hecho, en aquel preciso momento, Lucilla se sentía prisionera de un malvado y gigantesco juego de la oca. Intentó orientarse. La plaza era la misma de donde había partido, lo ponía en una placa con un montón de nombres en hebreo que había en la pared. Solo que, ahora, el orden de los puntos de referencia era justo el contrario. Soportal, restaurante, librería. ¿O sería más bien librería, restaurante y soportal? Lucilla no lo recordaba y el corazón le empezó a latir desbocado. Sin embargo, había algo de lo que podía estar segura: la luz era distinta. Había pasado de amarillo dorado a morado plomizo.

Las nubes bajas se cernían sobre los tejados, amenazando con un segundo diluvio universal. Un grupo de hombres que hablaban en dialecto veneciano la sacaron de sus ensoñaciones. No entendía una palabra de lo que decían: podían estar hablando en veneciano o en chino mandarín.

Con movimientos rápidos y precisos colocaron una serie de pasarelas de madera junto a los canales. Justo en ese momento, del cielo empezó a caer una cascada de agua.

Con la melena pegada al cuero cabelludo y un principio de resfriado, Lucilla volvió sobre sus pasos. El mapa, en el bolsillo de los pantalones, se le estaba empapando: pronto resultaría inservible y no tenía la más mínima idea de dónde podía comprar otro. La librería vendía libros escritos con caracteres desconocidos que a Lucilla se le antojaron minúsculas mesitas de noche.

Cuando llegó al portal de su casa, tenía mojada hasta la ropa interior. Y no podía abrir porque solo tenía la llave del apartamento, no la del portal. Al borde de un ataque de nervios, empezó a golpear primero el marco, después la madera y, por último, se puso a dar patadas a la puerta gritando el nombre de su padre a pleno pulmón. Finalmente, la puerta se abrió una rendija con un chirrido lúgubre.

—¡Papá, abre, soy yo! —chilló Lucilla.

Una nariz ganchuda se insinuó por la rendija, seguida inmediatamente por un ojo azul.

—¿Quién eres? —preguntó una voz chillona que combinaba a la perfección con la nariz y con el ojo.

—Lucilla Moneta, quinto piso.

—Ah, esa —concluyó la voz antes de decidirse a abrir la puerta.

La chica entró en la casa de un salto, sacudió los pies para dejar escurrir el agua y se apartó la melena sobre los hombros.

—¡Achús!

—¿Te has olvidado las llaves? —dijo la voz.

Solo entonces Lucilla levantó la mirada. Por supuesto, se había olvidado de dar las gracias. Un punto más para su antipatía, uno menos para ella y otra vecina que la catalogaría sin dudarle como una mocosa maleducada.

—Es que todavía no tengo la llave del portal. Solo tengo la del apartamento, de momento. Gracias por abrirme. ¿Usted es la señorita Wehwalt?

La mujer que le había abierto la puerta abrió los ojos de par en par. Eran idénticos a los de su hermano, quizá un poco más grandes. O quizá diera esa impresión porque llevaba rímel y sombra de ojos.

—¿Señorita? —repitió la mujer.

—Bueno, si vive con su hermano, debe de ser soltera.

—O viuda —replicó la mujer con una sonrisa divertida.

—¡Ah! También, claro. ¿Enviudó hace mucho?

—No, soy célibe. Que es otra manera de decir soltera.

Lucilla empezaba a sentirse molesta a la par que resfriada. No le gustaban los rodeos. Si uno era viudo, huérfano, soltero o cojo, ¿por qué no podía decirlo claramente? Pero ella solo tenía trece años y la gente no tenía reparo en mandarle callar cuando expresaba aquella opinión. Aquella era otra de las cosas que la ponían de mal humor. Mientras

tanto, la vieja solterona la agarró por la chaqueta y la arrastró al interior de su apartamento.

—Vamos, que me estás mojando el felpudo. Mañana olerá a perro muerto. ¿A qué estás esperando, a que te dé una invitación por escrito?

—¡Es que no puedo entrar en casa de desconocidos! —protestó Lucilla, aferrándose al marco de la puerta—. ¡Mi padre no me deja!

—Seguro que tampoco te deja que pilles una pulmonía. Vamos: tenemos la chimenea encendida en la salita, aunque la calefacción no la encenderán hasta dentro de un mes.

Lucilla se quedó un momento pensando en dónde estaba el truco. Al no encontrar respuesta y considerando muy poco probable que le fuese a suceder una desgracia, decidió fiarse de la señorita Wehwalt. De todos modos, ¿qué era lo peor que le podía pasar?

La señorita Wehwalt le ordenó que dejara los zapatos destrozados y los calcetines en la entrada, junto con la chaqueta. La obligó a ponerse un par de zapatillas de andar por casa, lo que le resultó muy agradable porque estaban calentitas de haber estado junto al fuego. Le pidió que se envolviera en una manta y que se sentara en un sillón forrado de tapetes de ganchillo. Finalmente, le ofreció una taza de té caliente, dulce y oscuro, que Lucilla calificó de delicioso.

Después de una serie de estornudos, la chica recuperó la voz.

—Hoy he conocido a su hermano.

—¿Ah, sí? Ahora mismo se está bañando. ¿Cómo se te ha ocurrido salir con el tiempo que hace?

¡*Gustavo*! Se había olvidado por completo de la operación pez. *Gustavo* debía de estar muerto de miedo en la olla que su padre usaba para cocer pasta. ¿Qué hora era? El reloj marcaba las siete y media. Su padre no volvería del trabajo hasta dentro de una hora, pero tenía que encontrar una solución, aunque fuera temporal.

—Estaba buscando una tienda de animales —respondió Lucilla cuando se dio cuenta de que la anciana la miraba con ojos inquisitivos—. Tengo que comprarle una pecera nueva a mi pez.

—Pero bueno, niña, si hay una justo al doblar la esquina.

—No la he encontrado —protestó Lucilla.

—Bueno, seguro que estará escondida —dijo la mujer como si fuera la cosa más evidente del mundo—. Esta es una ciudad confusa, ya te darás cuenta.

—Mientras tanto, lo he metido en una olla. Y mi padre me va a montar un numerito.

—Ya veo.

Lucilla se tomó unos segundos para observar a la dueña de la casa. Era igual de alta que su hermano, tenía la misma complexión y hasta los mismos rasgos. La única diferencia era el cabello, del mismo blanco amarillento, pero peinado de manera distinta. Ella lo llevaba recogido en un moño; él, largo hasta el cuello.

—¿Son gemelos?

—Sí. Pero, con lo mandón que es, Leone ha sido siempre el cabeza de familia. Solo ahora, que somos viejos, hemos conseguido llevarnos bien. Cuando teníamos tu edad, nos comíamos vivos.

—Mi abuela tiene su edad, más o menos.

—¿Ah, sí?

—Más de setenta años. Pero está un poco loca. Vive en una residencia, en Francia.

—¿Por qué en Francia?

—Porque es francesa. Y desde que mi madre se casó con mi padre no quiso volver a Italia, ni siquiera para la boda. Vamos..., bueno, solíamos ir a verla en Navidad y en verano.

Lucilla avistó una foto en blanco y negro sobre la repisa de la chimenea. Dos niños bajo una sombrilla. Idénticos si no fuera por la ropa y el corte de pelo.

—¿Son ustedes?

—Antes de la Guerra. Estábamos en Lido. Hace... —respondió la mujer al tiempo que se levantaba de su sillón—. Escucha: en cualquier momento Leone va salir de la bañera tal como Dios lo trajo al mundo y no creo que te haga mucha gracia verlo en ese estado.

Lucilla se incorporó de un salto, como si le hubiera mordido una tarántula. Apoyó la taza sobre la repisa, justo al lado de la foto.

—No me ha dicho cómo se llama.

—Ruth —respondió la mujer mientras le tendía un jarrón de cristal del tamaño de una televisión—. Esto debería servir de pecera a tu pez. Ya me lo devolverás cuando consigas encontrar la tienda.

—Quizá tarde un poco.

—No te preocupes. Tengo más jarrones. Ahora vete y... gracias por la visita.

Castigada



Lucilla subió los peldaños de tres en tres por las ganas que tenía de transferir a su nueva vivienda al pez rojo. Incluso después de añadir piedras, conchas y un cenicero de cerámica con forma de caballito de mar, el jarrón que le había prestado la señorita Wehwalt era un recipiente enorme. Se quedó un rato mirándolo. Tenía la superficie decorada con un relieve de copos de nieve, lo que provocaba que *Gustavo* pasara en pocos segundos de inofensivo pececillo rojo a monstruosa criatura de las profundidades.

Luego lavó la olla sin detergente, porque todavía no lo habían comprado. Mientras limpiaba los excrementos del pez de las paredes de la olla, Lucilla deseó con todas sus fuerzas que su padre decidiera llevarla a comer pizza. Después se dedicó a vaciar las cajas. El cuadro que había visto de pasada en la barca de la mudanza no apareció por ningún sitio.

Lucilla recordaba el cuadro, pero no demasiado bien. La verdad es que, en su recuerdo, los colores empezaban a desvanecerse como los de las fachadas de las casas bajo la lluvia. Los contornos de su recuerdo estaban poco definidos. De lo que sí se acordaba era de las larguísimas tardes en las que su madre había tenido que posar, durante horas que se le antojaron infinitas, en el estudio del pintor.

Por aquella época aún vivía en su caótica, fea y adorada ciudad. Habían pasado pocos años, pero parecía un siglo. Su madre solo le soltaba la mano cuando atravesaban el parque que separaba su casa del estudio del pintor, un amigo de la abuela. Casi podía oler el aroma de las pinturas y del aceite de linaza. Le pareció escuchar las voces del pintor y de su madre, las charlas que mantenían cuando ella terminaba de posar y tomaban té juntos mientras ella, todavía una niña, jugaba con los pinceles. Después se acordó del dinero que su padre le había dado y que todavía no se había gastado. Pensó que *Gustavo* estaba perfectamente instalado y que, total, la nueva pecera podría esperar unos días.

Recordó haber visto carteles con indicaciones para llegar a la estación de tren. Recordó que no pertenecía a aquel lugar y que tenía un plan para fugarse.

—**E**stá en la estación. Mojada como un pollo. ¿No ha escuchado los estornudos? Parecían las trompetas del Juicio Final.

El alquimista Giulio Moneta asintió con seriedad e ignoró (o hizo como si ignorase) mis ingeniosos chistes. Si hay algo que odio en este mundo es hacer de canguro y temía que, en aquella nueva situación veneciana, con la mocosa haciendo de las suyas, escapándose de casa y enfermando de pulmonía, la tarea iba a ser un tormento.

El alquimista suspiró. En mis años de colaboración con magos de varios niveles, había escuchado por lo menos un millón de veces aquel tipo de suspiro. Expresaba rabia y frustración.

—¿Entonces? ¿Va a ir a buscarla? —pregunté.

—¿Qué está haciendo en la estación?

Entonces fui yo el que suspiró.

—Ya se lo he dicho. Estornudar. Y esperar un tren, supongo. Si no, no entiendo qué narices hace allí a estas horas de la noche.

—Supongo que habrás estado un buen rato buscándola antes de dar con ella —dijo el hombre, enderezando la espalda.

Detestaba aquella costumbre de los alquimistas de no admitir nunca un fracaso. En su cabeza, su hija tenía que ser a la fuerza una joven astuta e impredecible, cuando lo cierto es que era una chica triste e incapaz de resignarse. En eso sí que demostraba ser hija de su padre. Decidí mentir.

—Por supuesto. He tenido que sobrevolar por lo menos cien manzanas a lo largo y a lo ancho, arriesgándome a ser descubierto. Menos mal que esta lluvia le quita a la gente las ganas de pasear mirando al cielo.

Ese último detalle era cierto, pero era el único. La verdad es que había tenido que exprimirme el cerebro menos de un segundo para averiguar dónde se escondía la muñequita. No hacía falta un psicólogo ni un detective, bastaba con una cabeza un poco menos obtusa que la de mi socio. Después de encontrarla, lo que hice fue volar como un loco sobre la laguna, a lo ancho. Una deliciosa hora de diversión desenfrenada.

—Creo que quiere volver a casa —añadí.

El alquimista apartó la mirada del cuadro que había tirado en el suelo y se asomó por la ventana del laboratorio. Fuera, Venecia luchaba contra el «agua alta». Parecía que fuera a empeorar, pero era solo un movimiento estratégico, estaba seguro. En cuanto saliera el primer rayo de sol, el mar volvería a su cauce, derrotado. Y la Serenísima volvería a emerger de las olas en todo su salado esplendor. Aquella era una batalla estacional, que se combatía todos los otoños, cuando la lluvia hacía subir el nivel de los canales, sitiando los edificios e inundando los sótanos. Mientras pensaba, el mago sacó

un teléfono móvil del bolsillo de los pantalones. Marcó un número y avisó a la policía de que su hija se había escapado de casa y de que él sospechaba que estaba en la estación. Dijo que, con aquel clima, no conseguía encontrar un taxi y que se estaba muriendo de la angustia. Evidentemente, el policía se lo tragó todo, porque el señor Moneta le dio las gracias mil veces, le indicó su dirección y colgó.

—¿No va a ir a recogerla? Quiero decir, en persona.

El alquimista me dedicó una sonrisa alegre, aunque quizá fuera más correcto decir astuta.

—Mi hija es un hueso duro de roer. Cuando vuelva a casa escoltada por la policía, como Pinocho, habrá aprendido una lección de humildad. La policía le dirá que su padre sabía dónde encontrarla. Este hecho, aparentemente misterioso, hará que me tenga mayor respeto. Y dejará de pensar que sus meteduras de pata me dejan indiferente.

—Lo que, naturalmente, es falso —añadí mientras me miraba una garra con parsimonia.

—Por supuesto —respondió—. Aunque es cierto que tendré que preocuparme un poco por ella los próximos días. La distraeré, le compraré una buena pecera para su mascota y caballitos de cristal de Murano.

Las razones por las que aquel hombre pensaba que podía comprar el afecto de la pequeña salvaje con un caballito de cristal eran, para mí, la única cuestión misteriosa de aquella situación. A decir verdad, todo aquello de la paternidad era un enigma para mí, así que quizá fuera posible que, a fin de cuentas, el mago tuviera razón. La verdad es que me daba lo mismo, así que decidí archivar el caso y pasar a cosas más importantes.

Fui a reunirme con él frente a la ventana. El inconfundible olor de mi laguna me hizo cosquillas en la nariz. Gasolina, contaminación, petróleo, nada podía camuflar del todo la naturaleza de aquella extraordinaria ciudad. Como el cuerpo de una sirena, sinuoso y translúcido, Venecia dormitaba a mis pies.

Me sentí invadido por un extraordinario sentimiento de poder. Nada parecía imposible entre las paredes de aquella torre, en la casa más alta del gueto, en el laboratorio de mi alquimista. Lo habíamos conseguido. Sacaríamos la clavícula de su oscuro escondrijo. Haríamos que las cosas volvieran a ser como eran. Solo que teníamos que hacerlo de prisa.

—¿Cuándo nos pondremos manos a la obra, entonces?

—Evidentemente, no durante el fin de semana. Hay demasiados fisgones. Lo haremos así: yo me ocuparé de mi hija mientras tú te ocupas de investigar quién más está llevando a cabo nuestra misma investigación. Noto el olor a magia en el aire. Incienso, hechizos...

Lo miré con desconcierto. Pero ¿dónde se creía que estaba?

—No existe ningún lugar en la ciudad en el que la magia se practique desde hace tanto tiempo y con mejores resultados que aquí, en el gueto judío. Aquí los niños aprenden la cábala antes que las tablas de multiplicar —dije—. Aquí, en los pasadizos secretos que comunican las tres sinagogas y que, a excepción de unos pocos iniciados, nadie conoce, se dice que está escondida la cuchara de plata con la que se dio forma al Golem.

El alquimista tomó aire, satisfecho, hinchando el pecho raquíutico. Era un idiota, no lo olvidemos, así que tuve que ser más específico.

—Lo que quería decir, en realidad, es que se ha metido en la boca del lobo. Aquí, las paredes tienen ojos y oídos. Tenemos que ser cautos.

Mi socio dio por finalizada mi tanda de consejos haciendo un gesto vago con la mano. Aquel mismo gesto se lo había visto hacer a muchos otros antes que a él una infinidad de veces en varias épocas históricas y nunca significaba nada bueno.

—Yo solo soy un pobre químico con una hija rebelde y problemas familiares. Nadie sospecha de mí.

He de admitir que estaba empezando a ponerme nervioso. El gueto, como sabiamente indican todos los libros y manuscritos alquímicos que hay en circulación, es el lugar más seguro de Venecia para esconder un talismán, pero también es el barrio en el que habitan los mejores conocedores de lo oculto. Nadie, y mucho menos un pánfilo como Giulio Moneta, podía permitirse bajar la guardia.

—La mitad de los libros que me ha hecho «pedir prestados», por decirlo de alguna manera, de las bibliotecas de media Europa desprenden un aura que hace que en comparación la aurora boreal parezca un cirio de iglesia. Y esto no es Milán, donde había una catedral de mármol radiactivo que disimulaba las vibraciones, como ya le he explicado... ¿cuántas veces? ¿Mil? No, si se lo hubiese dicho solo mil veces, es posible que se le hubiera olvidado. Debo de habérselo repetido... veamos... una vez al día multiplicado por cuatro años son...

El mochuelo se volvió para mirar los estantes de roble, brillantes por los kilos de cera de abeja y el sudor de mi frente que los recubrían. Sobre ellos, en fila como soldaditos de plomo, había libros de todos los idiomas y formas posibles. Daba la impresión de que lo estuvieran esperando. Sin embargo, solo un imbécil creería tal estupidez. Pero que era un imbécil ya lo había dicho, ¿verdad?

—Escucho ruido abajo —dijo en aquel momento Giulio Moneta—. Creo que ha llegado la policía. ¿Por qué no aprovechas para dar una vuelta por los lugares que solías frecuentar de niño?

Los lugares que solía frecuentar de niño son tan remotos y sagrados que tú, con tu insignificante experiencia, no osarías siquiera imaginarlos. Eso es lo que me hubiera gustado decirle. Pero, en su lugar, respondí:

—De acuerdo, mensaje recibido. Me esfumaré.

Inccluso con los ojos cerrados y a oscuras, Lucilla habría sabido describir su antigua habitación. El arcón que había a los pies de la cama. La silla junto al armario, con la ropa perfectamente doblada sobre ella. Las contraventanas por las que se filtraba la luz dorada que reflejaba la Madonnina, la estatua dorada de la Virgen en la aguja más alta de la catedral. Al recordarlo se le puso la misma expresión que se le ponía a su madre cuando

le contaba cómo había conocido a su padre de joven y cuánto lo quería. Después, en algún momento, dejó de contarle aquella historia y, desde entonces, cuando miraba a Giulio Moneta, la mirada dejó de iluminársele.

Ahora, tendida en su vieja cama en una habitación nueva, Lucilla ya no sabía dónde estaba. De su madre no había vuelto a tener noticias y su padre se estaba comportando incluso peor de lo que había previsto. La había humillado delante de la policía. Le había echado una bronca monumental sin mencionar siquiera que ella lo único que quería era ir a ver a su madre, que estaba en el hospital, en coma, quizá para siempre. Después la había mandado a la cama sin cenar, con el estómago vacío y una frustración que se concentraba en un molesto nudo en la garganta.

No conseguía conciliar el sueño. Seguía visualizando la escena en la que llegaba a casa en lancha motora, con la chaqueta prestada de un policía sobre los hombros. Por costumbre había levantado la mirada para buscar la estatua a la que dirigía sus oraciones cuando aún vivía en Milán y, en su lugar, había visto aquel hocico aplastado, aquellas orejas enormes, aquella figura que había tomado por una estatua pero que no podía ser una estatua porque cambiaba continuamente de posición. De hecho, aquella noche estaba asomada a la ventana de la buhardilla. Y, a su lado, estaba su padre, con los codos apoyados en el alféizar. La lancha motora atracó y le pidieron que bajara. Cuando volvió a alzar la vista, la luz se había apagado y las dos siluetas que había frente a la ventana habían desaparecido.

«Venecia es más interesante de noche que de día», pensó mientras caminaba escoltada por los agentes de policía. Demasiado silenciosa. El sonido de sus pasos y sus estornudos hacían eco al rebotar contra las paredes de las casas viejas, mientras los escasos clientes de las tabernas la observaban, de pie frente a la puerta de los locales, charlando con la última copa en la mano. Lucilla no se acordaba de la dirección exacta, pero había conseguido explicar que vivía en la casa más alta del gueto y con eso parecía haber bastado. Subió los cinco pisos con una cara larguísima, preparada para una escenita de su padre.

Sin embargo, su padre había usado el viejo truco del pobre hombre, solo con una hija a la que sacar adelante en los tiempos que corren y con las cosas que se escuchan por ahí. Los policías habían asentido con un gesto comprensivo y, con extrema delicadeza, no habían hecho preguntas sobre la madre.

Lucilla se sorbió la nariz y decidió levantarse. No quería que su padre entrase en la habitación para decirle por enésima vez lo cruel e imprudente que había sido, así que no encendió la luz. Como aún no sabía orientarse en aquella habitación, se golpeó la rodilla con la arista de una columna y consiguió llegar a la ventana a tientas. El cristal estaba congelado. Afuera, una niebla impenetrable cubría la ciudad como un sombrero. No se veía a un palmo de distancia. Y era una imagen tan hermosa y tan... ¡milanesa!

Por un segundo, Lucilla tuvo la certeza de que todas las piezas de su vida volverían a encajar. Su madre se despertaría, les explicaría por qué había hecho lo que había hecho y

su padre le permitiría ir a vivir con ella. De repente, escuchó que alguien maldecía en veneciano y un ruido estrepitoso, como si unas pesadísimas alas batieran como locas para evitar un obstáculo. Después, un golpe. Se escuchó justo encima de su cabeza y también se oyó un chirrido similar al que hace un cuchillo sobre un plato (atribuible a un frenazo) y una nueva maldición. Lucilla pensó que quizá hubiera caído un misil en el tejado. «Un misil pilotado por alguien», se dijo mientras esperaba que la lámpara del techo dejase de tintinear.

Ansiosa por saber qué estaba pasando, se asomó a la ventana, retorciendo mucho el cuello. Intentó mirar hacia arriba pero, de repente, le entró miedo de que le pasara lo mismo que a su madre: golpearse la cabeza y quedarse vegetal. Sintió que se estaba quedando helada y una capa de sudor le perló las sienes. Volvió a entrar sigilosamente en la habitación, justo cuando por la rendija de la puerta se insinuaba una luz. Su padre estaba en el pasillo. Lucilla escuchó cómo echaba el cerrojo y un repiqueteo de zapatillas de andar por casa en el rellano. Volvió a meterse en la cama con los pies fríos y una idea en la cabeza. En el piso de arriba había una buhardilla, ahora estaba segura. Una buhardilla frecuentada por su padre y por una persona de aspecto, horario y hábitos extraños. Lo que le había parecido una estatua debía de ser un ser humano, aunque extremadamente feo. Así, a bote pronto, parecía un misterio. Algo que no era lo que parecía ser. Mientras estrujaba la almohada, de repente increíblemente feliz, Lucilla pensó que quizá hubiera llegado ese momento que todos los hijos esperan: el momento de chantajear a sus padres.

La ciudad de los espejos



Giulio Moneta sacó a su hija de la cama cuando aún no habían dado las ocho de la mañana. Abrió la ventana de par en par y le ordenó que se diera prisa: tenían por delante un día ajetreado. Estaba lloviendo otra vez y la humedad empañaba el espejo del baño. Su padre la obligó a ponerse las deportivas rotas y la mandó a comprar dos capuchinos y dos cruasanes.

—Tienes un cuarto de hora, ni un minuto más —le dijo.

Lucilla esperó a que su padre echase mano de la cartera, inmóvil bajo el marco de la puerta, con el paraguas en la mano y un gesto de altanería.

—Se te acaba el tiempo. Ya solo te quedan catorce minutos.

—Pero es que en el bar no me conocen. No me van a querer fiar —protestó Lucilla.

—Ni se te ocurra intentarlo, señorita. —Sonrió él—. Todavía tienes el dinero que te di ayer. El mismo que usarás para comprar una pecera nueva y la entrada a la Basílica de San Marcos.

—¿Qué? ¡Pero si no quiero ir! ¡Y mucho menos pagar la entrada!

—Trece minutos. ¿Sabes, cielo? Creo que te conviene ganar tiempo e ir corriendo a la ida. A la vuelta te va a resultar más difícil: con las tazas en la mano, te arriesgas a caer y romperte los dientes. Oh, doce minutos.

Diez minutos más tarde, Lucilla abordaba la complicada tarea de abrir la puerta del portal con una bandeja en una mano y un paraguas chorreante en la otra. Sus pies producían un curioso chapoteo cuando los apoyaba en el suelo y las deportivas estaban empezando a adquirir un ligero olor a almeja. En ese momento, una cabeza despeinada surgió del vano de la puerta del bajo. El señor Wehwalt levantó la mirada hacia ella, quizá curioso por saber de dónde provenía el chapoteo. Hizo una mueca y arrugó la nariz. Era

una copia exacta de su hermana, solo que con una expresión mucho menos amable en la cara.

—Ven a ver a Ruth esta tarde; total, yo estaré encerrado en mi despacho. Quizá todavía tenga un par de botas de goma que no haya donado a los pobres.

—Buenos días a usted también. Dígale a su hermana que no podré devolverle el jarrón hasta mañana. Y me gustaría pasar a saludarla, pero no sé si me dará tiempo porque...

—¿Tienes que ir a la comisaría? —la interrumpió el viejecito.

Lucilla no supo qué más decir. Su madre solía llamar a aquello «el síndrome de la escalera». Solo que ella lo decía en francés. Es lo que pasa cuando te hacen un comentario maleducado y tú te quedas como un idiota, y se te ocurre una respuesta cuando ya es demasiado tarde. Exactamente eso era lo que le estaba pasando a ella. Siguió subiendo las escaleras, pensando en aquello, mientras su cerebro maquinaba maldades con que replicar a aquel viejo entrometido. Solo que, cuando se le ocurrieron, ya le había dado con la puerta en las narices.

Su padre la esperaba mientras observaba el colgador que, en su ausencia, había clavado en la pared de la cocina. En el suelo había trozos de pintura podrida.

—Estas paredes dan asco. Si intentásemos colgar un cuadro, la casa entera se desplomaría sobre nuestras cabezas.

Lucilla estuvo a punto de preguntarle por el retrato, pero pensó que era mejor dejarlo. Estaba harta de discutir. Tenía hambre y el capuchino se le iba a quedar templado o, lo que es lo mismo, imbebible.

Apoyó la bandeja con cuidado y dirigió a su padre una mirada esperanzada. Quizá lo de la basílica solo lo hubiera dicho por decir, para asustarla. Era su padre y a la fuerza tenía que saber que ella detestaba visitar monumentos. Además, llovía a cántaros y no tenía ni un solo par de zapatos impermeables que ponerse. Así que hizo amago de quitárselos.

—Oh, ahórrate el esfuerzo. Te las vas a tener que volver a poner dentro de nada.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—¿A ti qué te parece?

—Pero es que tú no has salido, y en la calle está lloviendo como no te puedes ni imaginar. La gente tiene que caminar sobre pasarelas de madera y se tarda media hora en avanzar un metro porque resbalan y hay que dejar pasar a las viejecitas. Nadie saldría de casa con este tiempo, a no ser que no le quedara más remedio.

—Exactamente. A nosotros no nos queda más remedio. Tenemos recados que hacer. Lugares fabulosos que visitar. Y no puedes vivir en una ciudad que no conoces.

—Pero yo...

—Tú, dentro de nada, empezarás el instituto y ni siquiera sabes dónde está. No conseguiste encontrar la tienda que buscabas y, cuanto antes te sepas ubicar, mejor. Estoy seguro de que cuando empieces a orientarte en Venecia se te pasarán las ganas de

volver a casa. Ah, y acuérdate de llevar un pañuelo: ayer pescaste un buen resfriado durante tu paseíto nocturno.

Lucilla apretó los puños con tanta fuerza que notó cómo le crujían los nudillos.

—Bien —continuó Giulio Moneta—, ¿estás preparada para enamorarte de esta fantástica ciudad?

Aquel día, Lucilla aprendió muchas cosas de su nueva ciudad de acogida. La primera fue que ni un maremoto conseguía ahuyentar a los visitantes de las zonas turísticas. Una marabunta de personas de todas las edades y nacionalidades posibles subían y bajaban en tropel de los puentes. Subían y bajaban de los transbordadores. Un ejército de hormigas empapadas se agolpaba a las puertas de las iglesias y los restaurantes, forradas de la cabeza a los pies con capas impermeables.

Aunque hubiese querido, no habría podido mirar a su alrededor, de lo ocupada que la mantenía la tarea de esquivar las puntas de los paraguas. Eso y sonarse la nariz. Se fijó en que las botas de goma costaban casi lo mismo que los bolsos de piel de cocodrilo, por eso no se sorprendió cuando vio a un chico más o menos de su edad con una cicatriz sobre la ceja caminar descalzo a pesar del frío. A continuación lo vio introducir la mano en el bolsillo de un señor que llevaba una fortuna en máquinas de fotos colgada del cuello y, entonces, tampoco se sorprendió.

Poco antes de marcharse de Milán, la enfermera que cuidaba a su madre le había contado que Venecia era la patria de los carteristas. A ella le habían robado la cartera una vez. Recordando aquella advertencia, Lucilla se había escondido el dinero que le había dado su padre en un calcetín y aún se acordaba de la cara del camarero cuando pagó el desayuno con aquel billete.

Por culpa de la lluvia, del gentío y de que su padre se había equivocado de transbordador, la jornada comenzó en Lido. Lucilla tuvo que contenerse para no ironizar sobre el infalible sentido de la orientación de su padre ni sobre cómo aquella ciudad parecía disfrutar haciendo que los turistas se perdieran. «Parece que lo hace aposta», pensó Lucilla. Si es cierto que las ciudades tienen alma... bueno, la de Venecia, definitivamente, era burlona. Incluso sádica, podría decirse.

Lo único que vio del famoso Lido fue la fachada del casino, porque su padre se negó a bajar de la cubierta del transbordador para no tener que enfrentarse a una repetición en directo del diluvio universal. Lucilla se dio cuenta de que él también estaba comenzando a perder los nervios y, entonces, empezó a divertirse, a pesar de estar mojada hasta los huesos y del molesto picorcillo en la garganta que anticipaba la llegada de la tos.

Media hora después desembarcaron en la plaza de San Marcos. Giulio Moneta aprovechó el trayecto para enumerar todas las reliquias que albergaban las iglesias de Venecia. La lista comprendía brazos, manos, brazos *con* manos, cabezas, dientes, mandíbulas y huesos varios. Esta afición por los huesos de cristianos célebres, le explicó con una sonrisa el señor Moneta, llevó al Dogo de Venecia a erigir la espectacular basílica

que se elevaba ante sus ojos y que custodiaba la reliquia más preciada de los venecianos: los restos del cuerpo de san Marcos Evangelista.

Llegaron en la hora punta de visitas, a mediodía. La afluencia era impresionante. Cómo reprimían los venecianos el impulso de armarse de lanzallamas y exterminar a toda aquella gente que se abría paso a codazos y movía las manos en todas las direcciones para indicar quién sabe qué maravilla arquitectónica sin preocuparse de si, por casualidad, un ojo se encontraba en su trayectoria, era todo un misterio para Lucilla. Su padre le señaló un león alado que había en lo alto de una columna, la torre del reloj y el elegantísimo bar que había bajo los soportales.

Ella solo era capaz de fijarse en la ingente cantidad de personas que hacían cola frente a la basílica. Tendrían que esperar horas. Incluso con las botas de goma puestas, seguía teniendo frío en los pies y las deportivas empapadas le pesaban en la mochila. Lucilla se resignó con un suspiro. Reconsideró sus opiniones sobre las enfermedades estacionales. Quizá una buena bronquitis le hubiese evitado posteriores excursiones de placer. Lo único que le interesaba descubrir de aquella nueva ciudad estaba en el gueto viejo, más exactamente, justo encima de su habitación.

Cuánto jaleo por cuatro tejas rotas. Los que no dominan el arte de volar o del aterrizaje de emergencia no deberían opinar al respecto. Lo que sí deberían hacer es empezar a preocuparse, por ejemplo, de qué hacía la pánfila de su hija asomada a la ventana. Es más, de por qué no se quedaba nunca donde le decían. Es un comportamiento típico de las mocosas bonitas. Piensan que pueden salirse siempre con la suya y están constantemente entrometiéndose y pisándote los talones. Bueno, las patas. En fin, las extremidades inferiores. Afortunadamente, gracias a la bendita niebla, la pánfila de cabellos dorados no me había visto. Pero yo sí la había visto a ella, sí. Con aquella expresión entre «al borde del llanto» y «dispuesta a arrancarte las orejas a mordiscos».

Si pensaba en su hija, no envidiaba en absoluto a Giulio Moneta. Nunca lo había envidiado, la verdad. ¿Quién querría ser un espécimen humano que, para más inri, era presuntuoso, ignorante y patán? ¿Quién querría ser de carne mortal, en perpetuo estado de descomposición, en lugar de estar hecho de sólido granito? Granito imperecedero, inmortal, apenas un poco erosionado por la contaminación...

Para resumir, diremos que estaba volviendo al laboratorio, también llamado buhardilla asquerosa, para recoger una gaviota que había reservado para la cena (las gaviotas solo se pueden comer en invierno, porque con el calor se llenan de lombrices), cuando, por un pelo, no me estrellé contra la chica. He aquí por qué tuve que aterrizar precipitadamente sobre el tejado, despertando a mi socio, que se presentó ante mí en bata y zapatillas de andar por casa a darme un sermón sobre lo importante que es tener prudencia. Él. A mí. Él, que se pasea por el gueto hasta San Pietro di Castello con manuales alquímicos que

habían pertenecido al rabino Loew y a Isaac Newton. Dejando a su paso un rastro de magia que hasta un sabueso habría podido seguir.

Cuando su mujer estaba viva (bueno, más viva que ahora), la pequeña fisgona estaba a las diez en la cama con un libro. Y yo vivía tranquilo. Afortunadamente, el alquimista me había prometido que la agotaría durante el día y que la traería a casa muerta de cansancio. Así caería rendida antes incluso de poder tocar la almohada.

Lo deseaba con toda mi alma. Ya estaba harto de la preadolescencia. Estábamos tan cerca de la clavícula... Si el idiota se hubiese centrado en descifrar las inscripciones árabes que le había indicado, en vez de llevarse de paseo a la tocanarices de su hija, quizá estaríamos incluso más cerca. Ya la tendríamos, de hecho, y yo volvería a ser tan hermoso como era antes. Con mis alas emplumadas, el hocico altivo y una imponente melena. Estaba harto de esquivar todas las superficies reflectantes que me encontraba en mi camino. Teniendo en cuenta que Venecia es la patria del cristal y de los espejos de agua, comprenderéis que era una tarea complicada. Y luego estaban las miradas divertidas de los que no sabían quién había sido realmente en el pasado. Yo era un león, un león con mi evangelio bajo el brazo. Bueno, bajo la pata. En fin, que ya estaba bien de aguantar tonterías.

Mientras me limaba las garras con un rallador (por hacerle un pequeño feo a mi señor socio, que usaba aquel instrumento solo para el oro), pensaba que ya era cuestión de pocos días. Horas, incluso, si la aguafiestas se quedaba quietecita en su sitio. O sea, lejos de mí. Aquella buhardilla era todavía más estrecha que el sótano anterior. Y el olor de los experimentos y de la presunción del alquimista me daba náuseas.

Me moví con la cautela a la que estaba acostumbrado para esquivar el alambique que contenía el mejunje que le garantizaba la prolongación de su miserable vida. Me pregunté cómo reaccionaría la chica si supiese aquello. Me la imaginé corriendo a curar con ello a su madre, llena de esperanza. Pobrecita, qué decepción.

El patán tragaba todas las noches una asquerosa pócima de mi invención que no servía ni para hacer crecer ortigas en el campo. Pero él se la bebía, todo satisfecho. Era por aquella receta secreta que me mantenía a su lado. Le había contado que el rabino de Praga suministraba mi brebaje al emperador Rodolfo y que, gracias a él, el augusto protector de los magos escapaba a todos los intentos de envenenamiento que sufría contra su persona. Y este cero a la izquierda era tan absolutamente ignorante que no sabía que Rodolfo había reinado siglos antes de mi accidente. Me creyó a pies juntillas. Estaba convencido hasta tal punto de la eficacia del brebaje que, en cuatro años, no le había salido ni una miserable arruga, que lo único que viene a probar es lo fuerte que puede llegar a ser el poder de la mente.

Apagué el fuego que calentaba el alambique y añadí la ración habitual de limadura de garra de mi pulgar izquierdo. Y ya estaba listo. Ahora tenía dos opciones: ponerme cómodo en el único rincón vacío de la buhardilla mientras esperaba a que volviera el patrón o dar una última vuelta a vuelo rasante sobre la laguna. Quizá incluso encontrara

algo que picar. Estaba a punto de abrir la ventana y largarme cuando un movimiento a mi izquierda captó mi atención. Apenas vi una sombra, pero fue suficiente para que se me estremeciera toda la esencia. Estaba solo en aquella ratonera, de eso estaba seguro.

Lo que acababa de ver era una especie de eco, una sombra del pasado. Una chica que estudiaba, inclinada sobre las páginas de los libros del alquimista, con una expresión tan atormentada que hacía estremecer las venas de las muñecas. Una fracción de segundo después, había desaparecido. Decidí posponer el picoteo para más tarde. Aquella sensación no me gustaba ni un poquito. Escuchaba sonar una alarma dentro de mi cabeza. ¿Qué narices hacía un fantasma en mi buhardilla?

Lucilla dejó escapar un «oooohh» de admiración cada vez que consideró necesario dejar satisfecho a su padre. Cuando él le mostró la bola de oro de la Basílica de San Marcos, por ejemplo. O cuando le enseñó los mosaicos que albergaba en su interior. Había conseguido reprimir los bostezos, pero no había tenido el mismo éxito con los estornudos. El resfriado había explotado con el fragor de una andanada de cañones. Además, Lucilla era consciente de que tenía la frente ardiendo y la espalda congelada. «Perfecto», pensó; una buena gripe la obligaría a quedarse en casa unos cuantos días. Siempre que sobreviviese a la visita guiada de las vidrieras de la catedral, claro.

Cuando salieron de la basílica, de hecho, su padre puso rumbo hacia la ribera que llamaban Riva degli Schiavoni y se puso a contarle cómo eran las antiguas prisiones venecianas, que estaban unidas al Palacio Ducal por el Puente de los Suspiros. A los detenidos los encerraban en celdas con el techo tan bajo que se veían obligados a adoptar posiciones terribles para la columna vertebral y en las que, además, en verano, hacía un calor insoportable. También los metían en celdas subterráneas, infestadas de ratas grandes como caniches, que se inundaban con las primeras lluvias. Allí los deudores, los criminales, los prisioneros de guerra y los alquimistas experimentaban en carne propia las garras del león, la justicia de los dogos, los duques gobernantes de Venecia.

Lucilla estaba preguntándose cómo podía ser que tanta gente considerase aquella ciudad lo suficientemente romántica como para ir allí de luna de miel cuando, de repente, el sonido de una sirena cortó el aire. Giulio Moneta agarró a su hija del brazo y la arrastró tras de sí hacia la parada del transbordador. Un torrente de lluvia les golpeó el rostro antes incluso de que consiguieran abrir el paraguas. El agua les llegaba a las rodillas. Una ola helada se introdujo dentro de las botas de Lucilla, que tuvo que quitárselas para evitar perderlas. Descalza, desesperada al pensar qué demonios podía habersele metido dentro de las botas y con la mochila pesándole una tonelada, la chica miró a su padre. Él sabía qué significaba el sonido de la sirena: que el agua estaba subiendo. De hecho, el acontecimiento no había pillado por sorpresa ni a un solo veneciano, cómodamente instalados sobre las pasarelas, mientras que los turistas,

desprevenidos, caminaban a tientas entre las olas. Vio al chico de la cicatriz. Desde lo alto de la pasarela, Giulio Moneta le tendió una mano a su hija.

—Venga, sube. ¿Por qué te has quitado las botas?

—Porque las tenía llenas de agua. Me quedan grandes y no quiero perderlas.

—¿Todavía sigues con eso? —exclamó él, aupándola de mala manera para que se pusiera a su lado—. Te las he comprado grandes para que te duren un poco. Solo tienes trece años, todavía no has dejado de crecer. Si te pones dos pares de calcetines, te quedarán perfectas.

—*Très bien.*

—Te he dicho mil veces que no hables en francés.

Lucilla abandonó la discusión para concentrarse en el aspecto misterioso de aquel asunto. ¿Por qué se comportaba su padre como si fuera veneciano? Por lo que ella sabía, solo había estado allí de viaje de novios. ¿Qué lo había hecho reaccionar tan rápidamente cuando había sonado la sirena: el clásico sentido común que caracteriza a los adultos... o quizá otra cosa?

En el transbordador, Lucilla se dio cuenta de que estaba realmente enferma. Habría dado lo que fuera por un asiento y, luego, por si fuera poco, les quedaba un paseíto hasta casa. Su padre se dio cuenta inmediatamente de la ventaja que tenía sobre ella y aprovechó la situación.

—¿Lo haces aposta?

—¿El qué?

Lucilla se esperaba cualquier cosa menos una pregunta tan directa. Últimamente su padre no dejaba de sorprenderla. Y ella detestaba las sorpresas.

—¿Por qué te pones ahora a hablar en francés? Nunca antes lo has hecho.

No le quedaba más remedio que responder sinceramente:

—Es que no puedo más. Yo no quiero olvidarme de...

—¡NI LA NOMBRES!

El grito de su padre hizo que la gente que estaba a su alrededor se volviera para mirarlos. Luego, tras muchas miradas de reproche que ignoró ampliamente, Giulio Moneta volvió a hablar. Su voz era apenas un susurro.

—Te pedí, te imploré, que no volvieras a hablar de tu madre después de lo que nos hizo. No quiero pensar en ella y, por tu propio bien, lo mejor sería que hicieras lo mismo.

Dicho aquello, el hombre vestido de negro que Lucilla llamaba padre giró la cabeza hacia la laguna y no la movió hasta que llegaron a su destino.

—¿Quién es? —gruñó una voz al otro lado de la puerta del bajo.

—Lucilla Moneta. ¿Está su hermana?

—Un momento.

Lucilla esperó de pie un par de minutos y, después, como la cabeza le daba vueltas, se

sentó sobre el felpudo. Cuando, tras una eternidad, la puerta se abrió, Lucilla se estaba quedando dormida con la frente apoyada contra el marco.

—¡Pero, niña! ¿Qué haces en el suelo? Entra.

Lucilla llegó al sillón ayudada por Ruth. La anciana avivó el fuego, le quitó los calcetines y el jersey empapados y los colocó sobre el respaldo de su silla. Luego, se sentó junto a ella.

—¿Quieres una taza de caldo caliente? ¿Un té?

—Un té, quizá. Si usted también se hace uno.

Ruth desapareció diez minutos, durante los que Lucilla se sintió muy cerca de estar en el paraíso. Vio una estantería llena de libros y se preguntó si allí habría algo de su gusto. Sus libros, una variada colección de novelas fantásticas, nunca habían salido de Milán.

Ruth apareció con dos tazas y un platito lleno de galletas que resultaron ser saladas.

—¿En qué idioma están? —preguntó Lucilla, señalando la estantería con la mano libre mientras con la otra removía el azúcar.

—En hebreo.

—He visto libros parecidos en una librería de aquí cerca.

—Claro, es que estamos en el gueto viejo.

Lucilla había estudiado en el colegio la historia del pueblo judío, pero aquella era la primera vez que conocía a uno de sus miembros.

—¿Usted es judía?

—Sí.

—¿Su hermano también?

—Claro. Volvimos aquí después de la guerra.

—Ah.

—Durante la guerra estuvimos fuera.

Lucilla intentó atisbar bajo la manga de la blusa de la mujer. Y ella se dio cuenta. Se arremangó el puño. Bajo la tela, sobre la piel blanquísima, Lucilla leyó un número. Terminaba en dieciocho. La edad anhelada, aquella con que, finalmente mayor de edad, se marcharía de casa.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo Ruth en ese momento, trayendo a Lucilla de vuelta al presente.

—Lo siento. Yo...

Ruth sonrió y volvió a abotonarse el puño.

—No es culpa tuya. Fue culpa de los nazis, de los republicanos, de todos los que miraron a otro lado. Tú ni siquiera habías nacido. Ahora, dime, ¿te encuentras mejor?

—No mucho.

—¿Tienes fiebre?

—Mi madre se está muriendo —respondió ella de pronto.

—¿Qué?

Durante un rato larguísimo, lo único que se escuchó fue el sonido del reloj sobre la

chimenea y el de la lluvia al golpear contra el cristal de la ventana. Después Lucilla bajó la voz y dijo:

—¿Dónde está su hermano?

La anciana se sobresaltó y dos profundas arrugas se formaron sobre sus cejas.

—¡Ah! Leo está encerrado en su despacho. Está escuchando música con los auriculares puestos y no asomará la nariz mientras tú estés aquí. No puede escucharnos.

Lucilla inspiró un par de veces, indecisa sobre si seguir o no hablando. Pero pensó en el número que su vecina tenía en el brazo. Después pensó que si había alguien que pudiera entenderla, quizá estuviera allí mismo, justo delante de ella. Sus amigas se habían cansado pronto de esperarla en la puerta del hospital y de prestarle pañuelos. No sabía nada de ellas desde hacía semanas.

Así que tomó aire y dijo:

—Mi madre tuvo un accidente gravísimo. Llovía mucho, como ahora.

La anciana asintió, pero no dijo nada, así que Lucilla siguió hablando, sintiéndose un poco más segura.

—Mi padre dice que nos estaba abandonando. En el coche solo llevaba una maleta y algo de ropa.

Lucilla hizo una pausa. Quizá, después de todo, no quisiera contárselo todo.

—¿Tú no sabías nada?

La chica negó con la cabeza.

—Mi madre ya no era feliz con nosotros, por eso se estaba escapando. Mi padre no quiere hablar de ella. Dice que tenemos que olvidarla.

—¿Y tú, qué piensas?

—Yo creo que no se habría ido sin mí. Pero ahora está en el hospital y no se despierta y ya no puedo preguntárselo.

El reloj de péndulo dio siete campanadas. Ruth apoyó la taza en la mesita, pero no le cogió la mano, ni intentó acariciarla, cosa que Lucilla agradeció.

—Ahora tengo que irme. Mi padre me está esperando para cenar.

Ruth recogió los calcetines y el jersey del respaldo de la silla y se los tendió. Después fue a la cocina a llevar la bandeja. Cuando volvió, Lucilla estaba de pie, vestida y con los ojos secos.

Ruth la acompañó a la puerta.

—Lo siento —dijo Lucilla, lanzando miraditas nerviosas a la puerta del despacho, casi como si temiera que el señor Wehwalt asomase la cabeza e hiciera algún comentario sobre las chicas lloronas—. No he tenido tiempo de comprarle una pecera a *Gustavo*.

—No hay prisa, en los últimos cincuenta años nadie me ha regalado flores —respondió Ruth con una sonrisa amarga—. Y, si quieres hablar con alguien, de lo que sea, ya sabes dónde encontrarme.

A continuación le devolvió los zapatos en una bolsa y cerró lentamente la puerta.

Un camello en Venecia



–Tenemos que irnos de aquí. La buhardilla está encantada –siseé.

La lluvia había empezado a colarse por el tejado, lo admito, a través de las tejas que rompí durante mi último aterrizaje de emergencia. Goteaba justo en el centro de mi cabeza, pero decidí no moverme porque, normalmente, la imagen de la lluvia deslizándose por mi hocico chato produce un efecto escénico bastante impresionante. Bien lo saben los arquitectos de Nôtre Dame, en París. Le di la noticia sin preámbulos, confiando en el hecho de que los humanos no se sienten muy a gusto en compañía de espectros. Pero no había contado con la arrogancia del alquimista. Él entrecerró los ojos y se pasó una mano por el pelo. Después me hizo apartarme del taburete sobre el que estaba posado para poner un cubo. Había recipientes diseminados por toda la buhardilla, lo que le restaba un poco de atmósfera mágica al laboratorio alquímico de mi socio.

–Mira, ya tengo bastante con las tonterías de mi hija. Solo faltaba que ahora tú...

Cerré la boca con tanta fuerza que se me astilló un diente.

–Quizá no he sido suficientemente claro: en esta buhardilla hay un fantasma.

Giulio Moneta sacó de una caja de cartón un medallón con la imagen de la maga Medea, la patrona de los alquimistas, y lo brillantó con la manga de su chaqueta.

–Los fantasmas no existen.

¿Cómo? ¿Aquel pánfilo creía que era posible transformar el plomo en oro y no creía en los fantasmas? La mente humana no dejaba de sorprenderme, y nunca era para bien.

–¿Me está diciendo que tengo que quedarme aquí, a jugar al escondite con un espíritu burlón?

El alquimista colocó el medallón sobre una repisa y suspiró sonoramente.

–¿Y qué si hubiese un fantasma? ¿Qué más te da?

Ahora era mi turno de poner los ojos en blanco. Me miré con ensayada desenvoltura la garra limada y dije:

—Ah, no, ya ve, si a mí me da igual. El problema es que la chica fantasma podría ser una espía. ¿No se ha parado a pensarlo? Podría estar aquí para observar e informar. Quizá tenga algún familiar vivo interesado en la clavícula.

Moneta estiró la espalda y me dedicó una sonrisa divertida.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién? Si, como dices, es el espíritu de una joven, eso quiere decir que vivía aquí. Seguramente fuera judía. Y, precisamente por eso, no creo que le queden parientes con los que hablar.

Aquella referencia a la muerte de tantas personas me hizo sentir escalofríos. Estuve en Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. Conocía bien aquel gueto y, de aquella época, no tenía recuerdos precisamente divertidos.

—Cuánta indiferencia en un hombre tan joven —repliqué—. Indiferencia desaprovechada, además. Debería haber nacido babosa.

Giulio Moneta ignoró mi comentario y, sin tan siquiera levantar la cabeza, dijo:

—Mañana mi hija tendrá que quedarse en la cama. Ha pillado un buen resfriado. Yo aprovecharé para investigar el lugar que me dijiste. Aunque no entiendo cómo puede ser que la clavícula haya ido a parar a un canal. Estaba convencido de que tenía que estar escondida en una de las tres sinagogas.

—Yo lo único que sé es que he seguido el rastro de la clavícula de Jerusalén a Babilonia, de Alejandría a Egipto y, de allí, hasta Venecia. Y el rastro lleva al canal de la Madonna dell'Orto. Según mis fuentes, un miembro de la guardia negra sarracena encontró la clavícula e intentó llevarla de regreso a su país de origen, pero un sicario que desconocía el tesoro que el sarraceno escondía, lo mató de un golpe en la nuca. Es cierto que han pasado muchos siglos desde entonces, pero ¿qué le cuesta intentarlo? ¿Acaso no es por eso por lo que estamos aquí?

—Tendré que esperar a que el agua baje.

—Entonces estamos buenos. Viento fuerte del sur, marea alta, lluvia en la montaña y tormentas en el mar: se dan todas las condiciones para que el agua alta no baje ni un milímetro. Y puede que estemos así un mes. ¿Por qué no se sumerge?

—Veré qué puedo hacer. ¿Has comprobado el equipo?

Asentí. Cuanto antes me librara de aquel individuo, antes volvería a respirar. Plegué las alas sobre la espalda y volví a mis asuntos químicos. Intentar desentrañar cómo un elemento líquido se transformaba en sólido me fascinaba más que comprender la naturaleza humana. Y, total, ya faltaba poco. Después, si quería, podría estrangularlo con una sola garra.

Durante la cena, el padre de Lucilla se esforzó por ser amable. Le permitió pedir solo pasta con mantequilla en lugar de obligarla a probar una de las elaboradas recetas de la

región que habría hecho feliz al cocinero, pero no a ella. Evitó iniciar una conversación falsa e incómoda. Se ausentó para ir al baño fingiendo dejarse el móvil en la mesa, permitiéndole así que hablara con su abuela en Francia.

Su madre estaba estable, eso decían los médicos. No mejoraba, pero tampoco iba a peor. La lluvia les había concedido una pequeña tregua y, entre las nubes, apareció la luna creciente. Lucilla se esforzó por comprender el dialecto veneciano y se resignó a la idea de tener que ir a clase con aquellos bárbaros. En su antigua clase había tantos extranjeros que casi costaba hablar italiano y parecía como si viviera en Londres, o en París, o en Nueva York. Y, sin embargo, ahora, aquí estaba, prisionera en aquel museo de cera.

Su padre le propuso dar un paseo aprovechando que había amainado. Lucilla estornudó por centésima vez y, mientras se ponía la chaqueta, se preguntó si su padre estaba intentando matarla. Con el agua llegándoles a las rodillas, caminaron en dirección contraria al Gran Canal, hacia los confines de la ciudad. Ya no había turistas. Lucilla los imaginó agotados en sus habitaciones de hotel, tomando un baño caliente y humeante, y los envidió con todo su corazón.

—¿Podemos descansar un rato? Estoy muy cansada.

Su padre se sobresaltó, como si le hubieran pillado por sorpresa haciendo algo que no debía estar haciendo. Apartó la mirada de un bajorrelieve con un ridículo camello medio sumergido en el agua y después respondió:

—Claro que sí.

Se apoyaron sobre una barandilla de piedra. La corriente del canal corría impetuosa, alimentada por las lluvias previas. Lucilla observó su rostro, cansado y pálido y, después, miró el de su padre, delgado como el palo de una farola. Intentó imaginar qué sentía aquel hombre frío y extravagante, obsesionado con su trabajo. De repente, la soledad de su padre la golpeó como un puñetazo. De lado como estaban, dio un paso y le apoyó la cabeza sobre el hombro. Vio el reflejo de su propia sonrisa. Él sacó la mano del bolsillo y la apoyó sobre el brazo de Lucilla.

—¿Tienes frío?

—Ya no. Solo estoy cansada.

Giulio Moneta suspiró.

—Hoy te he hecho trotar mucho.

—Bueno.

El hombre asintió, después volvió a mirar fijamente al camello.

—¿Qué hace un camello en Venecia? —preguntó Lucilla.

—¡Ah! ¡Es una larga historia! —exclamó él con una nueva luz en los ojos. Lucilla pensó que quizá estuviera contento de que ella mostrase interés por algo—. Venecia fue durante siglos dueña y señora del mar, la patria del comercio. Esta espectacular ciudad, que parece de juguete, fue una potencia marítima astuta, feroz e independiente cuyos dominios se extendían por el este, por la costa dálmata hasta Creta, superando el

prestigio de la capital del Imperio Romano Oriental, Bizancio. Aquí atracaban barcos cargados de las mercancías más preciosas, como, por ejemplo, las especias. Sin embargo, estas cargas eran ligeras. Por eso, los dogos obligaban a los capitanes a afianzar las naves, propiedad de Venecia, cargándolas con piedras extraídas de los templos paganos o de las iglesias derruidas. Aquí vivieron y comerciaron bizantinos, judíos, turcos, alemanes y hasta árabes, que durante siglos fueron enemigos acérrimos de la república veneciana. Por eso aquí se pueden encontrar símbolos de tantas culturas diversas. Venecia es un crisol de culturas.

Pronunció aquella última palabra con tanta emoción que Lucilla pensó que su padre era un químico de vocación y, que si hubiese elegido cualquier otro oficio, habría muerto de pena.

—¿Qué tal en el trabajo?

—¿En el trabajo? —repitió él, sorprendido—. ¿Desde cuándo te interesa mi trabajo?

—¿Desde ahora?

Giulio Moneta bajó la vista en dirección a aquella sorprendente hija suya. Quizá la cita *mens sana in corpore sano* tuviera algo de cierto. Había despejado las malas ideas de la cabeza de su hija con un poco de cultura y sana actividad física.

—Digamos que estoy llevando a cabo una investigación —dijo, e hizo una pausa, durante la cual Lucilla elevó ambas cejas como diciendo: «¿Y ya está?», por lo que prosiguió—. Una investigación que otros antes que yo iniciaron, pero nunca terminaron. Si encuentro lo que estoy buscando, me convertiré en el hombre más importante y poderoso del mundo, aunque nunca ganaré el Nobel, porque nadie sabrá de mi logro.

—¿Cómo que nadie sabrá de tu logro? ¿Por qué no debería saberlo nadie?

Él le tapó la boca con la mano, riendo.

—¡Pon freno a tu curiosidad, pequeña! Un científico nunca revela todos sus secretos, ni siquiera a la mujer más importante de su vida.

De repente, Lucilla sintió ganas de llorar. Fingió estornudar y se sonó la nariz. Su padre la miró durante un segundo, estiró los labios en una sonrisa avergonzada y añadió:

—Venga, que ya volvemos a casa. Y, por favor, te ruego que no digas nada. Si alguien llegara a mis mismos resultados antes que yo, habré tirado a la basura cuatro años de trabajo y algo incluso más importante aún.

Lucilla no preguntó qué podía ser más importante que su trabajo. Creía saberlo, aunque no le estuviera permitido pronunciar su nombre. Alzó la vista hacia la medialuna turca, de nuevo asediada por un batallón de nubes dispuestas a bombardear la ciudad. No iba a ser fácil, de eso estaba más que segura, pero haría todo lo que pudiera. Se agarró del brazo de su padre y le pidió que no le mostrase el mapa. Quería orientarse sola. Después de media hora de vagabundear por la ciudad, se encontraron frente al mar, en un lugar llamado Fondamenta Nuove. Lucilla dejó escapar un gemido frustrado. Se había perdido.

—No te desanimes, la próxima vez lo harás mejor —dijo Giulio Moneta.

—¿Qué es eso que hay allí enfrente? —preguntó su hija, indicando una sombra en el horizonte.

—Eso de ahí es San Servolo, la Isla de los Locos.

—Ah, pensaba que ya estábamos en la isla de los locos. ¿No es de locos construir una ciudad sobre el agua? Estaba claro que todo el tinglado se iba a terminar hundiendo.

Giulio Moneta ignoró el comentario de su hija y continuó hablando:

—En el pasado, San Servolo estaba destinada a alojar únicamente a los locos ricos. Había salas de té para los visitantes, que daban a un jardín extremadamente cuidado. Los pacientes eran atendidos por camareros de uniforme que les limpiaban los zapatos. Luego llegó Napoleón Bonaparte y convirtió San Servolo en un hospital público. Seguía habiendo comodidades para quien podía permitírselas, mientras que los pobres tenían que conformarse con habitaciones minúsculas y mugrientas, de ventanas que no tenían barrotes, pero tampoco cristales, por las que se colaba el viento gélido de la laguna de octubre a abril.

—Vamos, un lugar alegre. ¿Aún hay locos internos ahí?

—No, ahora en San Servolo solo admiten a las chicas que tienen la lengua demasiado larga —respondió Giulio Moneta.

Lucilla dio media vuelta y señaló otro punto en la lejanía, donde le pareció avistar luces en medio del mar.

—¿Y eso de ahí qué es?

—Eso es el cementerio. La isla de San Michele.

Lucilla tuvo un escalofrío. Ya había escuchado suficientes relatos macabros y angustiosos. De reliquias, prisiones, locos y muertos. Con la cantidad de lluvia que había caído, los ataúdes bien podían haber emergido a la superficie y quizá estuvieran navegando hacia tierra firme. Pensó que los ataúdes, a diferencia de los barcos, no estaban sellados, e imaginó los cadáveres chapoteando dentro de sus féretros, golpeando la madera con sus calaveras.

—Vámonos.

—Pero si no hay nada que temer. La muerte es solo una etapa entre dos estados.

Mientras Lucilla pensaba que, si alguna vez se casaba, nunca lo haría con un químico, avistó una barquita atravesar la laguna a lo ancho, en dirección a las islas. Se fijó también en que el barquero no era mucho más alto que ella y que sus cabellos castaños ondeaban al ritmo de los remos. Debía de tener el pelo finísimo. Debía de ser agradable sostenerlo entre los dedos. En un rincón de su mente se imaginó que el remero tenía una cicatriz en la ceja. Mientras tanto, su padre había desdoblado el mapa y la invitaba a llevarlo de vuelta a casa.

Malditas palomas! No se dejan atrapar sin ofrecer resistencia. Faltaba poco para la hora X. Bombonas: revisadas. Respirador: revisado. Traje: agujereado. Una pequeña

contribución al mal humor de mi socio. Sumergirse para bucear en los canales siempre es una lotería. El primer premio es pillar cualquier enfermedad. Entre las ratas, los desperdicios humanos y la gasolina, a uno le da por preguntarse si el amor de los venecianos por el pescado es un valeroso gesto de desafío a la suerte o un intento de suicidio. Pero a quién le importa. Yo como por el placer de sentir los huesos crujiendo entre mis dientes, no por hambre. Gustarme, solo me gusta el vino espumoso. Y, además, he asumido la tarea de limitar la proliferación de estas bestias cagonas. ¿A quién le gusta que estas aves gordas y comilonas lo usen como inodoro?

Después del aperitivo, que ingerí agachado en el suelo, me dediqué a la búsqueda del fantasma. Aquella espía podía estar escondida en cualquier parte y las vibraciones de su esencia se confundían con todas las brujerías que se acumulaban en aquella buhardilla. Aumenté la potencia del gas de uno de los hornillos y miré a mi alrededor. Aquella habitación tenía un aspecto tan lúgubre y descuidado que, en ella, hasta un chamán habría sucumbido al encanto de las ciencias exactas. En las ampollas burbujeaban líquidos espumosos y repugnantes. Esqueletos de todas las formas y tamaños posibles yacían desmontados en sus ataúdes polvorientos. Por todos lados había desperdigados libros de tapas envenenadas. Una de mis tareas era pasar sus páginas, uno de los trabajos más aburridos de la historia de la alquimia, un encargo destinado siempre a las criaturas más ínfimas. Naturalmente, yo estaba por encima de aquellas estupideces jerárquicas, aunque más de una vez algún *jinn* había intentado provocarme. Los de su especie se creen alguien solo porque provienen de la patria de los Reyes Magos.

Justo en aquel momento, mis reflexiones se vieron interrumpidas por un movimiento que habría resultado sospechoso a ojos de cualquiera. Agucé la vista (yo solo tengo una, buenísima, mientras que los *jinn*s afirman tener siete). Una mano transparente lanzó una piedra en dirección a mí. ¿Estaría tratando de llamar mi atención? Me agaché, enarcando la espalda, con las alas preparadas para despegar y las garras para aferrar la mano. Pero esta desapareció tan repentinamente como había aparecido. Decidí dejar a mi socio la tarea de exorcizar la buhardilla e ir a estirar un poco las alas. Ya estaba sobre el alféizar, dispuesto a saltar, cuando un estornudo reverberó a través de la ventana del piso de abajo. La hija del alquimista había vuelto con su padre hacía unas pocas horas y ya estaba volviendo a meter las narices donde no debía. Y eso que él me había asegurado que la tenía en el bolsillo. «La misión ha concluido», había dicho. Solo había tenido que pronunciar la fórmula mágica, las palabras que todas las hijas anhelan escuchar de labios de su padre.

Como de costumbre, no había entendido absolutamente nada.

Lucilla se despertó sobresaltada. En el tejado se escuchó un ruido terrible, como si alguien estuviese intentado retorcerle el cuello a una paloma. Salió de la cama de un salto y abrió las contraventanas de par en par. De la buhardilla surgía un chorro de luz. Si

aguzaba el oído, parecía escuchar un ruido de mandíbulas trabajando. Se puso a temblar mientras intentaba adivinar qué demonios estaría haciendo su padre. Lo había escuchado salir hacía muchas horas. Seguro que estaba enredando en el laboratorio.

En Milán siempre estaba en el sótano; allí, en la buhardilla pero, en cualquier caso, a Lucilla no se le permitía entrar en ninguno de los dos sitios. Demasiadas sustancias peligrosas y cosas potencialmente explosivas. Durante años, Lucilla había vivido aterrorizada ante la idea de saltar por los aires por culpa de los experimentos de su padre y un montón de veces había escuchado a sus padres discutir por aquel asunto. Pero, después, con el tiempo, se había acostumbrado a vivir con aquel miedo y a equipararlo con el que sentía ante la amenaza de un terremoto o una inundación: posible, pero poco probable.

Además, Lucilla no era una chica curiosa. Le gustaba más imaginar que descubrir. Y siempre se había imaginado el laboratorio de su padre como un lugar aburrido y frío, a imagen y semejanza de su dueño. ¿Se habría equivocado, quizá?

En ese momento, un nuevo ruido captó su atención. Bajó la mirada y vio al señor Wehwalt, que, justo en ese instante, estaba volviendo a casa. Como había agua alta, remaba con calma olímpica a bordo de una piragua amarilla por la que, en otras circunstancias, debería haber sido una calle. Llegó a la altura del salón, ató un cabo a una contraventana y, con una agilidad sorprendente, entró en la casa por la ventana.

Mientras Lucilla se preguntaba qué otras rarezas podrían pasar de noche en aquella casa, una sombra se cernió sobre la superficie del agua, justo ante sus ojos. La silueta tenía las largas orejas de punta y dos alas inconfundibles. ¡Era un murciélago gigante! Un potente estornudo le hizo perder el equilibrio y tuvo que aferrarse con ambas manos al alféizar, presa del vértigo. Cuando pudo volver a alzar la vista, la sombra había desaparecido y el señor Wehwalt estaba introduciendo la piragua dentro de la casa.

«Bueno», pensó Lucilla, metiéndose en la cama. Después de todo, su padre tenía razón. Bien mirado, todo en este mundo tenía una explicación científica. En la buhardilla había murciélagos. Las sombras siempre son más grandes que el objeto al que pertenecen. Ella lo sabía bien porque, de pequeña, había construido con su madre un pequeño teatro de sombras chinas con una vela y siluetas de papel.

Se apoyó sobre la almohada, disfrutando el calor que guardaban las mantas. Quizá en aquella ciudad los murciélagos fueran más grandes que en el resto del mundo. Quizá lucharan con las palomas por el control del territorio, lo que explicaría el jaleo que había escuchado antes. Lucilla cerró los ojos un poquito más melancólica que cuando se había despertado y se durmió.

Segunda parte



El nigromante



A la mañana siguiente, domingo, Lucilla descubrió que su padre no le había dejado ningún mensaje. La cama estaba intacta. ¿No había vuelto a casa aquella noche? Lucilla sentía la cabeza pesada y no podía usar el poco papel higiénico que quedaba para sonarse la nariz. Decidió dedicar la mañana a vaciar las últimas cajas. Encontró los pañuelos y colocó la ropa en el armario. Cuando terminó y le empezó a rugir el estómago, se dio cuenta de que hacía ya un rato que había pasado la hora del almuerzo, pero su padre aún no había vuelto. Dio de comer a *Gustavo* y sopesó la idea de ir a comer algo en el bar pero, para variar, llovía a cántaros. Escuchó un ruido en las escaleras y corrió a abrir la puerta. Era un vecino que volvía a casa con su perro pero, de su padre, ni rastro.

En el descansillo, un rico olor a sofrito la mareó. Bajó las escaleras, siguiendo el espejismo de una buena comida casera, y llegó al bajo. Sin dudar un momento, llamó al timbre. Leo Wehwalt la miró con una expresión distinta de la habitual. «Sobresaltada», pensó Lucilla con cierta satisfacción.

—¿Quién te ha enseñado a pegar el dedo al timbre de esa manera? Parecía la sirena de los bomberos.

—Buenos días a usted también. ¿Le molesto? Estaba buscando a su hermana.

—Está en el baño. Disculpa si no te invito a entrar, pero estaba comiendo y, sí, me has molestado.

Lucilla pensó que su madre no se habría sentido orgullosa de ella si hubiera sabido que era capaz de odiar con tanta intensidad a un pobre viejo, para más inri, un anciano superviviente del Holocausto. Bajo la manga de la camisa, de hecho, se entreveía un antebrazo blanquísimo con un número tatuado. El último número era trece.

—¿Qué estás mirando? —gruñó Leo sin apartarse de la puerta.

—Perdone, pero es que su hermana tiene un número igual, solo cambia la última cifra.

Leo Wehwalt se bajó la manga arremangada a toda prisa.

—No es asunto tuyo.

Lucilla anotó mentalmente un punto a su favor. Sonrió pero, en ese preciso momento, su estómago decidió lanzar un gruñido desesperado. Antes de que el viejo pudiese decir algo descortés sobre los muertos de hambre, la chica se despidió pidiéndole que le dijera a Ruth que había pasado a verla.

Como había bajado las escaleras en zapatillas, descartó la idea de subir a casa, ponerse las botas, bajar cinco pisos, comer en el bar y volver calada hasta los huesos. Se resignó a esperar que su padre volviese con algo de comer. Mató el tiempo doblando las cajas vacías en el descansillo: pensaba dárselas a Ruth para que encendiese la chimenea.

Una hora después, la mudanza estaba oficialmente terminada, pero la casa seguía teniendo un aspecto miserable y sin alma. Parecía la celda de un monje. Su padre lo había vendido todo sin ni siquiera preguntarle si estaba de acuerdo.

Había vendido todas las cosas de su madre. Las joyas que Lucilla se había probado tantas veces, imaginándose el día que podría ponérselas; la vajilla que usaban solo en Navidad y la cubertería de plata. Ni rastro de las lámparas de techo, grandes como tirovivos, ni de los cuadros de su amigo el pintor, ni de las alfombras, ni, por supuesto, de aquellos bonitos muebles que olían a cera.

Había vendido sin miramientos la casa con vistas a la Madonnina que había pertenecido a la rama materna de su familia desde los tiempos de Napoleón.

Por segunda vez en el día, Lucilla se avergonzó de sus propios sentimientos. Su padre no volvía; quizá le hubiera pasado algo malo. Tuvo tiempo para pensar qué habría pasado si Albertine Torcheux se hubiese casado con su primer novio, aquel que hacía que su abuela se llevara la mano al corazón cada vez que pronunciaba su nombre. Ahora, un cincuenta por ciento de sí misma sería distinto, quizá sería la mitad de guapa, pero feliz al cien por cien. En cambio, su madre se había matriculado en la universidad y había conocido a Giulio Moneta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. No podía ser su padre: él tenía llaves. Corrió a abrir con el corazón en la boca, esperando y temiendo encontrarse con un policía con la cara larga y el sombrero de su padre bajo el brazo. Sin embargo, se encontró con Ruth Wehwalt con una bandeja en las manos y una sonrisa estampada en el rostro.

La anciana señora se sentó frente a Lucilla mientras ella se abalanzaba sobre el plato de arroz con guisantes. Después abrió un termo y vertió té caliente en las tazas que se había traído de casa.

—¿Ya has vaciado todas las cajas? —le preguntó de repente, mirando a su alrededor.

—Sí, no había muchas —respondió Lucilla, casi pidiendo perdón.

—Supongo que las casas modernas son todas así: minimalistas.

Lucilla se alegró de que su padre no estuviese allí para decir algo desagradable, o para

gritarle por haber dejado entrar en casa a una extraña.

—¿Te has puesto enferma y por eso no has ido de paseo con tu padre? —le preguntó Ruth mientras Lucilla se sonaba la nariz por décima vez.

¿Qué podía contestar? No, es que no ha venido a dormir. Quizá se haya escapado con una bailarina brasileña. O quizá se haya ahogado en un canal, o haya volado en mil pedazos. Quizá está tan sumido en sus investigaciones que se ha olvidado de mí. Sin embargo, tras un largo suspiro, dijo únicamente:

—No lo veo desde anoche.

—Ah.

—Quizá debería llamar a la policía.

—¡¿A la policía?!

—Igual le ha pasado algo... —continuó Lucilla, que de repente se imaginó a su padre tendido sobre la mesa de un depósito de cadáveres.

—Igual, pero... ¿no piensas en lo que pasaría contigo? —exclamó Ruth—. ¿Quieres terminar en un orfanato?

—¿Dónde?

—Piénsalo. Aquí no tienes parientes, tu abuela es anciana y, además, vive en una residencia, en Francia. ¿Cómo podría ocuparse de ti? Irás derechita a una de esas instituciones donde pegan a los chiquillos y les rapan la cabeza para evitar que pillen piojos —dijo la anciana señora con lágrimas en los ojos al tiempo que dedicaba una mirada triste a la preciosa cabellera rubia de Lucilla.

De repente, sintió como si la tierra se abriera bajo sus pies. Había algo sospechoso en aquel discurso pero, en el fondo, era cierto que estaba prácticamente sola en el mundo y que aquella broma de su padre sobre las niñas y San Servolo podía contener un poso de verdad. Era típico de su padre proporcionar información en forma de broma y, además, si no la tomabas en serio y acababas teniendo problemas por ello, había que soportar sus comentarios: «Peor para ti, yo te había avisado». Quizá realmente fuera una institución para menores, una especie de centro para jóvenes desafortunados. ¿Cómo se escapaba de una isla? Y, en caso de que lo consiguiera, ¿dónde viviría después? ¿En un sótano miserable y lleno de ratones? ¿Robando para vivir, descalza, como el chico de la cicatriz?

—Escucha, ¿no se te ocurre ningún sitio donde pueda estar tu padre?

—Igual está en su laboratorio. Está en la buhardilla, pero a mí no me deja entrar.

—Ya lo sé, cielo, pero esto es una emergencia.

Lucilla nunca habría sospechado que una viejecita tan adorable pudiese albergar tanta energía. En pocos minutos bajó a su casa y volvió a subir con una caja de herramientas del tamaño de un armario. Se había puesto unos pesados guantes de trabajo y un sombrero de lana tejido a mano sobre el moño.

Ignoró todas sus quejas y forzó la cerradura de la buhardilla con un alicate que a Lucilla le pareció salido de la cripta secreta del doctor Frankenstein.

La puerta se abrió con un débil chirrido. A la luz de la linterna, Lucilla no vio nada

extraño. El laboratorio de su padre era exactamente como se lo había imaginado: triste, lleno de libros, alambiques y cosas en extraños frascos.

Ruth, sin embargo, sofocó un grito y murmuró en voz baja:

—Ay, ay, mi niña. Ahora sí que tienes problemas. Tu padre es un nigromante.

Tenía problemas, graves problemas. El alquimista había desaparecido. Escondido tras una chimenea, había escrutado durante horas el canal de la Madonna dell'Orto en el que se había sumergido, pero no habían salido a flote ni la máscara, ni las aletas, ni ningún hueso descarnado. ¿Cómo podía averiguar si se había ahogado? Encima, era pleno día y me iba a tocar quedarme inmóvil como una estatua durante Dios sabe cuánto tiempo. Tenía que ser paciente, el asesino quizá volviera al escenario del delito. Siempre lo hacen. Maldito fuera mil veces, el imbécil se había dejado descubrir. Mientras tanto, el niño me estaba poniendo de los nervios. Parecía como si estuviera pegado a la barandilla que daba al canal. ¿Se podía saber qué narices miraba? ¿Por qué no volvía al trabajo? Así, al menos, podría comprarse unos zapatos. Me estaba dejando contaminar por la atmósfera de la escena del crimen. Porque de eso se trataba, estaba más que seguro. El mago estaba muerto y yo tenía que volver a empezar de cero.

Todo en una carta



—¿Un nigromante? —gritó Lucilla.

Como única respuesta, Ruth se puso un par de guantes de fontanero y levantó un pesado libro de cubierta taraceada. Después susurró:

—¿Has visto esto? Tiene las páginas envenenadas.

—*Pardon?*

—Envenenadas. Es un tratado alquímico, aunque no de los más importantes. No entiendo el porqué de este mecanismo de defensa, a no ser que esconda otra cosa...

Lucilla se dejó caer sobre un taburete. La cabeza le daba vueltas y estaba empezando a tener miedo de verdad. Inexplicablemente, la buhardilla empezó a antojársele siniestra y pensó que su padre estaba realmente en peligro.

—¿Se puede saber por qué sabe todas esas cosas?

—Ah, bueno, no es más que sentido común. Nadie envenenaría un libro de tan poca importancia, a no ser que esconda otro misterio...

—No, no, que por qué sabe de alquimia, por qué sabe de nigromantes o como narices se llamen.

La anciana apartó un momento la vista del libro para mirar a Lucilla a los ojos. Parecía sobresaltada, como si dentro de su cabeza se hubiese activado una alarma. Durante un segundo, se convirtió en la viva imagen de su hermano, solo que muy maquillado. Después, sonrió y volvió a ser una atenta y amable anciana.

—Soy vieja, cielo —dijo—, y los viejos sabemos muchas cosas. Más de las que nos gustaría.

—Igual ahora sí que debería llamar a la policía.

—¡Oh, no! —exclamó Ruth, quedándose extremadamente pálida bajo el maquillaje—.

Casi todo lo que hay aquí es de contrabando. Hay una red de ladrones que se dedica a robar y traficar con objetos de este tipo.

Ruth levantó un medallón en el que se veía a una mujer con dos niños ensangrentados en brazos.

—La maga Medea —explicó Ruth—. La patrona de los alquimistas. Esta cosita tiene un valor incalculable. Es una antigua joya georgiana y sé de gente que mataría por tenerla.

—Mi padre...

—Tu padre es un ladrón o un farsante. Y manipula explosivos que ninguna persona cuerda pondría ni siquiera en un solar. Una chispita y la casa entera podría explotar como un petardo. Suficiente para encerrarlo en una celda de por vida y tirar la llave. Siento que lo hayas descubierto así, cielo. La parte buena es que, como la policía no sabe nada, no puede arrestarlo.

Lucilla tragó con dificultad. Empezaba a comprender la magnitud del problema en que su padre la había metido. Y pensó que el orfanato quizá no fuera la peor de las posibilidades. Si un policía le preguntaba bajo juramento si sabía que su padre escondía explosivos en casa, ella tendría que responder que sí. ¿La convertiría eso en cómplice? Sabía que las cárceles para menores existían y, aunque las llamaban con otro nombre, eran lugares horribles. Notó que el sudor le estaba empezando a empapar la melena. Entonces, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Qué hacemos?

Ruth le apoyó una mano en el hombro al tiempo que el color le volvía a las mejillas.

—Deshagámonos de los explosivos, cerremos la buhardilla y esperemos a que tu padre dé señales de vida.

Lucilla suspiró aliviada. Ruth sabía lo que había que hacer. Y parecía bastante segura de que su padre iba a volver. Se ocuparía de todo. Mientras tanto, ella no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que ir a buscar a aquel desastre de padre suyo. Tenía que encontrarlo aunque solo fuera para cantarle las cuarenta.

Y fue entonces, en mitad de aquella resolución, cuando por el rabillo del ojo vio algo brillante en una esquina. Profirió un grito, como si hubiese visto un fantasma. Se levantó a toda prisa, haciendo que el taburete cayera hacia atrás. Ruth dio un respingo, alarmada, agarró un destornillador y apuntó con él en dirección a la chica.

—¿Qué pasa? —exclamó con un amenazante tono de barítono que a Lucilla le pasó desapercibido.

Había encontrado el cuadro de su madre. Lo levantó sin esfuerzo, aunque pesaba muchísimo. Con una sonrisa de oreja a oreja, se lo enseñó a su nueva amiga:

—Mira. ¿A que es guapísima?

Ruth bajó el destornillador y la miró con los ojos húmedos.

—Sí que lo es. Cuando terminemos, te ayudo a llevarlo a casa, ¿quieres?

Lucilla estuvo ayudando a Ruth a separar los explosivos de los objetos valiosos hasta que se hizo de noche. Llenaron dos bolsas de basura que la anciana transportó de

puntillas y que apoyó contra la pared como si su contenido pudiese explotar al más mínimo estornudo. Como Lucilla no dejaba de estornudar, se mantuvo a una distancia prudencial. A ella le permitió manipular todo lo demás excepto los libros, porque cabía la posibilidad de que estuvieran envenenados. Aun así, quedaban un montón de objetos misteriosos que examinar.

—Este jarrón es bonito. Podría meter dentro a *Gustavo*.

—Querida niña, ese bonito jarrón es un matraz. El propio Paracelso llevó a Suiza el secreto del exclusivísimo cristal con el que se fabrican los recipientes de la obra alquímica.

Lucilla le dedicó a la mujer una mirada de fastidio.

—No sé quién es ese Paracelso. Y todavía no me has dicho qué tiene de malo ser un nigromante.

Ruth soltó el recipiente lleno de líquido oleoso que sostenía y asintió con una expresión muy seria en los ojos.

—Tienes razón. Los nigromantes son brujos. Gente que usa la magia para invocar los espíritus de los muertos. La mitad de las cosas que hay aquí dentro sirven para adquirir poder de las fuerzas oscuras. Paracelso, sin embargo, fue un médico y filósofo importantísimo del siglo XVI. Era alemán, pero vivió mucho tiempo en Ferrara, no muy lejos de aquí. Pero ¿se puede saber qué narices os enseñan en el colegio hoy en día?

—Inglés, informática...

—Ah, eso lo explica todo. Os hacen ser más ignorantes que las cabras, pobrecitos, pero eso no es culpa vuestra.

Lucilla empezaba a sospechar que los gemelos Wehwalt se parecían más de lo que les hubiera gustado reconocer. Sin embargo, la compañía de Ruth era un remedio contra todos sus miedos. Parecía poseer un radar interno que le decía cuándo la niña estaba a punto de tener una crisis de ansiedad y, en ese momento, aprovechaba para mostrarle algo llamativo. Se le daba de maravilla proporcionar informaciones terroríficas e, inmediatamente después, una píldora de saber tranquilizante. Era la abuela que cualquier chica con dos dedos de frente habría soñado tener pero, sobre todo, sabía qué había que hacer en una situación como aquella.

Lucilla decidió fiarse de esa sorprendente señora que distinguía un jarrón de un matraz, que sabía quién era Paracelso y que le preparaba arroz con guisantes cuando se estaba muriendo de hambre. No pasaba nada si de vez en cuando había que tener un poco de paciencia con ella, cuando se comportaba de manera extraña o se ponía a gruñir. En el fondo, Lucilla sabía que ella misma tampoco tenía buen carácter. Si lo hubiera tenido, habría tenido alguna amiga de verdad a la que llamar para pedir ayuda. En cambio, estaba sola y, en parte, era culpa suya. Miró a Ruth y le sonrió, llena de confianza. Ruth se ocuparía de todo.

—Estoy agotada —dijo en aquel momento la mujer, masajeándose la espalda. Miró por la ventana y sofocó un grito—. ¡Es tardísimo! Mi hermano debe de estar volviendo a casa

y, si no le tengo la cena preparada en un minuto, no va a parar hasta que le diga dónde demonios he estado. Y no queremos que meta la nariz en asuntos que no le interesan, ¿verdad?

Lucilla se limitó a sacudir la cabeza, demasiado confundida y cansada para añadir una sola palabra.

—Venga, vamos, cerremos este cuchitril y cada una a su casa. He traído un candado y dos llaves. Después le pediré a Leo que tire las bolsas a la basura. Le diré que son productos de limpieza caducados y que debe llevarlos al vertedero. Mientras, tú te darás un buen baño y yo te prepararé algo rico de cenar.

Cuando estuvo en la puerta de su casa, Lucilla lanzó una mirada esperanzada a su apartamento, pero estaba oscuro y silencioso.

—Ánimo, cielo. Quizá esta noche recibas noticias de tu padre.

Lucilla encendió la luz de la cocina, mientras Ruth retrocedía a toda prisa, hacia una zona en penumbra del descansillo.

—Igual debería avisar a mi abuela.

—Oh, bueno... Seguro que avisa a la policía, y tu padre se metería en problemas. ¿Por qué no la llamas para preguntarle cómo está? Estoy segura de que eres lo suficientemente lista como para apañártelas sin tener que preocuparla. Yo me ocuparé de ti, como si fuese tu abuela.

Y fue en ese preciso instante cuando Lucilla hizo algo que nunca habría pensado que haría. Apoyó el cuadro en el suelo, dejó la puerta abierta y corrió a abrazar a Ruth. Se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla. Ruth se quedó petrificada por la sorpresa y, acto seguido, bajó las escaleras a toda prisa, murmurando no sé qué acerca de la cena y de que llegaba tarde.

Lucilla entró en casa con dos nuevas certezas. Primero: su madre siempre decía que los lazos de sangre no siempre se convierten en lazos afectivos, mientras que los lazos afectivos siempre se convierten en lazos de sangre. Y tenía razón. De hecho, sentía que quería a aquella anciana y que habría hecho cualquier cosa por ella. Segundo: esperar lo máximo posible para empezar a depilarse, porque después los pelos crecen duros como cerdas. ¿A qué edad habría empezado a depilarse el bigote Ruth Wehwalt para que sus besos resultasen tan ásperos?

Decidí que no me movería de allí hasta que no encontrara al menos una pieza del rompecabezas que suponía la desaparición del alquimista. No es que le tuviese aprecio, eso está claro, solo quería saber quién más estaba interesado en encontrar la clavícula y, de paso, ponerme a su servicio. Si eso me convertía en un ser vil y traidor, a la altura de un vulgar *jinn*, que así fuera. Todavía tenía las garras azules de arsénico de tanto pasar las hojas de los libros envenenados de mi último e inepto compañero de negocios.

El chico descalzo seguía tirando piedras al canal de la Madonna dell'Orto incluso en la

densa oscuridad de la noche. ¡Caray, era un mago del tirachinas! Ya me había quedado claro que estaba esperando a alguien. Cada dos tiros, levantaba la vista hacia la calle que bordeaba el canal, Fondamenta dei Mori. ¿Quién le habría pagado para que vigilara el cadáver del mago? O quizá estuviera custodiando lo que el alquimista buscaba cuando se sumergió... Había alguna conexión, de eso estaba seguro. Y, en efecto, cuando ya tenía las rodillas casi en la boca de tanto estar agachado, alguien se acercó.

Un viejo a bordo de una piragua. Me dio la impresión de que lo conocía, pero no recordaba dónde lo había visto. El chico lanzó una piedra que casi dio al hombre, quizá estuviera enfadado por algo. La embarcación atracó y vi que ambos hablaban durante unos minutos, gesticulando. El viejo señalaba los pies descalzos del chico y parecía cansado y enfadado. Después le tendió un billete que rápidamente desapareció en los vaqueros demasiado grandes del muchacho. A continuación, el chico desapareció en dirección al mar, mientras el viejo continuó remando hacia el bajorrelieve del camello del Palacio Mastelli.

Siempre me había gustado aquel palacio, aunque ahora el agua ocultaba la fuente morisca donde solían ir a beber los gondoleros. Quizá debería haber seguido al francotirador del tirachinas, pero estaba seguro de que ya había visto al tipo de la piragua en alguna parte. Aquel presentimiento era mi única pista. Así que, en cuanto el viejo se dispuso a volver por donde había venido, decidí no perderlo de vista. Me arrastré sobre las tejas al cobijo de la oscuridad. Mi sombra se proyectaba en los canales como la de un pájaro gigante. Estaba empezando a gustarme aquello de volar a brincos cuando mi hombre acercó la piragua a la pared de un edificio que conocía de sobra. El hombre bajó de la piragua e introdujo su embarcación por la ventana del bajo... de la torre de los alquimistas del gueto.

Lucilla se dio un baño caliente, tal como le habían aconsejado. Canturreó durante todo el rato para no quedarse dormida en la bañera, después se secó, se puso el pijama y buscó un sitio donde colgar el cuadro. Decidió que su habitación era el lugar ideal, justo frente a la cama. Dio de comer a *Gustavo* y después empezó a preocuparse porque Ruth todavía no se había manifestado y ella se sentía sola, asustada y hambrienta. ¿En qué lío se había metido su padre? Incapaz de reprimir la angustia, bajó los cinco pisos que la separaban de su amiga. Llamó a la puerta, pero no respondió nadie. Justo en aquel momento, el vecino de al lado, un viejecito acompañado por un perro, abrió el portal.

Le lanzó una mirada llena de desconfianza y se apresuró a subir las escaleras. De repente, le entró vergüenza de que la hubiera visto en pijama y dijo en el tono más inocente que pudo:

–Buenas noches, soy Lucilla Moneta. Vivo en el apartamento enfrente del suyo.

El viejo rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un par de gafas mientras murmuraba:

—Ah, hola. Cada vez veo menos, perdona si no te he reconocido.

—No se preocupe. Estoy buscando a Ruth. ¿La ha visto por casualidad?

—¿A quién?

—A Ruth Wehwalt.

—Yo solo conozco a Leone Wehwalt. Un señor muy amable. Nunca ha dado problemas.

Lucilla suspiró, maldiciendo en su interior la vejez y las enfermedades asociadas a ella. Le dio las gracias por la información y lo ayudó a subir las escaleras. Le pareció que habían tardado un siglo. Después se sentó en la cocina a admirar el medallón con la figura de Medea que se había guardado en el bolsillo aquella tarde. Estaba pensando a quién podría vendérselo para conseguir dinero y volver con su madre cuando escuchó un levisimo ruido en la puerta. Corrió a abrir. Era Leo, con la bandeja en las manos.

—¿Estás sola? —le preguntó bruscamente.

—Sí, ¿dónde está Ruth? —dijo Lucilla, apartándose porque, sin ni siquiera pedir permiso, Leo entró en la casa y cerró la puerta.

—Se ha quedado dormida en el sofá. La he dejado dormir porque parecía agotada. ¿Se puede saber qué la has tenido haciendo toda la tarde?

—Me ha ayudado a ordenar la buhardilla —respondió Lucilla.

Estaba muy contenta de que Ruth no hubiera dicho nada.

—Bueno, cosas suyas. Te ha preparado un filete y una ensalada. No es mucho, pero es más de lo que me ha preparado a mí. ¿Qué pasa, que te ha adoptado?

—Somos amigas.

Leo resopló.

—¿Amigas? Encierra a dos amigas en una habitación sin comida durante una semana. Entonces descubrirás lo que es la amistad.

Lucilla pensó que quizá fuera el número que escondía bajo la manga de la camisa el que estaba hablando. Sabía que los que habían estado en los campos de concentración habían pasado todo tipo de penurias, e intentó desesperadamente no odiar a aquel viejo de rostro cansado y ojeroso. Pero no pudo. Lo único que quería era que él y su amargura desaparecieran y que Ruth volviera en su lugar. Le vino a la cabeza una frase que su madre repetía constantemente para justificar el comportamiento de las personas malas: «Los que atraviesan el fuego del sufrimiento terminan amargos como las cenizas o brillantes como el oro». Parecía una frase pensada para Leo y Ruth Wehwalt.

—Gracias por la cena —acertó a decir, enorgulleciéndose de su propia amabilidad.

Estaba siendo amable por Ruth y por su madre.

Leo respondió con un gesto distraído, como si ella no fuese más que un gato aburrido al que dejar los restos de la cena. Ya tenía el pomo de la puerta en la mano cuando, de repente, se quedó quieto.

—Ah. Casi me olvido. Estaba fuera. La he pisado pero, *evidentemente*, no ha sido aposta. Ah, y mi hermana te manda este libro. Pero lo tienes que devolver.

Puso un libro con una cubierta de colores sobre el mueble de la entrada y a Lucilla le dio un vuelco el corazón. Sobre la cubierta del libro, había una carta.

La releyó tantas veces que el filete se le quedó frío y la ensalada mustia. Lucilla reía, lloraba y, más de una vez, se levantó de la silla para bailar alrededor de la mesa. Su padre le había escrito, justo como Ruth le había dicho. La carta estaba escrita a máquina y no tenía sello, señal de que la habían entregado en mano.

Querida hija mía:

Perdona mi repentina desaparición, pero asuntos urgentes requieren de mi presencia en otro lugar. Estoy bien y regresaré pronto. Cuando vuelva, tendremos que hablar de muchas cosas. Sé que no me he portado bien contigo, es más, he sido insensible y cruel. Te he ocultado una parte de mi vida pensando que eras demasiado joven para comprenderla. Me equivocaba.

Ahora tengo que irme, mis informantes me han dicho que una mujer se está ocupando de ti. Me han dicho que goza de tu plena confianza y, por tanto, de la mía. Te abrazo, volveré pronto y cuidaremos juntos de tu madre. Nunca he dejado de quererla, tanto como te quiero a ti.

Tu padre

Lucilla lloró durante media hora más. Después, se comió la cena, cerró la puerta de la casa con llave y se metió en la cama. Tenía los ojos tan hinchados que apenas podía mantenerlos abiertos y se sentía agotada. Lanzó una mirada al cuadro y, suspirando, se deslizó en el sueño.

Durmió tan profundamente que le costó muchísimo despertar. Estaba soñando que un cañón disparaba balas contra su ventana, pero que esta no cedía. Le dio tiempo a preguntarse cuándo había estallado aquella guerra y por qué ella no se había enterado antes de comprender que, en realidad, alguien que parecía tener piedras en lugar de puños estaba llamando a la ventana. No perdió tiempo en ponerse una bata, quizá su padre estuviese intentando entrar por la ventana, como Arsenio Lupin. Es fácil imaginar cuál fue su sorpresa cuando una voz cavernosa y desconocida siseó:

–Bueno, qué, ¿me dejas entrar? No puedo estar posado en el alféizar eternamente.

¿Solo una pesadilla?



Lo admito, fue un gustazo. Cuando salté dentro de su habitación, brillante de humedad, la rubita dio un salto atrás y cayó sobre la cama, donde me abalancé sobre ella y la acorralé bajo mis garras. La escruté con mis gélidas pupilas de granito, convencido de que, como mínimo, se desmayaría de miedo. Sin embargo, la muy descarada suspiró y dijo, con aquella insoportable erre francesa:

—Solo es una pesadilla, ahora me despertaré.

¿He dicho ya cuánto me irrita que la gente mencione mi desgraciado aspecto? Bueno, pues lo digo ahora. En aquel momento, me hubiera encantado abofetear su preciosa carita, pero la habría hecho pedazos y era consciente de que la necesitaba para resolver con éxito la infeliz situación en la que me encontraba. Por eso, me contuve y me limité a decir:

—No estás soñando; pero te aseguro que, si no haces lo que te digo, vivirás algo mucho peor que una pesadilla.

Una frase demasiado larga y de escaso efecto dramático, ya lo sé, pero hay que entender lo mucho que me tocaba las narices tener que fiarme de aquella mocosa. Ella abrió sus ojazos de par en par y susurró:

—¡No me digas que eres real!

—Te apuesto lo que quieras a que lo soy, bonita.

Me miró durante un largo rato con expresión seria y concentrada, pero ni se desmayó ni gritó. He de admitirlo: parecía mucho más inteligente que su padre.

—Yo ya te he visto. En la ventana de la buhardilla, junto a mi padre.

—Chica lista. Ahora, si me prometes que no vas a chillar ni a escaparte —dije—, te soltaré.

Ella se limitó a asentir. Después se apoyó sobre la almohada y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces... ¿tú eres el informante de mi padre?

—¿El informante?

—Bueno, qué más da. Seas lo que seas, trabajas para mi padre, ¿no?

Me fastidiaba su prepotencia, pero, sobre todo, estaba sorprendido.

—Sí, soy su socio.

La expresión de la mocosa se merecía un guantazo pero, como ya he dicho, me había prometido a mí mismo no tocarle ni un pelo. De momento, por lo menos. Para que las cosas quedaran claras, añadí:

—Actualmente, soy una gárgola.

—De eso ya me había dado cuenta. Lo que no entiendo es cómo estás vivo. —Después, tras una pausa, añadió—: Porque estás vivo, ¿verdad?

—¡Claro que estoy vivo! ¿Qué te crees que soy, un holograma?

—¡Oye, perdona! No todos los días se me mete en la cama un monstruo de piedra con alas y orejas puntiagudas. Por cierto, ya que estás, ¿por qué no te sientas en otro sitio?

Era más inteligente que su padre, pero igual de maleducada. Retrocedí hasta el escritorio, sobre el que me senté cruzando las patas de mala manera y adoptando una expresión «monstruosa». Ya ajustaríamos cuentas más tarde.

—¿Dónde está tu padre?

—Pensaba que tú lo sabrías. Ha desaparecido y lo único que sé es que me ha dejado esa carta —dijo la monicaca señalando un papel que había justo bajo mi trasero.

La leí en un pispás. Claramente, no la había escrito él. Ni en diez vidas demostraría Giulio Moneta tanto afecto.

—¿Quién te la ha dado? No lleva sello.

—El señor Wehwalt, un señor judío que vive en el bajo. La ha encontrado en la puerta.

—Mmm.

—¿«Mmm», qué?

—Está escrita a máquina. No podemos estar seguros de que la haya escrito tu padre.

La expresión de seguridad que tenía estampada en la cara se esfumó. A pesar de su inteligencia, no había tenido en cuenta aquella posibilidad. Y en algún rincón de su cabecita, quizá ella también sabía que en aquel folio solo había un montón de mentiras. Lo repito, era inteligente.

—Pero, entonces, ¿quién...?

—Puede haberla escrito cualquiera, pero sospecho del viejo que te la ha traído. ¿No será por casualidad un tipo alto y delgado con el pelo cano, ojos azules, nariz aguileña y cara odiosa?

Asintió, mordiéndose el labio inferior. Un buen sistema para contener, sin éxito, las lágrimas.

—Oye, no llores. ¿Ves cómo está escrita la «P»? La máquina con la que han escrito

esta carta está defectuosa. Si encontramos la máquina, descubriremos al culpable. Esto es un trabajo de investigación de la mejor calidad. Encontraremos a tu padre y todo se arreglará, ¿de acuerdo?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora, dime, ¿qué sabes del trabajo de tu padre?

—Pues... que es químico y... nigromante.

Se me pusieron las orejas tiesas. El asunto empezaba a complicarse. Difícilmente alguien que desconozca el tema usa esa expresión. Por lo general, los tipos como Moneta se autodenominan alquimistas, mientras que el resto del mundo los llama magos o charlatanes. ¿Quién le habría sugerido aquel término?

—¿Quién te lo ha dicho? —siseé.

La muñequita se quedó callada un segundo, paralizada. No se fiaba de mí, por eso decidí darle un nuevo ritmo a la conversación.

—Ah, ya veo, es un secretito tuyo. Muy bien, pues apáñatelas como puedas. Busca a tu padre sola y después me cuentas. Él sabe dónde encontrarme.

Di un brinco y alcancé la ventana. Desplegué las alas y empecé a batirlas, provocando una especie de tormenta en la habitación. Conté hasta diez para darle tiempo de echarse a mis pies e implorar perdón. Sin embargo, escuché su vocecita decir:

—No creo que mi padre vuelva a necesitar tu ayuda. Ahora que sé qué hace, lo ayudaré yo.

¡Aquello era demasiado! Me volví, haciendo gala de mi mejor expresión de maldad pura. Las orejas ocultas tras los cuernos y enseñando los colmillos. Mi diabólica cola se agitaba en el aire como un látigo. Era la viva imagen del demonio, del terror inexplicable. Para eso me habían esculpido. La chiquilla abrió los ojos de par en par y, después, abrió la boca para decir:

—¿De qué raza eres? ¿Un mastín napolitano?

Lo admito: se me cayó el alma a los pies.

—Soy una gárgola —siseé—, pero antes era un león.

—*Pardon?*

—Mira, si quieres que nos llevemos bien, no me hables en francés. Odio a los franceses. —Pareció ofenderse. Habíamos hecho tablas, así que continué—: Fueron los franceses los que me redujeron a este estado. Antes era un león de San Marcos, con mi evangelio bajo la pata, mi melena y todo eso.

—Ah.

—¿Ah?

—Bueno, es que es una historia bastante increíble, ¿no te parece? —Por fin se había decidido a levantarse de la cama y se había acercado a mí con aire curioso—. ¿Cómo que eras un león? Pero, ante todo, ¿cómo es que estás vivo?

—Cuando los franceses llegaron a Venecia, intentaron destruir todos los símbolos de la república: estatuas, bajorrelieves, todo lo que encontraron. A mí me tiraron de mi

pedestal y, con un maldito cincel, me transformaron en gárgola. Y luego me llevaron a París para que sustituyera a un colega en Nôtre Dame.

–Interesante –dijo ella, pero vi perfectamente que reprimía un bostezo.

–Allí conocí a mi primer mago.

Ahora sí, había recuperado la atención de la tontita. Se sentó en el borde de la cama y me miró a los ojos.

–¿Has conocido a muchos magos? Además de a mi padre, claro.

–Tu pobre padre es el último de una larga lista. El primero me dio la capacidad de expresar mis pensamientos y de moverme, el último debería haberme devuelto a mi forma original.

En ese momento, la niña profirió un silbido de carretero realmente impresionante. Era lo último que pretendía, pero estaba empezando a gustarme. Pero solo un poquito.

–¡Sí que son poderosos los magos!

–Los magos no tienen poder propio –gruñí–. No son más que parásitos que se aprovechan del potencial de los seres mágicos. *Jinns*, genios, hadas, o todo el que quede preso de un encantamiento. ¿Por qué crees que hay alfombras que vuelan? Obra de un genio al que lo obligaron a hacerlo. Me lo contó un *jinn* que conocí en Londres. Las brujas persas eran famosas por sus alfombras voladoras.

–Entonces, ¿tú también eres un genio? ¿Como el de la lámpara? ¿Estás atrapado dentro de una estatua?

–¡No digas herejías! Yo no soy un vil *jinn*. Yo soy la expresión de una fuerza primordial, purísima y antiquísima –dije–. Alrededor del año 1220, el emperador Federico II de Suabia quería guiar a un ejército invisible a las Cruzadas. Sabía que era posible esculpir una estatua y después invocar el espíritu de un ángel o un demonio para hacerla cobrar vida. Puso manos a la obra a todos sus magos, pero no obtuvo ningún resultado. Más de quinientos años después, el enano Napoleón Bonaparte tuvo la misma idea. Hizo llamar a París a un famoso alquimista. El alquimista eligió una estatua que pudiese provocar terror y consternación en los enemigos, es decir, yo. Llevó a cabo un antiguo rito e invocó un espíritu para que ocupara mi alma, porque ningún mago, por muy poderoso que sea, es capaz de crear un alma desde cero. El alquimista murió de un infarto en cuanto abrí la boca para maldecirlo y, acto seguido, antes de que a alguien se le ocurriera darme un par de golpes de cincel para averiguar cómo funcionaban mis mecanismos internos, alcé el vuelo y me puse a buscar la manera de librarme de este maldito aspecto. He estado al servicio de muchos magos y, ahora, trabajo con tu padre. Yo quiero volver a ser un majestuoso, orgulloso, feroz león veneciano, que vigilaba la ciudad cómodamente desde mi pedestal.

La chiquilla ladeó la cabeza y me miró con el ceño fruncido y la nariz arrugada. Casi podía ver el ir y venir de los pensamientos dentro de su cabecita rubia.

–Entonces, ¿no sabes a quién pertenece tu alma? ¿No sabes si tus acciones las decide un ángel o un demonio?

—Ah, ¿y tú sí? —siseé—. ¿Tú tienes la certeza de que siempre te comportas de la mejor manera posible?

La chica se encogió de hombros con aire de suficiencia. Yo la ignoré y no esperé de ella una respuesta que, hasta el momento, ningún humano había sabido darme. Además, lo único que realmente me interesaba era la existencia, en alguna parte de Venecia, de un talismán capaz de levantar templos y palacios en el transcurso de una noche, de elevar a líderes mediocres a la categoría de mitos, capaz de revertir la suerte de cualquier batalla porque los *jinn*s combatían a sus órdenes, el único que podría devolverme mi forma leonina quizá incluso aumentando un poco mis dimensiones. Aquel idiota del cincel, para transformarme de león a gárgola, había reducido considerablemente el perímetro de mi circunferencia, no sé si me explico. Un ratito más de trabajo y me habría condenado eternamente a la medida de un enanito de jardín, que un rayo lo fulmine aunque ya esté muerto.

En aquel momento, allí, frente a mí, estaba la hija del alquimista con el que más había intimado hasta el momento. Mientras tanto, me había hartado de asustar a una niña en pijama, así que dije:

—Mira, haremos lo siguiente. Tú intentarás descubrir si mis sospechas son ciertas y si el viejo que vive en el bajo tiene algo que ver con la desaparición de tu padre. —Adviértase el cuidado con el que evité las palabras «muerto» y «ahogado»—. Yo seguiré buscándolo por la ciudad. No puede haber desaparecido. Por cierto, visto que tendremos que seguirnos tratando —añadí, ya posado sobre el alféizar de la ventana—, ¿cómo te llamas?

Me llamo Lucilla —respondió ella.

La gárgola negó con la cabeza y sonrió.

—¿En serio? Vaya nombre pretencioso —siseó cuando el aire se coló entre sus dientes de piedra—. Yo diría que refleja bien tu carácter.

Un segundo después, se tiró por la ventana. Lucilla corrió a verla, mientras el viento que levantaban las alas de la criatura hacía que el pelo le azotara el rostro. Vio una sombra surcar el cielo zigzagueando entre las casas, esquivándolas a una velocidad vertiginosa. Reprimiendo un ataque de vértigo, se pellizcó los brazos para asegurarse de que estaba despierta. Contra toda lógica, no estaba soñando. Negó con la cabeza, cerró la ventana, se metió en la cama y se arropó con las mantas. El frío de su habitación era insoportable. El resfriado se estaba convirtiendo en tos y, en su cabeza, ya de por sí aturdida por tanto estornudo, los pensamientos zumbaban como una colmena de abejas furiosas.

Intentó ordenar sus ideas como buenamente pudo. Efectivamente, había visto antes a aquella criatura en compañía de su padre. Además, había leído bastantes libros en los que la magia existía y servía para resolver las situaciones más descabelladas. ¿Por qué no

iba a poder pasarle también a ella? Su padre era una especie de brujo y el hecho de que practicase magia negra explicaba muchas cosas. Que fuese tan malvado, por ejemplo. Que su madre quisiera dejarlo. Encontraría a su padre y lo obligaría a que salvara a su madre. Si podía transformar una gárgola en un león, seguro que podía curar a su madre. A fin de cuentas, ella era humana, aunque estaba gravemente enferma. Lo único que tenía que hacer era ser prudente y no hablar más de la cuenta. Si su padre había podido mantener aquel secreto durante toda su vida, ella bien podía ocultarle su encuentro con la gárgola a Ruth.

De todas maneras, dudaba mucho que la anciana la creyera.

Alcachofas fritas



Cuando, a la mañana siguiente, abrió los ojos, lucía el sol. Al otro lado de la ventana la ciudad parecía otra. El agua que cubría las calles había descendido al menos medio metro y el empedrado estaba limpio y brillante. Los tejados resplandecían como espejos y la gente sonreía. Parecía como si se hubiera roto un cruel encantamiento y el mundo volviese a ser un lugar acogedor donde vivir. Lucilla se frotó los ojos y se preguntó si el milagro tendría algo que ver con la desaparición de su padre. En el descansillo encontró un termo lleno de té con leche, rebanadas de pan con mantequilla y una tarjeta telefónica para hacer llamadas internacionales. Ruth no se había olvidado de ella. Junto con el desayuno, encontró una carta de la fábrica que había contratado a Giulio Moneta. Decía que si no se presentaba en su puesto de trabajo tal y como había sido acordado, lo despedirían.

Lucilla podía añadir aquello a su lista de preocupaciones o bien podía romper la carta y prepararse para salir. Paseó sin rumbo por el barrio y descubrió que, cuando hacía buen tiempo, era mucho más difícil perderse. Ya no se sentía sola y abandonada, sino dueña de su propio destino. Mientras pensaba cómo hacer frente a aquella nueva situación, vio a Leo Wehwalt, que se arrastraba por las calles del gueto cargado de bolsas de la compra. Se paró un momento bajo una placa que había en una pared. Se secó los ojos con la manga de la gabardina y prosiguió su camino en dirección a ella, que estaba esperando a que alguien le abriese el portal. Todavía no tenía la llave, pero iba a pedírsela a Ruth aquella misma tarde.

El viejo la vio y, sorprendentemente, le sonrió.

—Anda, mira, la discípula de mi hermana. Haz algo útil y llévame esta bolsa. Pesa un quintal.

Lucilla obedeció mientras se preguntaba si sería posible que Leo Wehwalt, aquel saco de huesos, hubiese raptado a su padre.

—¿Qué hay dentro? —preguntó cuando se dio cuenta de que él la miraba.

—Tu comida, y la mía. Alcachofas fritas. ¿Por qué me pones esa cara? ¿No te gustan?

—No, es que nosotros nunca comemos cosas fritas. Son malas para la salud.

Leo Wehwalt reprimió una carcajada.

—Tendrás que acostumbrarte y cambiar de hábitos. A los venecianos nos encantan los fritos. Freímos el pescado, las albóndigas, las alcachofas y todo lo que se mueva y tenga aspecto comestible. Si Bambi pasara por Venecia, también lo freiríamos.

Mientras hablaba, había entrado en su casa. Antes de cerrar la puerta, añadió:

—Ruth te espera a mediodía. Ni un minuto más tarde, que las alcachofas se enfrían.

¡Perfecto! Así no tendría que buscar excusas para colarse en la casa de los Wehwalt y buscar la máquina de escribir. Mataría el tiempo que le quedaba hasta el mediodía llamando a su abuela. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Muy pronto tendría que vérselas otra vez con su padre pero, mientras tanto, por fin podía hacer lo que le diera la gana.

Su abuela estaba bien; su madre seguía estable. Lucilla salió de la cabina de teléfono y paseó un rato, dejándose llevar. Paró al llegar a una plaza grande de bancos secos y desiertos. Allí no había trazas de la riqueza un tanto opresiva de los edificios del Gran Canal, ni aquel gentío que te robaba el aire. Solo una iglesia modesta y unos cuantos árboles dispuestos en círculo que empezaban a perder las hojas. Unos chicos montaban en monopatín, lanzando grititos alegres. Sin padres, abuelas ni niñeras a la vista. Se sorprendió pensando que debía de ser bonito crecer en un lugar sin coches ni semáforos, donde el único riesgo era terminar dentro de un canal.

Compró un ramo de flores para Ruth. Después se sentó en un bar y pidió un café. El camarero la miró sorprendido y un poco indeciso sobre si debía servirse. Pero ella dejó a la vista el dinero sobre la mesa y tampoco estaba prohibido que una chica de su edad pidiera un expreso, así que le trajo lo que había pedido. Lucilla estaba eufórica. No echaba de menos a su padre porque, en el fondo, sabía que volvería a verlo pronto. Podía disfrutar de la caricia del sol en el rostro y las miradas de los paseantes, que seguramente estarían maravillados de que fuera una jovencita tan independiente. Un segundo antes de que las campanas tocasen a mediodía, llegó a su portal. Llamó a Ruth hasta que le abrió. La casa de los Wehwalt estaba inundada de sol y olía a cera para suelos. La mesa ya estaba puesta y el centro estaba presidido por una gran bandeja de alcachofas fritas. Ruth estaba sentada en un sillón con un libro enorme sobre las rodillas.

—¿Estás leyendo algo interesante? —preguntó Lucilla.

Ruth levantó la mirada de las páginas y respondió:

—Estoy estudiando.

Lucilla dejó las flores en la mesa y se acercó a mirar. Aquella mujer no dejaba de sorprenderla. ¿Cómo conseguía seguir teniendo ganas de estudiar con setenta años

cumplidos? El libro era grueso y sus páginas amarillentas emanaban un olor ácido y desconocido, una mezcla de polvo y sudor. Los caracteres eran minúsculos y parecía como si no hubiera espacio entre ellos. Lucilla se percató de que en los márgenes había un gran número de anotaciones escritas con una caligrafía picuda.

—¿Qué es eso? Parece un hombre de pie —dijo Lucilla, señalando una serie de caracteres puestos en vertical.

Ruth la miró durante largo rato, antes de hablar. Parecía como si estuviese eligiendo las palabras una a una, pesándolas, midiéndolas y, por fin, decidiendo si servían para el objetivo que tenía en mente.

—Es el Shem ha-Mephorash. ¿Lo habías visto antes en alguna parte? —Lucilla negó con la cabeza y Ruth continuó—: Es el nombre de Dios tal como le fue revelado a Moisés. Cuando las letras están dispuestas así, una sobre otra, se considera que conforman la imagen del primer hombre. ¿Alguna vez has pensado en estudiar cosas más serias que inglés o informática? Creo que se te darían bien... ciertas asignaturas.

—¿Qué asignaturas?

—Asignaturas, digamos..., poco ortodoxas.

Lucilla se limitó a sonreír, pero su corazón exultaba de ambición. Su padre ni siquiera le permitía asomar la nariz en su estúpido cuchitril y, sin embargo, Ruth parecía estimarla. Después, recordó la misión que tenía que cumplir, le apoyó una mano en el hombro a Ruth, que aún estaba sentada, y dijo con una sonrisa inocente:

—¿Puedo lavarme las manos?

Quería comenzar la búsqueda de la máquina de escribir sin levantar sospechas. La perspectiva de pillar a Leo in fraganti era tentadora. Ruth, igual que ella, estaría mucho mejor sola. El baño era grande pero, sorpresa, estaba hecho un desastre. Espuma de afeitar y cuchillas junto a maquillaje y horquillas. Un único albornoz y toallas de un solo color. Que los hermanos compartieran toallas le pareció asqueroso. En su casa, cada uno tenía un juego propio y Lucilla pensó que, quizá, si los Wehwalt hubiesen tenido más dinero, también habrían tenido hábitos más higiénicos. Se paró a mirar una foto de Ruth de joven, encajada en el marco del espejo. Se maquillaba igual que entonces, con los labios rojos y un montón de polvos para la cara. Incluso llevaba el mismo peinado.

—¿Te parezco guapa en la foto?

Lucilla dio un respingo, salpicando el espejo de agua y jabón. Ruth estaba detrás de ella y la observaba con una expresión que no era capaz de descifrar.

Lucilla se sonrojó y se secó con la toalla que Ruth le tendía. La anciana farfullaba algo entre dientes:

—Sí —dijo Ruth, con la mirada perdida—, era guapa y valiente. Un poco como tú. Acababa de cumplir diecinueve años cuando me sacaron esa foto.

—¿Qué hacía en aquella época? ¿Estudiaba en la universidad?

—No, a los judíos no se nos permitía. Pero estudiaba igual, solo que con un rabino.

—¿Y qué más?

—¿Qué más qué?

—Pues... no sé. ¿Tenía novio? ¿Salía a bailar?

Ruth se echó a reír.

—Cielo, eran tiempos tristes y yo estaba demasiado ocupada estudiando.

—¿Y Leo, qué hacía?

La anciana bajó la mirada, como si se avergonzase de lo que iba a decir. Se pasó la mano por los ojos, manchándose una ceja de sombra de ojos azul, y respondió:

—Él se dedicaba a copiar, fundamentalmente. Lo tenía siempre pegado a las faldas. No se explicaba cómo podía ser más inteligente que él. Creo que no conseguía comprenderlo. Pero bueno, ahora, vamos a la mesa. Las alcachofas frías hacen daño al estómago.

Mientras volvían a la mesa, Lucilla fue abriendo todas las puertas, riendo como loca, como si se tratase de un juego infantil. La primera daba a un minúsculo dormitorio en el que solo había una mesilla y un aparador. La segunda daba a un cuarto trastero con una estantería llena hasta los topes de libros. La tercera estaba cerrada: aquel era el despacho de Leo, allí dormía en un sofá cama, le explicó Ruth. Siempre la cerraba con llave: por dentro cuando estaba en casa y por fuera cuando salía. Ruth ni siquiera se acordaba de la disposición de los muebles, hacía treinta años que no entraba allí. Cuando vio el ramo de flores, la viejecita dejó escapar un gritito de felicidad. Tenía los ojos húmedos y Lucilla se dio cuenta de que le temblaban las manos mientras las colocaba en el jarrón.

Después, se sentaron una frente a la otra, esforzándose por camuflar la emoción y la gratitud recíprocas. Lucilla no se había sentido así de importante para alguien desde hacía un siglo, pero se terminó la comida intentando aparentar indiferencia.

—¿No esperamos a Leo para comer?

—Oh, bueno, supongo que ya te habrás dado cuenta: no es muy sociable. Ha comido solo y después ha salido a ver a unos amigos, no sé quiénes. ¿Tú qué vas a hacer esta tarde? Quizá deberías ir a ver dónde está tu nuevo instituto.

—No tenía intención.

Ruth se echó a reír y, por un momento, se pareció de nuevo a la chica de la foto. Después, añadió:

—Si no quieres que alguna profesora entrometida empiece a sospechar, deberías ir a clase, y he de advertirte que empiezan dentro de poco. Seguro que no sabes ni qué libros tienes que comprar.

Lucilla sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—No te preocupes. Leo era profesor. Le pediré que se entere.

—¿Podemos cambiar de tema? Hablar del instituto me da picores.

—Está bien. Entonces, ¿qué planes tienes para hoy? Leo volverá pronto y no le hará gracia verte aquí.

Lucilla había dado por descontado que podría pasar la tarde con Ruth. Pretendía esperar a que se adormeciese para curiosear por la casa. Además, no tenía nadie más con

quien pasar el tiempo, a excepción de la gárgola, que, sin embargo, parecía tener hábitos nocturnos.

–Podríamos dar un paseo.

–No creo, mi niña. Yo no salgo nunca. Ya no conozco a nadie, me pongo muy triste. Leo hace todos los recados. Además, no puedes pasar el tiempo con una vieja de mi edad. ¿Sabes qué deberías hacer? Deberías buscar amigos de tu edad.

En la mente de Lucilla se encendió una bombilla. Como de costumbre, Ruth le había dado la solución. Un amigo de verdad era justo lo que necesitaba.

Se despidió de Ruth prometiéndole que haría lo que le había aconsejado. Lo único que necesitaba para ello era un cebo.

La dama de picas



Para poner en marcha su plan B, tenía que pasar antes por casa. Se metió en el bolsillo la nueva llave del portal que Ruth le había dado y subió las escaleras a toda prisa. Rebuscó dentro de todos los cajones hasta que encontró la cadenita de oro que le habían regalado por su Primera Comunión y que había conseguido salvar de las garras de su padre. Colgó de la cadenita el medallón de la maga Medea, se lo puso al cuello y lo cubrió con el jersey. Después, corrió a la parada del transbordador que llevaba a la plaza de San Marcos. Tal como había previsto, frente a la basílica, una multitud de turistas guardaba cola. Se soltó la trenza para resultar más llamativa, se abrió el chubasquero y giró el medallón de manera que la parte dorada reluciese con los rayos del sol. Paseó bajo los soportales parando a mirarse en los escaparates, pero de su futuro nuevo amigo no encontró ni rastro. Pensó que era condenadamente bueno. Después de media hora de ir y venir, decidió que el anzuelo ya estaba lanzado. Ahora solo tenía que quedarse quieta y esperar que el pez picara. Se colocó bajo la estatua del león, mirando hacia un lado con fingida indiferencia. El corazón le latía desbocado, porque sabía que no podía fallar. Tenía que ser muy rápida. Sobre todo, más rápida que él.

Tras una espera que le pareció eterna, por fin lo vio acercarse. Caminaba con tranquilidad, como si estuviese pensando en otra cosa. Lucilla se obligó a quedarse inmóvil, con las manos en los bolsillos. Cuando sintió que la cadenita se le tensaba en el cuello, estaba lista para actuar. Agarró primero la manga de una chaqueta; después, una mano áspera y callosa.

El chico de la cicatriz en la ceja, el dueño de la mano, abrió la boca de par en par. Tardó al menos diez segundos en recuperarse de la sorpresa y, acto seguido, intentó liberarse dando tirones, exactamente igual que habría hecho un pez que hubiera picado el

anzuelo, y con el mismo inútil resultado. Lucilla lo había agarrado con ambas manos y tenía una expresión nada amigable en los ojos.

—Suelta el medallón o me pongo a gritar —susurró ella, mirando al chico directamente a los ojos—. Tengo algo que proponerte.

Que había encargado a Listilla una tarea fácil, pero mi voz interior me decía que iba a decepcionarme. Sin embargo, no podía hacerlo todo solo, así que no me quedaba más remedio que pedirle ayuda. Era la única persona del mundo que se volcaría en la búsqueda sin pedir a cambio nada más que la recuperación del progenitor. O, al menos, eso pensaba yo. Sobrevolé la ciudad a lo largo y ancho aprovechando el cobijo de la noche. En Venecia existen tres lugares mágicos por excelencia. Son lugares escondidos que solo los iniciados en el tema conocemos. Quizá allí podrían darme alguna noticia. En la calle Amor degli Amici escuché una conversación entre dos magos que, con la ayuda de una banda de hadas sarracenas, pretendían fortalecer los pilares de un edificio. Especulaciones inmobiliarias. Junto a la iglesia de San Geremia, en la calle Marrani, dos viejos marchitos estudiaban la manera de recrear golems para convertirlos en porteros de discoteca. Mano de obra barata. Junto al Puente de las Maravillas, un grupo de brujas discutía sobre la inauguración de un centro de belleza donde garantizaban una apariencia de eterna juventud gracias a un encantamiento temporal.

Dinero, dinero y más dinero, pero ni rastro de mi alquimista. Además, iba tan cargado de amuletos y talismanes que a la fuerza alguien debería encontrar alguno y ponerlo de nuevo en el mercado de los objetos mágicos. No podía haberse volatilizado como una corriente de aire. Y aunque las ratas venecianas pueden devorar un cadáver antes de que le dé tiempo a enfriarse, al menos algún hueso tendría que haber quedado.

Deprimido, decidí volver a la escena del delito. El canal de la Madonna dell'Orto estaba silencioso y desierto, envuelto en la niebla. Me posé sobre una chimenea, disfrutando del calorcito que me subía por los espolones y fue allí, mientras observaba las cuatro estatuas de los hermanos Mastelli, donde tuve una iluminación. Por fin había desvelado el misterio, aunque estaba aún muy lejos de poder resolverlo.

Qucilla se había anotado un tanto al contactar a su cómplice con tanta facilidad, pero no se podía decir lo mismo acerca de la negociación. Al principio, todo parecía ir sobre ruedas, porque Dimitri, que así se llamaba el chico de la cicatriz, se declaró dispuesto a sustraer la máquina de escribir a cambio del medallón. Después acompañó a Lucilla a casa. Primero, porque tenía que saber cuál era el apartamento a desvalijar; segundo porque, si no la hubiera acompañado, Lucilla no habría sabido cómo volver sola. La niebla se había levantado de la laguna rápidamente, cubriendo personas y objetos, ocultando cualquier forma y reflejo. Los transbordadores habían dejado de circular y

solo los gondoleros, que sabían moverse por los canales con los ojos vendados, ofrecían sus servicios, pagados a precio de oro. Dimitri, que en aquel momento calzaba unas botas enormes y una chaqueta fina, guio a Lucilla con la seguridad con que lo habría hecho un ciego. Estaba realmente maravillada. Ella no solo no veía nada, sino que ni siquiera escuchaba ningún ruido que no fuera el que hacían las barcas amarradas a los muelles al chocar entre sí y los gritos de: «¡Mira por dónde pisas!», que recibía cada vez que se chocaba con un peatón. A través del olfato, percibía un único olor: a humedad. Podría haberse caído dentro de un cubo de bacalao sin darse cuenta. Los turistas parecían haberse disuelto con la niebla y la ciudad estaba abandonada a excepción de los únicos habitantes lo suficientemente valientes como para desafiar a la suerte y arriesgarse a morir ahogados en un canal. La sensación de omnipotencia que había tenido aquella mañana se había evaporado. Aceleró el paso para no perder a su guía, siguiendo el ruido que hacían las botas de goma al pisar el empedrado. De repente, se agarró a la mano de Dimitri y él dio un respingo, como si no estuviese acostumbrado a aquel tipo de contacto. Dio un tirón para darle a entender que tenía que ir más despacio y, Dimitri, para alivio de Lucilla, ralentizó el paso, pero no por el motivo que ella creía.

El muchacho se agachó, sin soltarle la mano. Recogió del suelo un naipe, con los ojos risueños.

—¿Qué haces? Está sucísimo.

—Los colecciono. Estoy intentando hacerme una baraja. Pero este ya lo tengo. Es el símbolo de Venecia, da buena suerte —añadió al tiempo que le tendía una dama de picas.

—¿Te apetece un chocolate? —dijo ella de repente, sosteniendo la carta por una esquina. Estaba demasiado asquerosa para metérsela en el bolsillo del chubasquero, pero no quería enemistarse con su nuevo y guapísimo cómplice—. Hace un frío que pela.

El chico dudó un momento y después contestó:

—No, no puedo pagarlo.

Lucilla abrió la boca de par en par, pero no dijo nada. Estaba maravillada por la sinceridad de su nuevo socio y por el hecho de que no estuviera intentando impresionarla. Sus compañeros de clase habrían vendido a su abuela por recibir una invitación suya. En su antiguo escritorio había un cajón que rebosaba de postales de San Valentín y regalitos ridículos. Decidió que valía la pena insistir. En el fondo, debía intentar conocer mejor al sujeto al que iba a confiar una misión tan delicada.

—Yo invito. ¿Nos llega con ocho euros? Es lo único que tengo.

—Llegará si pido yo.

Así, retrocediendo sobre sus propios pasos, entraron en un bar. El camarero lanzó una mirada sospechosa a Dimitri, una de alivio a Lucilla y después los invitó a sentarse junto a un calentador eléctrico.

—Bueno, te llamas Dimitri. ¿Dimitri y qué más?

—Dimitri a secas.

No va a ser fácil, pensó Lucilla con una media sonrisa. Le miró las manos agrietadas

apoyadas sobre la mesa. Sus compañeros de clase le habrían dicho que era uno de esos que «tienen que sacarse las castañas del fuego», alguien que tenía que buscarse la vida. Avergonzada, escondió sus propias manos, blancas y suaves, en los bolsillos del chubasquero.

—¿Eres ruso?

El chico resopló pero, luego, a la vista del chocolate caliente, pareció relajarse un poco.

—No. Mi madre estaba convencida de que mi padre era un marinero ruso, pero solo porque él nunca le habló en italiano. En realidad era veneciano, de Malamocco.

—Ah.

—Mi madre era una pintora española que llegó a Venecia sin nada en los bolsillos. Nunca vendió un cuadro, enfermó de los pulmones, me dejó con mi padre y desapareció.

—Ah, entonces ahora vives con él.

—Por así decirlo, sí.

Después se puso a mirar por el escaparate aunque, aparentemente, no había nada que ver aparte de una masa gris e impenetrable. Las presentaciones habían terminado.

—¿Cómo se llama el tipo?

—¿Quién?

—El de la máquina de escribir.

—Ah, ese. Leo Wehwalt. Vive en el gueto, en el bajo de mi edificio.

Dimitri se volvió de repente, con los ojos oscuros abiertos de par en par. La incipiente nuez se agitaba en su cuello como loca.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—No hay más que hablar. No lo haré.

Lucilla se puso furiosa. Aquello era una traición, más aún tras haber bebido chocolate caliente juntos.

—No puedes echarme atrás. Hemos hecho un trato.

—Mandaré a alguien para que lo haga en mi lugar.

—No.

—Eso no lo decides tú.

—¿Ah, no? ¿Quieres que me ponga a gritar que estás intentando robarme la cartera? ¿Quieres meterte en un lío?

Dimitri la miró durante un segundo larguísimo, con los ojos entrecerrados en dos finísimas ranuras. Estaba atrapado entre la mesa y la pared, incapaz de escapar. El camarero la creería a ella, tan bonita y bien vestida, no a él. Apretó los puños hasta que se le pusieron los nudillos blancos y después siseó.

—Lo sabía. Las chicas como tú sois así. De acuerdo, la robaré, pero te costará mucho más.

—Eso no es un problema —respondió Lucilla, aunque no tenía ni idea de dónde iba a sacar ese «mucho más» que estaba prometiendo.

Mientras el muchacho se levantaba e iba hacia la puerta, se preguntó qué querría decir con «las chicas como tú sois así», pero sospechaba que la idea no iba a gustarle.

Lucilla atravesó el descansillo del piso de los Wehwalt de puntillas. No quería hablar con Ruth. Se sentía demasiado culpable. Estaba muerta de frío y cansada y tenía que encontrar la manera de pagar a su cómplice. Pocos minutos antes, Dimitri la había abandonado en la plaza principal del gueto. Habían quedado en volver a verse en Fondamenta Nuove, frente a la isla de San Michele, la noche siguiente. También le dijo, en un tono que a Lucilla no le gustó en absoluto, que le llevara algo de valor.

—¿Se puede saber para qué? ¿Qué pasa, que es muy difícil robarle a un viejo? —le había dicho ella.

Dimitri se había arrebujado en su fina chaqueta y después se había acercado a ella para susurrarle al oído:

—En esa casa, hay fantasmas.

Lucilla se echó a reír. Era la excusa más estúpida que había escuchado en su vida. El aliento del chico, sin embargo, aún olía a chocolate y ella se sorprendió a sí misma preguntándose si él tampoco habría besado nunca a nadie. Sin añadir una palabra, Dimitri giró sobre sus talones y se esfumó en la niebla.

—¡Eh! ¡Espera! ¿Cómo se supone que voy a volver a casa? ¡Es tarde y está oscuro! —había chillado Lucilla.

Él ni siquiera se molestó en contestar.

Lucilla miró la dama de picas y, durante una fracción de segundo, se sintió tentada de tirarla al suelo. Después le vino a la mente la expresión de Dimitri cuando la había recogido pero, sobre todo, la que tenía cuando se la regaló. Un poco reacia, se la metió en el bolsillo de los pantalones. Alzó los ojos, buscando el edificio más alto del gueto, pero a su alrededor todo estaba uniformemente gris. Era como si el mundo se hubiera vuelto del revés y, a su alrededor, no se veía ni un alma.

Lucilla hizo acopio de valor y avanzó un par de pasos en la primera dirección que se le ocurrió. Chocó contra un muro. Se frotó el hombro y se dio cuenta de que era el muro en el que estaba la placa. Estaba increíblemente contenta de haberse movido en la dirección correcta. Con la mano apoyada en él, caminó muy lentamente, intentando no pisar por error un excremento de perro ni caer en una alcantarilla. Cuando llegó al portal, tuvo que reprimir un grito de triunfo. ¡Lo había conseguido!

La idea de que su padre pudiese estar en casa, cómodamente sentado en el sofá, no le rozó ni siquiera la antecámara de la mente. Estaba segura que solo ella podría resolver el misterio en el que se encontraba. Subió las escaleras de puntillas y abrió la puerta de la buhardilla muy despacio. Entre todos aquellos cachivaches, seguramente encontraría algo con que pagar a Dimitri. Apoyó los dedos sobre el interruptor y, de repente, la habitación retumbó como si la hubiera alcanzado un misil. Al menos una docena de alambiques se estrellaron contra el suelo, disparando fragmentos de vidrio en todas las direcciones. Se escuchaba el ruido de las puertas al abrirse y voces asustadas que gritaban: «¡Socorro!

¡Un terremoto!». Como no hubo más sacudidas, todo volvió a la normalidad. Las puertas se cerraron y el edificio se sumió en un silencio sepulcral únicamente interrumpido por unas amortiguadas maldiciones, caracterizadas por una ese sibilante, al otro lado de la ventana.

¡**S**túpida descerebrada! ¡Me había dejado fuera! ¿Cómo pensaba que entraba y salía del edificio? ¿Llamando al telefonillo? Me estrellé contra las contraventanas de la buhardilla como un tornado. El impacto me hizo rebotar sobre el techo y, para evitar caer al suelo desplomado como un saco, me agarré al canalón, haciendo que se desprendiera por lo menos un metro. La mocosa abrió las contraventanas justo cuando estaba ahí colgado. Abrió aquellos insoportables ojazos verdes y suspiró:

—Ah, ¿eras tú?

Maldiciendo, me impulsé con las alas y entré en la buhardilla. Lo que vi me hizo enfurecer tanto que el hecho de haberme escornado contra la ventana pasó a un segundo plano. Ella seguía examinando los dos agujeros que había hecho en la madera de las contraventanas cuando empecé a gritar:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha saboteado el laboratorio?

Me miró con cara de pasmada durante un segundo, después adoptó una expresión de enojo y respondió:

—¡Maldita sea, cierra el pico! ¿Qué quieres, que vengan también los bomberos?

Cerré la mandíbula de golpe. Luego me puse a rechinar los dientes, produciendo un ruido tan insoportable que, en comparación, el chirrido de la tiza sobre la pizarra era una auténtica delicia.

—Bueno, no te pongas así. Solo hemos puesto un poco de orden. Nos arriesgábamos a saltar por los aires con la más mínima ráfaga de viento.

—¿Quiénes habéis puesto un poco de orden?

—Ruth, la gemela del viejo que según tú tiene algo que ver con el secuestro de mi padre, y yo.

—¿Has-traído-aquí-a-la-hermana-del-viejo?

Retrocedió un paso.

—No tienes por qué enfadarte. Sí, vino conmigo. ¿Y yo qué narices sabía de lo que escondía aquí mi padre?

Detestaba que tuviese razón. Yo, sin embargo, estaba igual de furibundo. Ni un solo libro estaba en su lugar y los verdaderamente importantes habían desaparecido. Todos los cajones habían sido abiertos, todos los rincones registrados. Incluso los elementos indispensables para las labores de un alquimista de cuarta clase se habían esfumado. Los pocos recipientes alquímicos que quedaban estaban hechos trizas en el suelo. El sabotaje había sido realizado a conciencia. Quien hubiera tomado cartas en el asunto sabía bien lo que hacía.

–Tenemos problemas, muñeca.

–¿Muñeca?

–Debería preocuparte más la primera parte de la frase. Esta tipa sabía qué hacía aquí tu padre.

–Pues claro que lo sabía. Fue ella quien me dijo que era un nigromante.

Las cartas de tarot talladas en hueso de ballena que estaba barajando para tranquilizarme se me escurrieron de las garras.

–¿Y me lo dices así? ¿No se te ha ocurrido que pueda ser cómplice de su hermano?

Ella sonrió y negó con la cabeza. La cola de caballo se le agitó en una deliciosa cascada dorada. En lo más profundo de mi corazón de piedra, sentí que la odiaba.

–No, ella no tiene nada que ver, estoy segura –dijo con una sonrisa angelical–. Es completamente distinta a su hermano: son como el día y la noche.

Comprendí que no era posible inyectar un poco de sentido común en aquella cabecita. Así que reprimí mi respuesta y contesté:

–De acuerdo, pensaremos en eso luego. ¿Has conseguido robar la máquina de escribir?

Una vez recibida la respuesta afirmativa, proseguí:

–¿Estás bien abrigada? Fuera hace frío.

–¿Salir? ¡No, ni hablar! He estado fuera toda la tarde y tengo tos, ¿no la oyes?

Era verdad, parecía un tractor con el motor calado. Pero eso era problema suyo, no mío.

–Bueno, ¿y qué? Ahora formas parte de esta ciudad a todos los efectos: bronquios podridos, pies palmeados y obsesión por las alcachofas fritas. Esos son los tres rasgos del hombre veneciano.

–Yo soy una chica.

–En ese caso, con el catarro basta para convertirte en una auténtica veneciana. ¿Estás preparada para un buen vuelo? Vamos a ver a tu padre.

–**N**o te entiendo –farfulló Lucilla mientras se retorció un mechón de pelo.

A sus espaldas, un chillido agudo le hizo dar un respingo. La gárgola dio un paso en dirección a ella, achicando los ojos como un gato.

–Bueno, ¿te das prisa? No tenemos toda la noche.

–¿De verdad has encontrado a mi padre?

–Sí, y si la señorita tuviese la bondad de subirse a mi grupa, podríamos ir a verlo inmediatamente.

La chica se mantuvo inmóvil junto al interruptor, que aún no había pulsado. La única luz de la habitación provenía de una farola de la calle que iluminaba a través de la niebla con un halo color orín.

–Me estás diciendo que vamos a volar, ¿verdad? ¿En serio?

Los hombros de la gárgola descendieron de golpe y la criatura le lanzó una mirada de

exasperación.

—Mira, preciosidad, tu padre y yo hemos recorrido media Europa con este sistema. Y nunca me ha pedido que le devolviera el dinero, si pillas la metáfora.

Lucilla no quería confesar que tenía vértigo y que la sola idea de montarse sobre la espalda de aquel ser y tirarse con él por la ventana le producía malestar. ¿De verdad no había otra manera de volver a ver a su padre?

—¿No podemos ir andando?

—¿A ti te parece que puedo ir andando por la calle como si nada? No sé si te has dado cuenta, pero me resulta un poco difícil pasar desapercibido.

—Podrías pasar por un perro grande.

—¿Perdona?

—Ahora se ven perros así..., así de absurdos por la calle. Con las orejas grandes, sin orejas, con cola, sin cola...

—Con alas...

—Te las podemos esconder con un chubasquero.

—¡Un chubasquero! —gritó la gárgola con furia—. Yo no me pondré nunca un ridículo chubasquero. Si no quieres ver a tu padre, es asunto tuyo. Me tienes hartos.

Dicho aquello, la criatura se alejó, arrastrando aquellas patas provistas de garras por el suelo. El ruido era insoportable. Fue hasta el alféizar de la ventana y se posó sobre él. Lanzó una última mirada a la chica, sacudió la enorme cabeza e hizo amago de desplegar las alas.

—¡Quieto! ¡Espera! —gritó Lucilla un segundo antes de que la bestia levantara el vuelo—. De acuerdo, voy contigo.

Con una sonrisa de satisfacción, la gárgola hizo un gesto con la pata, como si quisiera decirle: «Ponte cómoda».

Lucilla tomó aire, se puso la capucha del chubasquero y, tosiendo teatralmente, se montó a horcajadas sobre la gárgola.

—Pon las piernas ahí... No, no sobre las alas, sino detrás. Ahí está, no es difícil. Ahora, agárrate a mi cuello. ¡Sin apretar! ¿Ya estás? ¿Llevas una bufanda? Bueno, pues nos vamos. Será la experiencia más emocionante de tu vida. ¿Alguna vez te has montado en una montaña rusa? Pues esto es un millón de veces mejor —siseó la gárgola mientras le aferraba los tobillos con los dedos de piedra.

Lucilla asintió y, mentalmente, porque no se habría soltado del cuello de la bestia ni aunque la hubieran torturado, se hizo la señal de la cruz.

En cuanto la tonelada de piedra se lanzó por la ventana, surcando el viento húmedo como un buque de guerra, otra chica apareció en la buhardilla. Era evanescente y de color lechoso. Debía de tener más o menos veinte años. Flotó hacia la ventana y se quedó mirando a la gárgola y a la pasajera aferrada a su cuello hasta que desaparecieron en la niebla. Después, se desvaneció, tan silenciosa como había llegado.

¡Petrificados!



El aire gélido golpeó a Lucilla en la cara, haciendo que le lagrimearan los ojos. La capucha se le cayó hacia atrás. Hizo amago de abrir la boca para gritar, pero una potente ráfaga de aire le hinchó las mejillas, mandando el grito de vuelta a la garganta. La niebla hacía que fuera imposible distinguir los contornos de las cosas que, de cualquier manera, a aquella velocidad se habrían visto reducidas a un borroso caleidoscopio de ventanas y cornisas. Lo más terrorífico era quizá el silbido que cortaba el aire cada vez que volaban en caída libre. Cada vez era más fuerte, más agudo, como una bomba lanzada por un caza de guerra. Lucilla pensó que no estaban volando, sino cayendo en picado. Intentó pegarse todo lo que pudo a la espalda de la bestia, tratando de evitar que la brutalidad de las leyes de la física la arrancara de su montura. Un segundo antes de que sus dedos cedieran y soltaran el cuello de la gárgola, esta desplegó las alas con un chasquido. Se enderezó, viró para esquivar un mirador y volvió a tomar altura. Lucilla giró la cabeza. Detrás de ella se veía un túnel excavado en la niebla que volvía a cerrarse en silencio, borrando las huellas de su desenfrenado viaje. La gárgola ahora volaba en zigzag entre las casas, sacudiéndose como si fuera un pterodáctilo. Pasaron a vuelo rasante sobre una iglesia y levantaron algunas tejas del campanario. Después, la criatura frenó y empezó a planear suavemente hacia el suelo. Con las patas posteriores colgando, se balanceó como un columpio grotesco al tiempo que dedicaba a la pasajera aferrada a su cuello una sonrisa divertida.

—Ya hemos llegado. Es bonito, ¿verdad? Dime la verdad, ¿a que no te esperabas que fuera tan emocionante?

Lucilla no consiguió decir ni una sola palabra. Murmuró algo incomprensible, que fue interpretado como un asentimiento, y la conversación no continuó hasta que no tocaron tierra.

—Este es el Palacio Mastelli —dijo la gárgola, señalando un edificio de silueta borrosa—. Y estas son las estatuas de sus antiguos propietarios, los tres hermanos: Rioba, Afani y Sandi.

Lucilla negó con la cabeza, incrédula. ¿Aquella bestia la estaba llevando a hacer turismo? Sintió que la cara le empezaba a arder y que después volvía a helársele.

—Tú... tú... —balbuceó, incapaz de verbalizar la rabia que le subía hacia los ojos.

—Y, con inmenso placer, te presento a la nueva versión de tu padre, en su papel de... moro de Venecia.

Ella, que apenas había recuperado el equilibrio después del vuelo, se volvió hacia la dirección que señalaba. Dio un paso adelante. Un banco de niebla se alejó flotando, dejando al descubierto una estatua encastrada, como las demás, en un nicho del muro. Vestía un enorme turbante y una especie de túnica. Estaba torcida y un poco corroída por la contaminación y el clima. Pero su rostro, sin atisbo de duda, era el de Giulio Moneta.

Por primera vez desde que la conocía, me percaté de que tenía parecido con su padre. Estaba allí, con la boca abierta en una expresión entre horripilada y sorprendida. Y los dos estaban petrificados. Una en sentido metafórico mientras que el otro realmente había sido transformado en estatua. Sobre quién podía haberse anotado aquel tanto, me quedaban pocas dudas. El viejo que mariposeaba alrededor de la niña como un moscón, el que le había entregado la carta falsa con la ayuda de aquella Ruth, quizá inconsciente de las intenciones de su hermano. La máquina de escribir descubriría la identidad del culpable, pero no cómo había llevado a cabo su delito. Yo me había formado algunas teorías al respecto y tenía intención de explicárselas a la mocosa en cuanto volviera a dar señales de vida. Pero las señales tardaban. Tras esperar al menos cinco minutos, empecé a sospechar que quizá en el muro se escondiera un basilisco. Aquello habría echado por tierra mi teoría y habría explicado por qué la chica tenía aquella cara de pasmada. Desgraciadamente, contra la mirada asesina del basilisco no existen antídotos y, si había sucumbido a ella, la niña se convertiría en una atracción tan turística como los hermanos Mastelli. Me acerqué para inspeccionar el nicho donde reposaba, en una pose ridícula pero bastante favorecedora, mi exsocio.

—¿Qué haces? —exclamó Listilla, dando un respingo como si la hubiese alcanzado un rayo.

Perfecto, no estaba realmente petrificada.

—Estoy comprobando que no haya basiliscos escondidos en la pared —respondí.

Estaba preparando una explicación detallada sobre el funcionamiento de estas criaturas formidables, esperando que la mocosa empezara a hacer un montón de preguntas, cuando ella tomó aire, cerró los ojos un segundo y después dijo:

—No puede ser. Los basiliscos petrifican a quien los mira y, si hubiera uno ahí, mi

padre le habría estado dando la espalda. Si hubiese cruzado la mirada con la de un basilisco mientras observaba el palacio, no estaría de frente. Además, ¿por qué habría salido de casa vestido así?

¡Cielos! Aquella chica era un arma de destrucción masiva con patas. No solo era preciosa, sino que además tenía un cerebro que bombeaba a mil por hora.

—¡Felicidades! ¡Respuesta correcta!

Se volvió hacia mí, frunciendo la nariz.

—¿Qué ha sido eso, un examen?

Perfecto. Era inteligente, pero no demasiado espabilada, si captáis la sutileza. De cualquier manera, decidí que habíamos pasado allí como pasmarotes demasiado tiempo y, aunque una de las características de las gárgolas es que tenemos la capacidad de permanecer perfectamente inmóviles durante horas, eso no significa que nos guste hacerlo.

Le toqué un hombro con delicadeza. Ella bajó la cabeza, casi como si se hubiese anticipado a lo que estaba a punto de decirle.

—Ahora mismo no podemos hacer nada por él. Nos quedan muchas cosas por comprender, por descubrir. Pero conseguiremos devolverlo a su estado original —dije con el tono de voz más convincente que fui capaz de articular.

Mentira, mentira, mentira.

Elevó los ojos en dirección a mí. Aunque los tenía húmedos y enrojecidos, habrían hecho estallar de envidia a un hada. El labio inferior le tembló levemente y algo en mi interior me obligó a decir:

—Te lo prometo. —Después de maldecirme a mí mismo en arameo por lo que acababa de hacer, añadí—: Tenemos que irnos, este lugar no es seguro.

Ella asintió, después se cubrió el pelo con la capucha y esperó recibir instrucciones. Podía haberme limitado a cargármela a la espalda y partir con un vuelo vertiginoso, precedido por un despegue atómico. En cambio, le rodeé la cintura con un brazo, le dije que se agarrara fuerte y, después, ayudándome del brazo libre, trepé por el canalón.

Ya sabía cómo solían terminar las historias de aquel tipo, pensé mientras ella me apoyaba la cabeza en el hombro y hacía lo imposible para que no me diera cuenta de que estaba llorando. La Bella y la Bestia, King Kong y la rubia, el Golem y la muchacha, el jorobado y la gitana Esmeralda: historias de tipos feos que habían terminado mal parados por culpa de chicas guapas. Si no tenía cuidado, aquella niña me iba a poner la vida del revés como un calcetín. Tenía que concentrarme en mi misión y pensar siempre, con todas mis fuerzas, en mi corazón leonino. ¿Vivir dentro de aquellos orondos rasgos habría provocado que, finalmente, mi alma se asemejase a mi aspecto? ¿Me había convertido en un ser grotesco y patético por dentro y por fuera?

Perdido en mis pensamientos, no me di cuenta de que había llegado al tejado y, durante un tramo, continué avanzando a gatas hasta que mi pasajera, que por aquel entonces estaba brillantando las tejas con el trasero, susurró:

—¿No te parece que podríamos parar un rato?

Me estremecí cuando aquella insoportable erre gangosa retumbó en mis orejas como una campanilla de cristal. La solté sin demasiados miramientos.

—¡Ay!

—¡Ups! ¡Lo siento! No lo he hecho aposta.

Mentira, mentira, mentira.

Nos sentamos junto a un extractor de humos. Ella apoyó la espalda contra él y suspiró al contacto con la superficie templada. Bajo nosotros, despuntaban entre la niebla el campanario con cubierta en forma de cebolla de una iglesia y una procesión de chimeneas. Parecía una ciudad encantada, suspendida entre las nubes. La luna brillaba sobre el escenario, dándole un toque insoportablemente sentimental. Teníamos que volver a la realidad.

—Creo que tu padre ha caído en la emboscada que le ha tendido el dueño del objeto que estamos buscando desde hace más de cuatro años: la clavícula del rey Salomón.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Mi padre ha terminado así por culpa de un hueso? En esta ciudad debe de haber por lo menos un millón de reliquias, suficientes para construir un nuevo Frankenstein. ¿Mi padre se ha convertido en piedra por culpa de una clavícula?

Ahora me tocaba a mí suspirar.

—La clavícula que buscamos no es un hueso. Es un talismán, el más poderoso de toda la historia de la magia.

Ella miró durante un instante un punto en el horizonte, hacia el muro donde su padre estaba prisionero. Estaba seguro de que ella intentaba poner orden en sus pensamientos. Cualquiera otra habría montado en cólera, farfullando frases sin sentido y dando puñetazos al suelo. Ella, en cambio, solo dijo:

—¿Te importaría empezar por el principio?

¿Qué otra cosa podía hacer? Había caído víctima del encantamiento más potente del mundo.

—La palabra *clavícula* procede del latín y significa «llave pequeña». Todos los alquimistas la conocen o, al menos, han oído hablar de ella. Es un conjunto de fórmulas mágicas antiquísimas. La tradición la sitúa en la época de Suleiman ibn Daud, o lo que es lo mismo, el rey Salomón, el hombre más sabio de todos los hijos de Oriente. Gracias a la clavícula, era capaz de invocar *jinns* y *djinns*, genios buenos y genios malvados que puso a trabajar para edificar el Templo de Jerusalén y para excavar sus fabulosas minas. Parece que fue obra de la clavícula que el santo hombre descubriera que la reina de Saba en realidad era un demonio, mostrándole la verdadera naturaleza de sus peludas piernas.

—¿Perdona?

—Bueno, vale, eso es un cotilleo. De cualquier manera, cuando Nabucodonosor mandó derribar el Templo de Salomón, se llevó la clavícula a Babel y, prodigiosamente, la ciudad conoció una época de riquezas inimaginables... Después...

—No me interesa toda la historia. ¿De qué más es capaz, aparte de hacerte ver la

verdadera naturaleza de los pelos en las piernas de la gente y convertirte en asquerosamente rico?

—Puede curar a los moribundos, someter las fuerzas de la naturaleza y todas aquellas que rigen la composición de la materia.

—Y aquí es donde la historia empieza a interesarte.

—Sí —admití—, y también donde empieza a interesarte a ti.

Ella me miró durante un segundo y, después, finalmente satisfecha, asintió.

La luna se había acurrucado en su lecho occidental y el cielo había cambiado imperceptiblemente de color. Alrededor de nosotros, tenues sombras moradas surgían de las chimeneas y los nidos de las palomas bullían de vida. Aquel pensamiento me recordó que hacía horas que no me llevaba nada a la boca. Miré a mi alrededor, buscando algo que picar, cuando la chiquilla dijo:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dispara.

—¿Por qué quieres volver a ser un león? Es una cosa tan... común. Solo en la plaza de San Marcos he contado una docena.

—Catorce para ser exactos.

—¿Lo ves? En cambio, tú eres único. —Aquí hizo una pausa para lanzarme una mirada penetrante. Por primera vez en mi larga vida, no me avergoncé de mi hocico chato, ni de mis orejas desproporcionadas, ni de la joroba, ni de aquellos ridículos cuernecillos que tenía en medio de la frente—. Quiero decir... —continuó—, que tú eres tú. Nadie puede confundirte con otro.

—¿Ni siquiera con una preciosa muchachita de ojos verdes, melena rubia y naricilla respingona?

—Ni siquiera.

—¿Te apetecería tener perfil de boxeador? —dije, mostrándole el puño—. Sería original. La chica levantó la mirada al cielo, resoplando.

—Bromeaba —dije yo—. De todas maneras, créeme, a nadie le gusta ser un monstruo.

—Claro, porque, ¿un león alado qué es si no?

No quería, pero me eché a reír.

Pillado, pillado, pillado.

Tercera parte



El secreto de la clavícula



El viaje de vuelta fue menos accidentado que el de ida, aunque no se habría podido definir como placentero. Al menos, la gárgola evitó acelerar a un milímetro de los tejados y dejó de esquivar las chimeneas como si fueran postes de eslalon. Volaba lenta y relajada, aprovechando las corrientes de aire, sin batir las alas como si fueran látigos. Una pálida luz teñía de rosa la niebla y, quizá a causa del cansancio y de las emociones acumuladas, Lucilla se sentía como una amazona cabalgando a Pegaso. Cuando llegaron a la buhardilla, se encontraron la ventana abierta y la persiana levantada pero, a pesar de todo, la gárgola parecía disgustada.

Descargó a Lucilla en el interior de la habitación y dio media vuelta rápidamente diciendo únicamente:

—Nos vemos esta noche.

Ella se apresuró a levantarse del suelo hecha una furia. Aún tenía que hablarle de Dimitri, del plan para recuperar la máquina de escribir y del premio que le había prometido a cambio.

Corrió a la ventana, pero de la gigantesca estatua de piedra no vio más que el túnel que había excavado en la niebla y que, inexorablemente, volvía a cerrarse tras ella. Escuchó, en la lejanía, un sonido de alas que batían. Después, nada.

Se frotó los ojos y se dirigió hacia la puerta. Agarró el picaporte y lo giró, pero no se movió. ¡Alguien la había dejado encerrada! Se maldijo por haber sido tan estúpida. Probablemente Ruth la hubiera estado buscando y, al no encontrarla en casa, habría pensado que quizá estuviera en la buhardilla. Habría encontrado la puerta abierta, pero a

nadie dentro, y seguramente se hubiera imaginado que Lucilla simplemente se habría olvidado de cerrarla.

Hizo amago de lanzarse contra la puerta, levantó los puños para golpearla y pedir ayuda pero, de repente, paró. ¿Y si en lugar de Ruth la escuchaba alguien más? Su vecino de al lado, por ejemplo. Llamaría a los bomberos y ellos le preguntarían dónde estaba su padre. Mientras meditaba durante cuánto tiempo podría aguantar antes de que Ruth volviese a buscarla, sintió un retortijón en el estómago. No comía desde el día anterior. Se había saltado el almuerzo y ahora se estaba muriendo de hambre. Volvió a la ventana, con la esperanza de ver a la gárgola posada sobre algún tejado, pero no vio nada.

La niebla se levantaba de los canales en grandes volutas, como humo frío, ocultando las fachadas de las casas. Habría querido llamar a la gárgola, pero no sabía su nombre. No se le había ocurrido preguntárselo. Se apoyó en el alféizar. Sabía que bajo el edificio había un canal. Había visto a Leo Wehwalt atravesarlo en piragua. ¿Cómo de profundo sería? No es que tuviese muchas ganas de tirarse desde un quinto piso para caer en una especie de cloaca, pero, de repente, el peso de los últimos acontecimientos la golpeó a traición.

No sabía si Ruth volvería a buscarla ni cuándo. No sabía si era buena idea pedir ayuda a los demás vecinos. Lo más seguro era apañárselas sola. Tenía un hambre atroz, una cita con Dimitri aquella misma noche, y tenía que encontrar algo valioso con que pagarle. Su padre estaba fuera de combate, su madre también y ella tenía que reaccionar antes de que Ruth decidiese llamar a la policía para denunciar su desaparición.

Total, pensó, ¿qué tenía que perder? La mejor de las perspectivas, la de ir a vivir a Francia con su abuela, la hacía sentirse aún más desesperada. Puede que la tomaran por loca porque creía que su padre, en realidad, era la cuarta estatua del Palacio Mastelli y pasaría meses internada en una institución mental. Si permaneciese allí suficiente tiempo, hasta ella misma se terminaría convenciendo de que aquella historia no era más que una alucinación. ¿Qué tipo de persona cuerda creería realmente haber volado a lomos de una gárgola?

Lucilla observó la buhardilla, su desolación. Aquel mundo lleno de peligros del que su padre la había mantenido apartada. En un abrir y cerrar de ojos, presa de una mezcla de rabia, soledad, desesperación y hambre, decidió dar un giro a su vida. Se encaramó a la cornisa y metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que la carta de la dama de picas, su amuleto de la suerte, seguía en su sitio. Después, inspiró profundamente y se dejó caer.

Antes incluso de haber recorrido la mitad del trayecto, mientras la fuerza de la caída le echaba el pelo hacia atrás, comprendió que había cometido una idiotez. En una fracción de segundo se acordó de lo que hacía su madre cuando ella estaba particularmente triste o asustada. Se arrepintió porque no podría enseñárselo nunca a sus propios hijos. Ya era demasiado tarde...

Aterrizó sobre algo duro, sintió un violento golpe en la mejilla y gritó de dolor. Después notó que algo la agarraba y la impulsaba hacia arriba. Abrió los ojos. Vio un hocico gris, con grandes dientes que sobresalían de las encías. Después escuchó una voz sibilante que decía:

—Vuelve a hacer eso otra vez y te cruzo la cara.

Lucilla alargó las manos hacia el cuello de la gárgola. La bestia la llevaba en brazos, como si fuera una niña pequeña. De repente. Lucilla sintió los párpados pesados y unas ganas irresistibles de dormir y tener dulces sueños. Antes de cerrar los ojos, susurró:

—Recuérdame que te diga una cosa cuando me despierte.

La gárgola le dedicó una mirada torva, después volvió a mirar al frente y, batiendo las alas con furia, se dirigió volando hacia las aguas oscuras de la laguna.

A Lucilla le despertaron los mordiscos del hambre. Sin embargo, no abrió los ojos inmediatamente. Dejó que la sensación de calor y suavidad penetrara en todas las células de su cuerpo.

Cuando se decidió a moverse, alertada por un ruido extraño, vio que la gárgola estaba atareada poniendo cosas sobre un mantel. Colocaba platos, apartaba tazas y, mientras lo hacía, intentaba silbar. Lucilla sonrió y se dio cuenta de que la mejilla le dolía muchísimo.

Debido a sus quejidos, la gárgola volvió la cabeza. Su expresión era la misma que la última vez que la había visto. Quizá incluso más furiosa. Se cruzó de patas y la miró con sus oscuros ojos de piedra.

—¿Y bien? —siseó.

—Alguien cerró la puerta desde fuera. Estaba encerrada dentro y, además, me moría de hambre. Intenté llamarte, pero tú... tú...

—¿Yo qué?

—¡No sé cómo te llamas! ¿Qué podía hacer? ¡Si hubiera pedido ayuda, me habrían llevado a un orfanato y desde allí no podría ayudar a mi padre ni a mi madre! Quería escapar...

La gárgola se quedó inmóvil, mirándola con tanta intensidad que, por un momento, Lucilla pensó que pretendía leerle el pensamiento.

—Entonces, ¿no querías hacer ninguna tontería?

—¡Nooo! —protestó Lucilla, acercándose a gatas al mantel que había en el suelo.

Sobre él había un paquete de galletas, pan, mermelada, leche, mantequilla y hasta un poco de fiambre.

—¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó Lucilla, sin preocuparse por no hablar con la boca llena.

—Bueno, incluso con este frío siempre hay alguien que deja mal cerradas las ventanas. Solo hay que saber buscar...

Lucilla miró a su alrededor. Aquel lugar estaba lleno de excrementos de paloma y plumas desperdigadas por todos lados. Además, había campanas y unas ruedas dentadas que seguramente pertenecieran a un mecanismo. Volvió la cabeza. Había dormido sobre

un montón de cojines que parecían provenir de un sillón, al menos cuatro suaves mantas y otras tantas colchas que no sabía de dónde habían salido.

—¿Has desvalijado un apartamento?

La gárgola se encogió de hombros.

—Estabas tiritando. Ahora, dime cuáles eran tus verdaderas intenciones.

Ella tragó el último mordisco de pan y respondió:

—Pensaba tirarme al canal y, desde allí, volver a subir a casa. Tengo las llaves en el bolsillo. Pero, luego...

La gárgola entrecerró los ojos y se quedó esperando el resto de la frase.

—Pero luego me di cuenta de que había hecho una idiotez y de que podía matarme. Tuve miedo y llamé a mi ángel de la guarda.

—En cambio, llegué yo —siseó la gárgola.

—Y llegaste tú —dijo Lucilla, torciendo la boca en una especie de sonrisa.

Comprobó que le faltaba un diente al fondo de la boca y que la mejilla derecha se le había hinchado como un bizcocho.

—¡Menudo leñazo!

—¿Y qué te esperabas, mocosa estúpida? ¡Te cogí por los pelos! ¡Un plan de fuga realmente brillante! ¡Tirarse desde un quinto piso! ¡Te podías haber roto la crisma!

La gárgola siguió regañándola y Lucilla siguió sonriendo. Cuando la bestia se hartó de inventar nuevos insultos y de ir de arriba para abajo por el campanario agitando los puños, la chica comprendió que la criatura se había calmado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

La gárgola levantó una ceja.

—Entonces, ¿no me lo vas a decir?

—Mi nombre no puede ser pronunciado por un humano. No se puede traducir en un sonido articulable por vuestras modestas capacidades verbales.

—Inténtalo.

La gárgola inspiró profundamente, como si estuviese cansada de intentar razonar con una pared. Abrió las fauces de par en par y emitió un sonido incomprensible, similar al que produce una piedra al caer en el agua.

—¿Ploc? ¿Qué tipo de nombre es Ploc?

—¿Qué te había dicho? —respondió la gárgola con una sonrisa orgullosa.

—Bueno, probemos con otra cosa —continuó Lucilla tras pensar un momento—. ¿Qué significa en tu idioma?

—Significa: «Oh, Tú, Nacido Del Vientre Incandescente De La Madre Tierra Durante Una Erupción De Poder Inaudita Por Obra De Aquel Que Creó Todas Las Cosas Animadas E Inanimadas». ¿Contenta?

Lucilla cerró la boca.

—Pues sí, creo que no podremos usar tu nombre, es demasiado largo. ¿Qué te parece Ploc?

–Me parece insuficiente.

–Pero así la próxima vez que te necesite podré llamarte y no me veré obligada a tirarme por la ventana.

–Chantaje emocional. Así se llama lo que acabas de hacer.

Lucilla se deslizó fuera de la colcha que había tenido sobre los hombros durante el desayuno y se acercó a la ventana.

–¡Aléjate de ahí! –chilló la gárgola.

–Tranquilo, Ploc –aventuró Lucilla, retrocediendo un paso.

–Nadie debe saber mi nombre.

–Prometido.

De repente, las campanas empezaron a tocar, provocando un vaivén de palomas aterrorizadas. Lucilla gritó, las vibraciones provocadas por los tañidos le hacían rechinar los dientes. Después de doce *bongs* ensordecedores, resurgió de las mantas.

–Bien –dijo–. Ahora puedo volver a casa.

–Tú no te mueves de aquí –siseó la gárgola dando un paso hacia ella–. No puedo pasarme la vida salvándote el pellejo. Quiero que estés donde te pueda tener controlada.

Lucilla negó con la cabeza. Hacía rato que había localizado una trampilla de la que sobresalía un tramo de escalera que, con toda probabilidad, llevaba abajo.

–No me puedo quedar aquí, me voy a quedar sorda. Además, tengo cosas que hacer, tengo que tranquilizar a Ruth, tengo que ver a Dimitri.

–¿Quién es Dimitri?

–Es el chico a quien le he encargado que robe la máquina de escribir.

La gárgola dejó de acechar a una paloma que incautamente se había posado sobre el suelo del campanario para lanzarle una mirada feroz.

–¿Qué has ido contando por ahí, cabeza hueca? ¿No has sido capaz de robar la condenada máquina?

–¡Estaba bajo llave dentro del despacho del viejo! ¿Cómo querías que lo hiciera? Dimitri es un ladrón. Hemos quedado esta noche en Fondamenta Nuove y allí me dará la máquina.

La gárgola se acercó tanto a ella que Lucilla podía escuchar el rechinar de sus dientes de granito, quizá a causa de la rabia.

–¿Cómo puedes estar segura de que no te traicionará y que hará lo que tú quieres que haga?

Lucilla no estaba preparada para aquella pregunta. Lo sabía y punto. Los chicos siempre hacían lo que ella quería. Ya fuese llevarla en moto donde se le antojara o asumir la culpa si un profesor los pillaba hablando en clase. Siempre había sido así y Lucilla no veía el motivo por el que aquella vez fuera a ser distinto.

–Le he prometido una recompensa y él la ha aceptado.

–¿Y qué pinta tiene este tipo? ¿Cuántos años tiene?

Lucilla notó que se le removía algo a la altura del estómago. Aquello era como

escuchar a su padre, y empezaba a estar harta de aquel interrogatorio. ¿Aquel monstruo de piedra pretendía meter las narices en su vida?

—Más o menos mi edad..., es mono...

—Ah, bueno, ahora estoy mucho más tranquilo. ¿Y qué más? ¿Tiene un tirachinas?

—¿Qué tienen que ver los tirachinas con eso? Lo único que sé es que ha accedido a trabajar para mí. Punto y final.

La gárgola estiró los brazos y suspiró.

—Bueno, ya no tiene remedio. Tienes la cabeza tan dura como tu padre y, al igual que él, te crees muy lista. Quizá no debería haberte salvado el pellejo. Quizá debería habérmelas arreglado yo solo.

—Quizá —replicó Lucilla, caminando decidida hacia la salida—. De todas maneras, yo me voy. Nos vemos en Fondamenta Nuove cuando salga la luna.

—¡Espera! —chilló la gárgola—. ¡Yo no puedo salir de día!

Pero Lucilla ya estaba bajando las escaleras a toda prisa, dejando que la trampilla se cerrara a sus espaldas.

—Muy bien, haz lo que te dé la gana. ¡Apáñatelas sola! —gruñó la bestia, dándole una patada a la trampilla.

Lucilla se orientó rápidamente. La niebla ya no era tan densa. Se alcanzaba a ver incluso un poco más allá de la laguna. Estaba en Malamocco, en la isla de Lido, un barrio de Venecia. Allí estaba el casino y, un poco más adelante, el muelle del *ferry*. Cuando estuvo en la plaza de San Marcos, solo tuvo que cambiar de *ferry*, bajarse en la parada de San Marcuola y, desde allí, caminar hasta el gueto. Facilísimo. No necesitaba guías ni ayuda de ningún tipo.

Esperó bajo la marquesina sin levantar la vista del suelo, aunque estaba más que segura de que la gárgola no la había seguido. Se mezcló con la marabunta de turistas y rebuscó en los bolsillos de su pantalón para encontrar el poco dinero que le quedaba y pagar el billete. Durante todo el trayecto, no hizo más que pensar en la clavícula del rey Salomón y en cómo hacerse con ella. Sabía que con aquel talismán en su poder, todo sería posible. Incluso invertir las leyes de la naturaleza.

Quizá Ruth supiese algo; le preguntaría a ella.

Cruzó la ciudad sin dificultad. Las clases aún no habían empezado y nadie se sorprendió al ver a una chica de su edad por la calle. Además, siempre podía responder a las preguntas indiscretas en francés y hacerse pasar por una turista extranjera. Todo fue como la seda y, a medida que iban pasando las horas, la gratitud que había sentido por su salvador de granito fue dando paso a una sensación de invencibilidad. Ni siquiera pensó en llamar por teléfono a su abuela para tener noticias de su madre. Sabía que no habría empeorado y que esperaba que su hija la sacase de su estado vegetativo.

Bajó en la parada correcta y cruzó la plaza del gueto con la seguridad de quien había nacido en el barrio. Cruzó cada puente preguntándose qué misterios ocultarían, cuántos secretos se habrían susurrado en la oscuridad de los callejones de aquel barrio, sin

imaginar que hasta las piedras tenían oídos. De repente, le pareció que desvelar el lado oculto de las cosas bastaba para hacer que una vida fuera digna de ser vivida y, por primera vez, pensó en su padre con admiración y ternura.

Abrió la puerta mientras llamaba a Ruth con todo el aliento que le permitieron sus pulmones. Estaba sucia, con la ropa hecha un desastre y sudada, pero le dio igual.

—¿Quién es? —susurró alguien al otro lado de la puerta.

Lucilla no habría sabido decir si era Leo o su hermana.

—Soy Lucilla Moneta.

—¡Bendita niña! —exclamó la voz de Ruth—. ¡Me tenías en vilo! Espera que me ponga algo presentable y te abro. ¡No te muevas de ahí!

Lucilla se echó a reír. Todo el mundo quería que fuera buena y se estuviera quietecita, pero ella no iba a permitir que los adultos la trataran como si fuera un paquete que podía ser movido a placer.

Ruth apareció unos minutos después, vestida solo con una vieja bata. Tenía la raya del ojo completamente torcida y el pintalabios corrido. Pero antes de que Lucilla pudiese pararse a hacer cábalas sobre cómo había empleado el rato que la había tenido aparcada en el felpudo, Ruth la arrastró dentro de la casa y empezó a aturdira con una montaña de quejas.

—¿Dónde estabas? ¡Estaba tan preocupada! ¡Te he buscado por todos lados, hasta en la buhardilla, pero habías desaparecido! Le he pedido a Leo que me ayudara, lleva fuera desde esta mañana temprano.

—Estaba buscando a mi padre, volví tarde anoche.

Ruth se dejó caer sobre el sofá. Tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes.

—¿Qué te has hecho en la mejilla? —suspiró—. ¿Estás bien? ¿Has descubierto dónde está tu padre?

Lucilla negó con la cabeza.

—Me tropecé y me di contra una pared. Solo es un golpe. De mi padre no sé nada.

—Lo siento. Oye, ¿por qué no pones a calentar agua para hacernos un té? Buena falta me hace. Esta noche, por si no fuera suficiente con el sofoco de tu desaparición, han entrado ladrones en casa.

A Lucilla se le cayó el calentador de la mano y lo salpicó todo de agua.

—¿Ladrones? —exclamó, tratando de adoptar un tono de sorpresa creíble.

—¿Te lo puedes creer? Debían de estar realmente desesperados para desvalijar la casa de dos ancianitos. Menos mal que Leo estaba fuera y yo en la buhardilla. A decir verdad, tu desaparición nos evitó cruzarnos con esos delincuentes. Podríamos haber terminado mal parados.

Lucilla trató de no escuchar la vocecita interior que la recriminaba. Ruth no tenía nada que ver con el indeseable de su hermano. Si es que realmente estaba relacionado con la petrificación de su padre. Porque, hasta ahora, la única que está convencida de su culpabilidad es la gárgola, pensó Lucilla.

—¿Se han llevado algo de valor? —se esforzó por preguntar.

—Algo de dinero, algunas joyas. Lo lamento mucho, porque eran de mi madre pero, de todas maneras, no tengo a quien dejárselas. ¿Sabes que también se han llevado la vieja máquina de escribir de Leo? Vete tú a saber... nunca hubiera imaginado que fuera un objeto de valor.

A Lucilla le dio un vuelco el estómago. ¡Aquel desgraciado de Dimitri la había desobedecido! ¡No se había limitado a llevarse la máquina de escribir! ¡En lugar de una recompensa, se iba a llevar una buena bronca!

—Vamos, vamos, aparta el calentador del gas. El silbido me está volviendo loca.

Lucilla intentó hacerlo lo mejor que pudo, pero le temblaban las manos. Podían haber pegado a Ruth, o algo peor. Le habían robado dinero y la verdad es que Leo y ella no nadaban precisamente en la abundancia. Lucilla deseó con todo su corazón que la máquina de escribir fuera la que estaba buscando, que Leo fuese culpable y que aquella odiosa gárgola suspicaz tuviese razón. Dejó la bandeja con las tazas frente a la anciana y mantuvo la mirada baja por miedo a delatarse y porque se moría de vergüenza.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Te duele la mejilla?

Lucilla deseó tener en el bolsillo la clavícula mágica: le habría pedido que la hiciera desaparecer de la faz de la Tierra. Después se acordó de que aquella era la razón por la que estaba allí y que, en aquel momento, sus padres necesitaban que Ruth Wehwalt se compadeciese de ella.

—Pues, es que... como usted ha estudiado tanto, me preguntaba si había oído hablar de la clavícula del rey Salomón.

La anciana se dejó caer sobre el respaldo del sofá, como si le hubiesen dado un puñetazo. Lucilla alzó la mirada y vio que su amiga parecía exhausta. Se colocó un mechón de pelo en el moño y suspiró.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Nadie. He encontrado unas notas de mi padre y me preguntaba si...

Ruth levantó la mano, como para indicarle que no dijera más. Se aclaró la voz.

—La clavícula del rey Salomón es una leyenda. En el año 828, dos mercaderes venecianos, Buono di Malamocco y Rustico da Torcello, robaron el cuerpo del evangelista Marcos de Alejandría. Para sortear los controles aduaneros musulmanes, lo escondieron dentro de un cadáver de cerdo.

Lucilla se esforzó por mantener la taza quieta y vertical. Sintió como si la recorriera una corriente eléctrica que le provocaba un hormigueo en los dedos y ganas de ponerse de pie y gritar. ¡Por fin había comprendido por qué su padre la había llevado a visitar la Basílica de San Marcos! Recordaba perfectamente el mosaico que ilustraba aquel episodio: los guardias musulmanes apartaban la mirada ante aquel alimento que ofendía sus creencias religiosas. El traslado de la reliquia a bordo de una nave que había sobrevivido milagrosamente a una terrible tormenta. La multitud que esperaba la llegada del cuerpo del santo... Era una pista que su padre le había dado por si alguna vez le

pasaba algo. Una pista a seguir. Lucilla no se dio cuenta de que, mientras tanto, Ruth había dejado de hablar y la miraba. La expresión de sus ojos era indescifrable, pero en cuanto Lucilla elevó los ojos hacia el rostro lleno de arrugas y maquillaje, Ruth apartó la mirada y retomó el relato.

—Se dice que los dos mercaderes habían escondido bajo la reliquia un zafiro en cuya superficie había inscritos símbolos secretos.

—¿Un zafiro? ¿Pero no se supone que debía de ser una especie de hueso?

—*Clavícula* viene a significar «llave pequeña». Hay quien pensaba que la clavícula era una esmeralda, otros hablan de un zafiro. Según estos últimos, Salomón adquirió su sabiduría del *Libro de Razel*, una recopilación de secretos cósmicos inscritos en un zafiro. Fue el propio ángel Razel quien le entregó la clavícula. Cuando murió aquel gran soberano, el gobernante persa Nabucodonosor invadió Jerusalén, derribó su templo, saqueó su tesoro y se llevó la clavícula a Babel. Desde allí, se cree que fue trasladada a Alejandría y de allí a Venecia, donde se perdió su rastro. Pero la rápida ascensión de esta república marinera levantó sospechas de que, tras ella, se encontrase el zafiro de Razel. Nadie volvió a escuchar hablar de la clavícula hasta ¹⁹⁰⁴, cuando un sarraceno llamado Saud Khalula se apoderó, no se sabe cómo, de la joya. La escondió aquí, en Venecia. El moro fue encontrado muerto en el canal de la Madonna dell'Orto, no muy lejos de aquí.

—¡Oh! Y, entonces, ¿el que encuentre el zafiro se hace millonario?

Ruth negó con la cabeza.

—La clavícula es mucho más que una simple piedra preciosa. Todos los alquimistas del mundo la buscan desde hace siglos. Es un conjunto de fórmulas que confieren el poder de invocar y dominar a todo tipo de espíritus. Quien la poseyera no sería simplemente millonario. Sería el dueño del mundo. Podría provocar guerras, calamidades, muerte y destrucción. Podría decidir quién vive y quién muere. Por eso la clavícula no puede caer en las manos equivocadas, ¿lo comprendes?

Lucilla se revolvió en la silla, intranquila. Después hizo acopio de valor y respondió:

—Claro, pero ¿no se trata de una simple leyenda? El zafiro en realidad no existe, ¿verdad?

Ruth la miró a los ojos durante un minuto larguísimo y se limitó a asentir.

Lucilla sonrió, tratando de mantener un aspecto divertido, como si acabase de escuchar una historia interesante, pero increíble. Ya tenía toda la información que necesitaba. Llegados a aquel punto, solo le quedaba darse un baño caliente, ponerse ropa limpia y prepararse para su cita con Dimitri. Necesitaba saber si Leo era culpable y, en ese caso, elaborar un plan para apoderarse de la clavícula. Porque ambas cosas estaban ligadas. Su padre se había acercado demasiado al zafiro. Quien quiera que lo hubiera petrificado, evidentemente, protegía el talismán de Salomón.

La idea de estar tan cerca del objeto que volvería a poner en su lugar las piezas del rompecabezas de su vida, que podría devolverle a sus padres, le daba vértigo. Se levantó

y quiso tomar una galleta más antes de irse. Sin embargo, Ruth fue más rápida que ella. Se inclinó hacia delante y la agarró por la muñeca.

—Prométeme que esta noche te quedarás en casa. No te puedo invitar a venir, porque estará Leo, pero te llevaré algo rico de cenar y un buen libro para que te entretengas.

—De acuerdo —respondió Lucilla de mala gana, tratando de liberarse.

Ruth aflojó los dedos y dejó caer el brazo sobre el regazo. Por el rabillo del ojo Lucilla vio el último número de su tatuaje. Algo no cuadraba. Farfulló algo para despedirse, dio media vuelta y salió por la puerta.

Había visto los números que los hermanos Wehwalt tenían tatuados en los brazos solo un par de veces y de pasada. ¿Se habría confundido? Lucilla estaba sentada en la mesa de la cocina, tratando de recordar, cuando se fijó en el jarrón de *Gustavo*. Estaba sucio y tenía incrustaciones de grasa en los bordes. El agua estaba viscosa y opaca. Hacía siglos que el pez no comía porque ella se había olvidado por completo de alimentarlo. Revolvió todos los cajones buscando algún resto de pienso. El bote que olía a pescado seco estaba prácticamente vacío. Raspó el fondo con un cuchillo para rebañar las últimas virutas de gambas. Le limpió la improvisada pecera, cambió el agua y reubicó el jarrón en un lugar próximo a la ventana, así *Gustavo* podría mirar a la calle.

La idea de que por lo menos el jarrón se hubiera salvado de la avaricia de Dimitri le levantó la moral. Todos debían tener un poco de paciencia, *Gustavo* incluido. Si Leo Wehwalt estaba involucrado en el asunto de la clavícula, faltaba poco para resolver el misterio. Era su única esperanza, la única manera de salir de aquella situación. Para hacerlo, debía apoderarse de la llave de los alquimistas. Y, si aquello significaba que tenía que aprovecharse de la confianza de Ruth durante un tiempo, era un mal necesario, una especie de préstamo. Cuando el asunto hubiera concluido, le devolvería todo el afecto que pudiera. La invitaría a vivir con ella y su madre, una vez curada, en Milán, o en Francia, donde ella quisiera. La liberaría de aquel prepotente de Leo, aquel ser desagradable que no le permitía recibir visitas cuando él estaba en casa. Ruth estaría mucho mejor sin aquel viejo despreciable pegado a sus faldas.

De repente, Lucilla se dio cuenta de que la tarde se estaba acabando y de que aún no se había dado su baño. Corrió a llenar la bañera, alejando las dudas que se amontonaban en su cabeza. Lo primero que tenía que hacer era ver a Dimitri y descubrir si la carta la había escrito Leo. Después, él o la gárgola obligarían al viejo a escupir lo que sabía del zafiro.

No debería haberle hablado de la clavícula, lo sé. De todas maneras, lo mío es un defecto *estructural*. ¿Dónde se ha visto una gárgola con la boca cerrada? Los de nuestra especie estamos hechos así. ¡Lo siento! Por la sorpresa, di un paso atrás, yendo a chocar contra la campana. Era la primera vez que no pensaba en mí como en un león encerrado

en el cuerpo de un monstruo, sino como en el monstruo. Era una sensación terrorífica y, a la vez, de gran alivio.

La preocupación de que el campanero subiese para descubrir la razón de aquel jaleo fuera de programa me convenció a salir del campanario y trepar hasta la veleta. Las primeras nubes negras provenían del este y pronto estaría suficientemente oscuro para volar hasta la casa del alquimista.

No podía dejar sola a la chica demasiado tiempo: era un peligro público. Maldita fuera, lo único que tenía que hacer era conseguir la condenada máquina de escribir y, en cambio, ¿qué había hecho? Había contratado a un tipo del que lo único que sabía era que era ladrón y que era mono. ¿Se podía ser más estúpida?

Miré en dirección a la ciudad, rosada bajo la luz del atardecer. Si, como sospechaba, mi nueva socia había corrido a informar a su amiga Ruth de la clavícula, en pocas horas tendríamos a toda la Venecia alquímica pegada a nuestros talones. Y los colegas de Giulio Moneta no te dan tiempo a decir «ay» antes de reducirte a un estado en el que ni tu madre te reconocería.

La clavícula puede estar en cualquier parte, pensé mientras observaba aquella vasta extensión de techos y campanarios, escaleras y canales. Podía estar escondida bajo una viga, un azulejo, un puente pisado cada día por millones de pies anónimos. Nadie era tan idiota como para llevar encima una piedra preciosa del tamaño de una patata, por lo que a la fuerza debía de estar escondida en alguna parte, protegida por quién sabe qué tipo de brujerías. ¿Un dragón? ¿Un *jinn* de esos que disfrutan desmenuzando a la gente como si fueran galletitas?

Quizá aquella fuera mi última noche de libertad. Suspiré al observar mi ciudad iluminada por un rayo de sol moribundo. Resplandecía como una reina, cubierta por un manto de oro y púrpura. Tanto si mi destino era feliz –la clavícula estaba escondida pero no estaba protegida, ¡hurra!– como infeliz –la clavícula estaba escondida y bien custodiada, ¡ay!–, aquella era la última vez que podría disfrutar de una vista así, eligiendo el punto de observación que más me agradara. Cuando volviera a ser un león, me pasaría el tiempo posado en mi pedestal, mirando a los paseantes de arriba abajo, con una pata elegantemente alzada. O quizá me reducirían a polvo y mis pensamientos serían menos elaborados que los de una lombriz. En resumidas cuentas, podía esperar un poco y disfrutar de aquella belleza.

Me reuniría con la chiquilla en Fondamenta Nuove en cuanto se hiciera de noche.

Aquella era la idea.

La Isla de los Muertos



Después de lavarse y secarse el pelo, ponerse ropa limpia y cambiarle el agua a *Gustavo*, Lucilla se encontró sin nada que hacer en aquella casa extraña. No tener las manos ocupadas hacía que su cabeza diera rienda suelta a sus pensamientos. Se asomó a la ventana por lo menos mil veces, con la esperanza de ver a la gárgola. O a Dimitri. Se sacó del bolsillo la dama de picas, completamente arrugada. Lo que la enfurecía no era que hubiese desvalijado la casa de Ruth, al fin y al cabo sabía que era un ladrón. Lo que no toleraba era que hubiese hecho su santa voluntad. Lucilla decidió que ajustaría cuentas con él en cuanto tuviera oportunidad. Aún no había nacido el chico que hiciera que le temblaran las piernas y sintiera mariposas en el estómago y quedara impune.

Al anochecer, escuchó pasos en las escaleras. Había alguien al otro lado de la puerta. Observó por la mirilla: era Leo Wehwalt, más pálido, cansado y ceñudo que de costumbre. Seguramente estuviera enfadado con ella y con su hermana. Lucilla puso los ojos bizcos para intentar leer el número en el brazo del viejo, pero desistió rápidamente, porque el hombre llevaba chaqueta y gabardina. Parecía que el anciano se disponía a salir de nuevo, o quizá Ruth lo hubiera mandado recién llegado de la calle a subirle la cena sin darle siquiera tiempo de quitarse el sombrero.

Esperó a que el ruido de pasos se alejara, después abrió la puerta y recogió la bandeja. Junto con la cena, Ruth le mandaba un libro sobre mitos y leyendas venecianas. Masticó cada bocado treinta y dos veces, como le habían enseñado en el colegio, para pasar el tiempo. Ojeó el libro –que en otro momento habría absorbido todo su interés– con poco entusiasmo. Tenía que releer cada frase por lo menos diez veces para entender qué decía.

Una historia, sin embargo, captó su atención. En el año 1700, una noble veneciana apostó toda su fortuna en el casino. Se jugó la mano derecha a los dados y la perdió. Al

día siguiente, hizo que se la cortaran y se la envió a su adversario dentro de una caja. Pasaron meses antes de que la noble, completamente arruinada, recibiese otra caja. Contenía una mano de plata, de forma y tamaño idénticos a los de la mano cortada. En cada dedo tenía engastada una piedra preciosa, como si fueran cinco anillos, cada uno más lujoso que el anterior. La noble se casó con su adversario y fueron una pareja feliz que ganó inmensas fortunas en el casino. Con sus ganancias construyeron un palacio en el Gran Canal, sede de fiestas inolvidables.

«He aquí», pensó Lucilla, «la verdadera Venecia». Un lugar donde era difícil separar las cosas reales de su reflejo, donde no sabías con qué aventura te encontrarías al doblar la esquina. Quizá ella fuera como aquella noble que había arriesgado y perdido todo para finalmente descubrir que el destino no le estaba dando la espalda. Cerró el libro, se quedó un par de minutos mirando la dama de picas, tratando de convencerla de que le diera toda la suerte que pudiera, y salió de casa.

Antes de que saliera la luna, ya estaba caminando por los callejones del gueto a la caza del talismán más codiciado de toda la historia de la magia. No tenía ni idea de cómo usarlo ni de dónde esconderlo, pero confiaba en que de eso se ocuparía la gárgola. La bestia lo necesitaba tanto como ella, y, a pesar de la discusión que habían tenido, estaba segura de que no la abandonaría.

Pasó bajo la placa de la plaza, pero no levantó la mirada. Sabía que su amigo alado estaba allí, en alguna parte. Podía contar con él: ya le había salvado la vida una vez y tenía la certeza de que la acompañaría a su cita. Las ventanas estaban iluminadas por una luz cálida y Lucilla imaginó a las familias judías del gueto antes de la guerra, sentadas alrededor de una mesa, charlando. Quién sabe si la familia Wehwalt había sido grande, si eran felices, si todos habían muerto. Ignoró el escalofrío que le recorría la espalda y volvió a concentrarse en el camino que tenía que seguir. Afortunadamente, no estaba sola. Había gente que paseaba con sus perros, turistas que buscaban un restaurante o la parada del transbordador, gente que charlaba en las terrazas de las cafeterías. Y allí, apoyado contra un muro bajo, con la espalda dando al mar, vio a Dimitri, con el cabello oscuro cayéndole desordenado sobre el rostro, cubriéndole la cicatriz y sin el más mínimo indicio de una sonrisa en los labios.

Me quedé un rato largo mirando el cielo. Ví cómo en él aparecían Venus y, después, la luna. Debería haberme dado prisa, lo sé, pero la noche era tan hermosa... Durante toda mi larga vida me había considerado diferente de los humanos, a unos mil kilómetros de distancia de sus miserias y sus pobres ambiciones. Y, sin embargo..., sin embargo, en lugar de pasar mis noches gozando del cielo estrellado, las había desperdiciado descifrando códigos, mezclando venenos y robando amuletos, solo para poder cambiar de aspecto y volver a ser el que era antes. Pero, en el fondo, ¿seguía siendo el de antes? O mejor dicho, ¿seguía latiendo en mi interior un corazón leonino, aunque mi hocico

fuera el de un chuchó malhumorado? En mitad de mis cavilaciones, noté un cambio de corriente a un milímetro de mi oreja. Dos criaturas mágicas de poca importancia se habían parado a charlar justo bajo mis patas, en el tejado de la iglesia. Yo me quedé aferrado a la veleta, inmóvil.

Si aquellas dos criaturas hubieran estado un poco más informadas acerca de la arquitectura humana, habrían considerado sospechoso ver un coloso de piedra apoyado sobre una modesta iglesucha. Pero como los magos ahorran en la educación de sus siervos, me ignoraron. La situación debía de estar realmente fuera de control si aquellos dos necios no se preocupaban por hacerse invisibles a ojos de los no mágicos. Evidentemente, allí arriba se sentían seguros. Agucé el oído y me dispuse a escucharlos.

—¿Tú también lo has oído? —dijo la primera criatura, que parecía un duendecillo irlandés.

No hay que dejarse engañar por las apariencias: un tipo como él, con su sombrerito puntiagudo y su trajecito color violeta, sería capaz de arrastrar a cualquiera a su reino subterráneo con una sola mano. Son especialistas en secuestrar niños, aunque ellos lo niegan.

—¿Te has preguntado alguna vez —preguntó el otro, una especie de dragón chino con largos bigotes y unas garras considerables— por qué recorro Venecia a vuelo como un poseso? Mi amo está histérico porque nadie consigue localizar la condenada clavícula.

—¡Qué demonios —gruñó el duendecillo—, podría estar en cualquier parte! Esta ciudad es una trampa, hay demasiada magia por todos lados. Parece que alguien la avistó en la zona de la Madonna dell'Orto, pero cuando llegué allí había desaparecido. Seguramente alguien la haya usado y luego la haya vuelto a ocultar.

La conversación empezaba a ponerse interesante.

—Yo creo que esto es obra de un mago de armas tomar —continuó el duende—. Todos los que han usado el talismán después de Salomón han terminado mal.

—Mmm... Yo creo que esa cosa está escondida en alguna parte del gueto —dijo el dragón mientras se rascaba la espalda con la punta de la cola—. Seguramente esté custodiada por un golem.

—¡Ostras! —exclamó el duendecillo—. Yo no quiero tener nada que ver con los golems. Es imposible razonar con ellos.

El dragón sonrió, acercó sus fauces a las orejas del duendecillo, y susurró:

—Hagamos una cosa: tú le dices a tu amo que has volado hasta no poder más, pero que no has encontrado nada. Le cuentas que durante toda la búsqueda te ha estado persiguiendo un enorme dragón rojo y que has tenido que huir de él, ¿qué otra cosa podías hacer? Y yo le cuento al mío la misma historia, pero contigo persiguiéndome. Y, mientras, tú y yo nos quedamos aquí tranquilos, bien lejos de las garras arcillosas del golem.

—Buena idea, ¿tienes una baraja? Podemos echar una partida de cartas, un euro por cada punto —respondió el cabeza hueca del irlandés.

¡Oh, maldición! Llegaba tarde a mi cita. Todas las criaturas mágicas de Venecia volaban de aquí para allá para echarle el guante a la clavícula y parecía que el asunto iba para largo. Aquellas dos criaturas seguramente eran más rápidas que yo; no me dejarían marchar si sospechaban que había escuchado su maléfico plan para escaquearse del trabajo. Los magos suelen ser muy duros con sus siervos. Pero si me quedaba callado y quietecito no se fijarían en mí. Las gárgolas no somos criaturas mágicas y nuestra esencia no emite vibraciones sospechosas. No me quedaba más remedio que resignarme y rezar para que mi chiquilla no se metiese en algún lío irreparable.

De repente, Lucilla se avergonzó de su mejilla, hinchada como un melón, y dejó de caminar. Frente a ella, la franja de mar entre las islas de Murano y San Michele era un vaivén de barcas. Dimitri, que también había visto a la chica rubia, no levantó la mano para saludarla, ni le sonrió. Se agachó a recoger una piedra del suelo y la lanzó al agua. Dio siete botes, Lucilla los contó uno a uno hasta que la piedra desapareció. También contó los pasos que la separaban del chico. Más de siete, pero menos de un millón, que fueron los que le parecieron. Y, cuando estuvo tan cerca que podía oler el perfume de su pelo, solo dijo:

—Hola.

Él puso los ojos en blanco e hizo un leve gesto con la cabeza. Tenía los codos apoyados en el muro y el mentón tapado con el cuello de la chaqueta para protegerse del viento. Le miró la mejilla.

—¿Te has peleado con alguien?

—Algo así —respondió Lucilla y, después, añadió—: ¿Dónde está la máquina de escribir?

—No la tengo aquí. Está en un lugar seguro.

Lucilla se llevó la mano a la boca porque, al abrirla por la sorpresa, había sentido una punzada de dolor.

—¿Qué? ¿Me has hecho venir aquí para nada?

Dimitri la miró como si estuviera delante de una babosa parlante, un organismo unicelular incapaz de pillar las cosas al vuelo.

—Ese trasto no tiene valor, pero pueden relacionarlo con otros objetos. No tengo ganas de meterme en problemas por un cacharro viejo.

—Lo que tú digas —siseó Lucilla—. No has mantenido tu promesa. Robaste a los ancianos Wehwalt. Eres un asqueroso. No te daré nada por tus servicios, ya te los has cobrado tú solo.

A pesar de que el tono de Lucilla estaba cargado de desprecio, durante un segundo algo atravesó el rostro del muchacho, como si una mano invisible le estuviese acariciando la mejilla. Pero solo duró un segundo, después, su expresión volvió a ser la misma de siempre. Levantó un labio y contrajo el rostro en una mueca.

—¿Quieres la máquina de escribir, sí o no?

Lucilla bajó la cabeza.

—Sí, la necesito.

Dimitri asintió, después la agarró por el codo y la condujo por una rampa que llevaba al mar. Estaba muy oscuro, Lucilla solo alcanzó a ver una casa vieja con un enorme portal, vigas de madera medio podridas, aparejos y cuerdas mohosas.

—Pero ¿dónde me has traído? —preguntó ella, con el corazón en la garganta.

No es que fuera una experta en películas de miedo, pero aquello parecía el preludio de un mal final.

—Es un astillero. Aquí se construían las góndolas. ¿Has montado alguna vez? Bueno, qué tontería. Claro que habrás montado. Todos los turistas montan en góndola.

Antes de que Lucilla pudiese replicar que ella no era ninguna turista, que estaba allí por culpa de su padre, temporalmente petrificado, Dimitri bajó corriendo los pocos escalones que los separaban del mar. Las olas le lamían la punta de los zapatos cuando ella consiguió llegar a su altura.

—¿Dónde vamos? Yo ahí no me subo —dijo señalando una barca de remos de aspecto ruinoso y poco tranquilizador.

Dimitri había empezado a desatar el cabo que la mantenía anclada en tierra.

—Pues, entonces, no hay máquina de escribir.

Lucilla se volvió y escrutó el cielo, ya completamente oscuro. De la gárgola, aunque estuviese posada a dos metros de su nariz, no habría podido ver ni la sombra. Sin embargo, ella sabía que estaba allí, en alguna parte. De lo contrario no se habría atrevido a seguir a Dimitri. Sabía perfectamente que las chicas inteligentes no confían en extraños y no van solas a lugares que no conocen y mucho menos cuando nadie sabe dónde están. Maldijo de nuevo a su padre por no haberle comprado un móvil aunque, visto lo visto, no le habría servido de nada. Así que agarró la mano áspera que Dimitri le tendía y subió a bordo.

Estaba hasta las narices de estar encaramado a la veleta escuchando los chascarrillos de aquella carne de horca, si se consideraba que aquellos dos tipos fueran dignos de ser colgados. Por lo general, las criaturas mágicas vagas y desobedientes suelen ser castigadas de otras maneras. Por ejemplo, se las suele encerrar en botes de mermelada vacíos, o en lámparas o en cualquier otro objeto que denote el desprecio de los magos por sus subordinados. Para poder castigarlos, sin embargo, hay que pillarlos in fraganti, y los tipos con los que me veía obligado a compartir tejado estaban en un rincón demasiado tranquilo como para que nadie los sorprendiera vagueando.

Los alquimistas de Venecia están convencidos, o lo estaban hasta que sucedió esta historia, de que los sucesos interesantes ocurren dentro de los confines de la ciudad, y consideran las islas vecinas demasiado vulgares para llevar a cabo sus trapicheos. Y a los

que se les ocurre salirse de los límites de la ciudad se los tilda de pardillos, estúpidos sin remedio por no querer vivir en un palacio con vistas al Gran Canal.

Un mago chino que vivía en la isla de La Giudecca, a pesar de su simple currículum, había conseguido llevar a cabo sus actividades alquímicas invocando demonios de ojos rasgados durante casi setenta años. O, al menos, eso afirmaba el dragón rojo que estaba desplumando al duendecillo a las cartas. Aquel idiota se había jugado media Irlanda cuando decidió empezar a hacer trampas. No se pueden hacer trampas jugando con dragones, lo saben hasta los burros, pero a aquel iluso no le quedaba para apostar más que el sombrerito puntiagudo, así que decidió tentar a la suerte. Y le salió mal la jugada. El dragón se puso hecho una furia y empezó a insultar a la madre del duendecillo. Es bien sabido que los duendecillos sienten un gran apego por sus madres y, sin perder tiempo en lanzar hechizos –acción que habría revelado su verdadera ubicación–, el irlandés lanzó un derechazo directo a los dientes del reptil. La pelea que siguió a aquel puñetazo provocó que buena parte de las tejas de la iglesia se levantaran y, al mismo tiempo, me permitió escabullirme sin ser visto de la veleta a la que llevaba encaramado por lo menos una hora.

Desplegué las alas y planeé sobre la laguna, al abrigo de las tinieblas. Después de todo, tampoco llegaba tan tarde; al fin y al cabo, lo único que Listilla tenía que hacer era obligar a aquel ladronzuelo a entregarle la máquina de escribir. Aun así, decidí dejar la prudencia a un lado y tomé un atajo. En vez de sobrevolar el mar en dirección a Fondamenta Nuove, acorté distancias atravesando la ciudad. Planeé sobre la plaza de San Marcos y el Puente de Rialto y después giré a la derecha en dirección al gueto. Quizá la muñequita estuviera ya volviendo a casa. El cielo era un constante ir y venir de criaturas mágicas y me pareció que saltar de tejado en tejado era más seguro que volar entre ellas.

Llevaba unos cuantos minutos brincando cuando mis ojos se posaron sobre una placa clavada en la pared que había frente a mí. La había visto un millón de veces, pero no me había parado a leerla. Hasta entonces, nunca antes me había codeado con los judíos de Venecia. El tal Leo Wehwalt, sin embargo, era judío, era veneciano y estaba relacionado con mi misión. Así que, aquella vez, decidí tomarme un minuto para hacerlo. En ella estaban escritos los nombres de los venecianos muertos a causa de las leyes raciales, de los deportados a los campos de exterminio y de los que habían muerto a manos de los nazis alemanes o los republicanos italianos.

Menos mal que estaba agarrado a una chimenea porque, si no, me habría caído al suelo como se cae una fruta de un árbol. Solté amarras y levanté el vuelo a la velocidad de la luz. Tenía que encontrar a la chica antes de que Leo Wehwalt la encontrara a ella.

Dimitri se había quitado la chaqueta para remar con mayor facilidad. Debe de tener catorce años como mucho, pensó Lucilla, porque aún tenía las mejillas blancas y lisas y

tan próximas a su mano que se le ocurrió que podría alargar los dedos para acariciárselas. Estaba sentada frente a él, incomodísima, intentando mostrarle solo su perfil bueno, el que no estaba hinchado. Venecia, arrebatada de luces como una nave espacial, se alejaba y, a cada metro que recorrían, Lucilla sentía un pequeño pinchazo de lástima, porque todo aquello terminaría pronto y ya no tendría más excusas para pasar tiempo con él. Se mordió el labio.

—Dimitri, ¿tú tienes los pies palmeados?

—¿Qué? —Le había hecho reír. ¿Sería un buen indicio?

—Los verdaderos venecianos tienen los pies palmeados y los pulmones podridos. Ah, y les encantan las alcachofas fritas.

El chico soltó un remo para apartarse el pelo de los ojos.

—¿Y quién te ha dicho esa tontería?

Lucilla tosió aposta para hacerle ver que ella ya se había procurado un buen catarro de verdadera veneciana, y respondió:

—Un amigo.

No hacía falta explicar que se trataba de una especie de estatua de piedra parlante. Era demasiado complicado y sospechaba que ya había quedado como una imbécil con la historia de los pies palmeados.

—Mis pies son normales y corrientes, como los de toda la gente que conozco. Tu amigo está mal de la cabeza.

Lucilla se encogió de hombros, contenta de que el insulto fuera dirigido a la gárgola y no a ella. Después se arremangó el puño del chubasquero para mirar el reloj.

—¿A qué hora tienes que estar en casa? Mi padre no me deja salir hasta tarde —dijo, pero se arrepintió enseguida, porque era un comentario de niña pequeña, de niña con toque de queda y perpetuamente controlada.

Seguro que a Dimitri le dejaban hacer lo que le diera la gana. Quién sabe cómo sería su padre.

El chico no respondió. Se limitó a mirarla con la cabeza ladeada. ¿Sabría que no la esperaba nadie? Lucilla lo intentó por otra vía.

—Una de mis vecinas, Ruth Wehwalt, me quiere mucho. Se preocupa mucho por mí.

—Hemos llegado —la interrumpió él con los ojos bajos.

La barca chocó contra unos escalones de piedra, haciendo que Lucilla se tambaleara. Dimitri saltó fuera de la embarcación y anudó una gruesa soga a lo alto de un amarre. Después tomó la mano de Lucilla y la ayudó a salir de la barca. Ella fingió tropezarse e hizo como si no se hubiera dado cuenta de que tenía ambos pies en tierra firme antes de soltarle la mano, deliciosamente áspera. Levantó la mirada, vio una pared con una arcada y una verja a través de la cual se veían arder cirios. Lucilla vio cruces blancas, lápidas y estatuas de ángeles arrodillados. Habían llegado a la isla de San Michele, el cementerio de Venecia.

Dimitri avanzó unos pocos metros, rebuscando en los bolsillos lo que resultó ser una

llave. Después abrió la cerradura. La verja emitió un quejido mientras el chico la atravesaba de un saltito. Mientras tanto, Lucilla no se movió ni un centímetro. Había una única cosa que podía convencerla a entrar en un cementerio en plena noche y Dimitri la hizo. El chico retrocedió sobre sus pasos, corrió hacia ella y le sonrió. Lucilla alargó la mano y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la verja quedaba tras ella.

🐉legué al puerto de Sacca della Misericordia jadeando, con la esperanza de encontrar a Listilla de la mano de su nuevo novio, quizá besuqueándose con él bajo una farola. Me daba igual, con tal de verla. En cambio, solo vi a un borracho al que intentaban esquivar incluso los escasos paseantes de perros que había por la calle cantando una serenata. Pero de ella nada, ni la sombra. Podía estar en cualquier parte, metida en cualquier problema que fuera capaz de imaginar.

Aterricé sobre una chimenea y me puse a dar patadas a las palomas posadas en el canalón para desahogarme. Después, me senté con las patas cruzadas sobre el tejado del Casino de los Espíritus, un lugar estupendo para estar tranquilo, porque los únicos que merodean por allí son los fantasmas que le dan nombre. Desde el tejado se aprecian unas magníficas vistas. Por mucho que me esforzara, sin embargo, no avistaba ni un miserable reflejo rubio; quizá se hubiera echado la capucha. Agucé el oído, pensando en los versos del poeta Borges: «Si mi oído alcanzara los rumores del mundo, yo percibiría sus pasos».

Fue entonces cuando se me encendió la bombilla. Si no escuchaba el sonido de sus pasos a pesar de tener el corazón desbordado de sentimientos y mi formidable oído aguzado a máxima frecuencia... ¿era porque no estaba caminando! Y, si no caminaba y, como era evidente, tampoco podía volar, entonces navegaba. Me volví hacia el horizonte. Góndolas, veleros de regata, piraguas, barcas de doble proa, pontones, quechemarines y otras embarcaciones típicamente venecianas... El brazo de mar que se extendía desde Fondamenta Nuove hasta San Michele era un bullicio de embarcaciones. Y, a la fuerza, mi chica tenía que estar en una de ellas. Solo tenía que encontrarla.

🐉ucilla no alcanzaba a ver ni dónde pisaba de lo oscuro que estaba. Escuchaba el crujido de la grava y, a veces, alcanzaba a entrever fragmentos de lápidas iluminadas por cirios. Sabía que allí había famosos personajes enterrados: poetas, bailarines, músicos. Leyó los nombres del barón Corvo, Diaghilev, Stravinski y muchos otros que no había escuchado antes, pero que la miraban desde sus retratos ovalados en blanco y negro. Dimitri caminaba deprisa entre la niebla que se había manifestado de manera repentina y que parecía surgir directamente del suelo, elevándose en enormes espirales, como la respiración de un dragón.

El cementerio de San Michele parecía enorme, porque el muro que lo rodeaba y la verja habían desaparecido y Lucilla no tenía más puntos de referencia que la mano de su

guía. En un momento dado le pareció ver a la gárgola posada sobre una lápida de mármol, pero no era más que la estatua de un ángel con las alas corroídas por la humedad. Cuando hubieron dado la enésima vuelta, Lucilla descubrió que estaban frente a un panteón. A través de las ventanas, cubiertas con vidrieras de colores, se adivinaba una luz trémula, quizá proveniente de una vela.

—Hemos llegado. Esta es mi casa —dijo Dimitri.

Aquella era la primera frase que pronunciaba desde que se bajaron de la barca.

Lucilla suspiró, aliviada. Por muy absurda que pudiese parecer la situación, la palabra *casa* siempre tenía la capacidad de tranquilizarla.

—Me habías dicho que vivías con tu padre —susurró en voz baja para no molestar a los muertos.

—De alguna manera, es cierto —respondió él—. Está enterrado cerca de aquí.

Aquella revelación la golpeó a traición y Lucilla alzó los ojos. En la entrada del panteón, escrito con caracteres gráciles y elegantes, había un nombre, pero no le dio tiempo a leerlo.

—¡No quiero estar aquí! ¿No tienes suficiente con desvalijar apartamentos? ¿También te dedicas a profanar tumbas?

Lucilla se agitó con vehemencia y se golpeó con algo duro. Miró a su alrededor. El panteón estaba amueblado con una cama, un pequeño armario y dos mesitas sobre las que había un montón de libros apilados. Había una alfombra y hasta un espejo. Y todo le pareció extrañamente familiar.

—Pero... qué... —balbuceó Lucilla.

Dimitri se había desplazado hasta el fondo del panteón donde, entre las sombras, se adivinaba el contorno de un sillón. Lucilla retrocedió hacia la puerta, alargó las manos y notó algo frío y ovalado bajo los dedos. Se acercó a mirarlo mejor: eran fotos en blanco y negro dentro de óvalos de cerámica blanca. Ante sus ojos, en los laterales de la capilla, desfilaban los rostros de innumerables generaciones, cada miembro en su nicho. Todos tenían los ojos claros y la nariz aguileña. El corazón empezó a latirle con fuerza.

Dio un paso atrás, se tropezó y cayó al suelo. En ese preciso momento, se encendió una lámpara. Lucilla entrecerró los ojos, cegada por la imprevista luz. Cuando los volvió a abrir, vio que había alguien sentado en el sillón.

El poder del talismán



Sobrevolé todas y cada una de las malditas embarcaciones venecianas sin encontrar un solo pelo rubio. Ninguna de ellas podría haber ocultado a la chiquilla del radar de mi corazón, ni aunque la hubieran desnucado y la hubieran envuelto en una alfombra, ni aunque la hubieran descuartizado y la hubieran escondido en un cubo de cebos de pesca. ¿Dónde estaba? La niebla me ofrecía un camuflaje perfecto, pero al mismo tiempo reducía mi visión a la de un topo. Necesitaba una pista, un rastro a seguir.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver a peinar la ciudad cuando vi un extraño resplandor en la lejanía. ¿Sería posible que hubiese una luz encendida en San Michele, justo en el centro del cementerio? Aquel resplandor no era nuevo, pero lo había archivado en la sección de «disparates venecianos». La última vez que había escuchado hablar de él fue espiando una conversación entre un vigilante nocturno y una señora... digamos que noctámbula. Él afirmaba que había fantasmas en San Michele. Lo sabía porque un amigo suyo, pescador, le había contado que por las noches se encendía una luz en medio de las lápidas y que no era un fuego fatuo.

Ella había respondido que se trataba de un pobre huérfano que no tenía otro sitio donde dormir y al que un hombre permitía vivir en el panteón de su familia. «Y luego dicen que los judíos son avariciosos», añadió. El hombre le daba techo gratis y sobornaba al guarda del cementerio para que no dijera nada. ¡A buenas horas me acordaba! Por fin sabía dónde habían llevado a mi chica. Desgraciadamente, entre ella y yo había por lo menos un vuelo de cuarto de hora, con el viento en contra y una niebla que se podía cortar con un cuchillo.

—Dimitri, ayuda a levantarse a nuestra invitada —dijo Leo Wehwalt—. ¿Acaso se te han olvidado los buenos modales?

Dimitri se acercó a ella tendiéndole una mano, pero Lucilla siguió retrocediendo hasta que se topó con una pared.

El viejo suspiró.

—Bueno, da igual. Tendré que convertirla en una estatua sedente. Una pena, porque estoy seguro de que te habría gustado más pasar el resto de la eternidad en una postura grácil y elegante. Como tu padre, por ejemplo.

Lucilla abrió mucho los párpados, pero no salió de su ensueño. Vio claramente cómo el viejo introducía la mano en el bolsillo de la gabardina, extraía de él una caja de metal y le decía a Dimitri:

—Cierra la puerta.

—Ruth... —balbuceó Lucilla.

—¿Ruth? ¡Aquí la tienes! —exclamó Leo señalándose el pecho con el índice.

Lucilla negó con la cabeza, demasiado confundida como para abrir la boca.

Leo se levantó la manga, mostrándole el número que tenía tatuado en el brazo. Sacó un bolígrafo azul del bolsillo y, de un solo trazo, corrigió el último número. El tres se convirtió en un ocho. Miró a Lucilla, sonrió, se humedeció el dedo y se limpió las marcas de tinta.

—Ahora está, ahora no está —dijo con la voz en falsete, la voz de Ruth.

Lucilla sollozó una sola vez.

—Mi hermana nunca estuvo en Auschwitz: la mataron antes. Le dispararon por la calle, como si fuera un perro. No tenía ni veinte años.

El viejo hizo amago de abrir la caja mientras los ojos de Dimitri refulgían y Lucilla recuperaba la voz:

—He aquí al mago más poderoso de todos los tiempos, el que posee la clavícula de Salomón y que no fue capaz de salvar a su hermana. O que ni siquiera lo intentó. ¿Para qué sirve un talismán tan poderoso si no sabes usarlo? —dijo.

La voz le temblaba a causa de la rabia, de la desilusión. Ruth no existía. Había querido a un fantasma.

La sonrisa del viejo desapareció, y prosiguió.

—Has leído demasiados libros malos si piensas que vas a ganar un poco de tiempo provocándome. Crees que sabes qué es el dolor, pero solo eres ambiciosa y cretina. Pensabas que te bastaría con tu bonita sonrisa para conquistar a un chico sin saber nada de él. Yo he sido el padre y la madre de Dimitri, yo le he dado un lugar donde vivir y, cuando yo muera, heredará mi casa y todo lo que hay en ella. Es mucho más que un hijo para mí, es el heredero de mi sabiduría, mi esperanza. Yo solo vivo esperando que llegue el día en el que haya conseguido enseñarle todo lo que sé. ¿Y tú pensabas que conseguirías que me traicionara? ¿Por un colgante? ¿Por un chocolate y unas cuantas

miraditas dulces? —Lucilla sentía frío en todos los huesos del cuerpo—. ¿Estabas buscando pruebas de que yo fuera el autor de la carta? No las necesitas, tienes mi plena confesión. Petrifiqué a tu padre y después la escribí con la esperanza de que te tranquilizase un tiempo. Esperaba que la compañía de una amiga te calmase y te mantuviese alejada de este peligro —continuó el viejo, cerrando los párpados sobre los ojos húmedos—. He sido un ingenuo. La verdad es que nunca he comprendido a las mujeres.

—Quiero saber de Ruth.

Dimitri negó con la cabeza, pero el viejo suspiró.

—Ruth era la guardiana de la clavícula. El rabino la eligió a ella. Tenía que haberla llevado a Jerusalén, donde estaría más segura. Los nazis estaban a las puertas de la ciudad, nadie se atrevía a imaginar de qué habrían sido capaces si la clavícula hubiera caído en sus manos. Ruth se inscribió en el movimiento sionista, que reclamaba una patria en Palestina. Era una tapadera perfecta para devolver la clavícula a Tierra Santa, donde alguien de confianza llevaría este talismán milagroso a los sótanos del templo, al lugar donde Salomón invocaba a los *jinn*s. Sin embargo, yo me apoderé de la clavícula. Mi plan era tenerla una sola noche, para estudiarla. Estaba seguro de que era mejor alquimista que ella, más merecedor del encargo. Me refugié aquí, en el panteón familiar. Intenté usar el talismán innumerables veces, pero solo conseguí transformar en piedra algunos ratones y algún murciélago estúpido.

»Cuando volví al gueto, a la mañana siguiente, la guardia fascista republicana y la policía habían hecho una redada en Venecia, en Lido, en las islas. El único lugar que no peinaron fue San Michele, el cementerio. A mi hermana la mataron por la calle. Mis padres, junto con todos mis amigos y familiares, fueron apresados en la sede de Collegio Foscari, donde esperaban ser enviados al campo de concentración de San Sabba y después a Auschwitz. Escondí la clavícula en la fuente de la Madonna dell'Orto y me uní al destino de mi gente.

—Si Ruth hubiera tenido la clavícula...

—Quién sabe, quizá nuestra historia y la historia del mundo habrían tomado un cariz mejor, pero no lo creo. Ruth nunca quiso usarla. Sabía que nadie puede hacer que un objeto tan poderoso le obedezca para siempre y, de cualquier manera, hasta los mejores cometen errores. Errores irreparables. Mi hermana era muy inteligente, muy culta. Era una cabalista iniciada en la doctrina secreta del Zohar y la Jetzira. A pesar de ser mujer, su inteligencia y su sensibilidad superaban años luz a las de cualquier rabino.

—Cuánto debes de haberla odiado...

Leo Wehwalt no la miró. Dimitri, sin embargo, apoyó una mano en el hombro del viejo, diciendo únicamente:

—Se está haciendo tarde.

Pero él sacudió la cabeza y dijo:

—¿Sabes quién me advirtió de que tu padre estaba rastreando la clavícula? Mi hermana. Se me apareció en sueños. Hasta aquel momento solo tenía sospechas sobre tu

padre. Ya había estado antes en Venecia y cada vez parecía más seguro de sí mismo y más arrogante. Ruth no quería que la encontrase. Así se me ocurrió la idea de transformarme en mi hermana gemela. No fue difícil: solo tuve que imaginar que era una persona mejor. ¿Qué habría dicho ella? ¿Cómo habría consolado a una chiquilla confundida y desesperada?

Lucilla contuvo la respiración. En cuanto el viejo se cansase de darle conversación, quedaría convertida en una muda piedra. Sus pensamientos se dirigieron hacia la gárgola, su última esperanza. Quizá estuviera allí, en alguna parte.

—¡Ploc!

Dimitri y Leo se miraron. El muchacho sacudió la cabeza y levantó los brazos en respuesta a la mirada perpleja del viejo.

—¡PLOC! —gritó Lucilla—. ¡ESTOY AQUÍ!

A continuación se escuchó un golpe y una cascada de cristales de colores cayó sobre el suelo. Una bestia de piedra entró como una furia en el panteón, reventando la vidriera. Aterrizó sobre los cristales rotos, arañando el suelo de mármol con las garras. Dimitri levantó un brazo para protegerse de las esquivas y con el otro se aferró al hombro del viejo.

—¡La caja! ¡Cógela! —gritó Lucilla al tiempo que se montaba sobre la grupa de la gárgola.

Antes de que Leo pudiese reaccionar, la criatura se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo. Aferró la caja y la mantuvo bien firme entre las garras. Lanzó una ululación de triunfo y levantó el vuelo.

—**E**spera, quiero darles una lección —dijo Lucilla.

Listilla y yo acabábamos de despegar y aquellos dos habían salido corriendo del panteón.

—No me parece una buena idea. Ha sido un milagro que te haya encontrado. Por suerte, leí el nombre de Ruth Wehwalt en la placa del gueto y comprendí que llevaba años muerta. De todas maneras, ya tenemos la clavícula. Larguémonos y punto.

—¡Dámela! —chilló ella, arrancándome la caja de las garras.

—Ni siquiera sabes cómo usarla —me quejé, pero ella me clavó las rodillas en los costados, como si fuera una amazona.

—Querían petrificarme. Como a mi padre.

Debería haberla soltado y dejarla que se ahogara en la laguna pero, en cambio, di media vuelta y aterricé sobre una lápida. La chica no esperó siquiera a que plegase las alas para abrir la caja. El viejo y el ladronzuelo se acercaban corriendo. El chico llevaba un tirachinas y resultaba patético, mientras que la rabia de la chiquilla era contagiosa. Nunca la había visto tan hermosa, con los ojos llameantes y la frente arrugada de furia. ¿Quién era Salomón comparado con ella? ¿Quería venganza? Que la tomase.

Tiró la caja al suelo y el zafiro lanzó un rayo deslumbrante. Por primera vez después de siglos de búsqueda, estaba a un paso del éxito. Si mi chica quería invocar a un *jinn* para darles su merecido a aquellos dos infames, que lo hiciese. Mi recompensa llegaría después.

Leo frenó en seco cuando vio la clavícula en las manos de Lucilla. Agarró a Dimitri por la manga de la chaqueta y le dijo:

–Vuelve a la barca.

Pero el chico no se movió.

–¿Qué queráis hacerme? ¿Petrificarme? ¿Dejarme aquí por toda la eternidad?

–Era una solución temporal. Leo sabe cómo devolver a la gente a su estado normal. Te habríamos mantenido a raya un tiempo, el suficiente para hacer desaparecer nuestro rastro –dijo Dimitri.

–¿Y mi padre?

–¡No teníamos alternativa! ¡Quería apoderarse de la clavícula!

Lucilla apretó el puño en torno a la piedra. Estaba caliente.

–Déjalo, Dimitri. No la convencerás. Escapa.

El chico se limitó a sacudir la cabeza, después avanzó un paso en dirección a Lucilla. Ella elevó el zafiro. Los símbolos grabados en su superficie empezaron a brillar. Lucilla no sabía qué significaban, pero estaba segura de que tampoco importaba.

Leo tenía los ojos fuera de sus órbitas y el rostro pálido y perlado de sudor.

–Te lo ruego, no lo hagas. Crees saber qué quieres conseguir de la piedra, pero ella lee en tu interior. Ella escucha tus deseos más profundos. Cosas que ni siquiera sabes que desees.

–¿Ah, sí? ¿En serio?

Empecé sintiendo un temblor en las patas. El suelo dio una sacudida, como azotado por un terremoto. El viejo miró a su alrededor con ojos aterrorizados, después se volvió hacia el chico y le dio un empujón mientras le gritaba:

–¡Escapa!

El chico tuvo un momento de indecisión, después aferró la mano del hombre y trató de arrastrarlo con él, pero el viejo se soltó para abalanzarse sobre la clavícula. En ese momento, la vi. Una mano esquelética surgió de la grieta, haciendo caer una vela. Después, todo sucedió muy deprisa. Las tumbas empezaron a abrirse una detrás de otra, las calaveras salieron de la tierra como setas, cubiertas de moho.

Mi chica había despertado a los muertos de San Michele y estos empezaron a actuar por cuenta propia. Lucilla gritó, miró la clavícula, que brillaba como un faro, y la lanzó al suelo. Un cadáver, solo piel y huesos, hizo amago de recogerla, pero el chico fue más

veloz. Agarró el zafiro y se volvió hacia el viejo. Con una sonrisa de oreja a oreja, le lanzó la piedra.

—¡Noooo! —gritó Leo, pero fue demasiado tarde.

Una mano azulada, con unos jirones de carne aún pendiendo de los dedos, agarró al chico por el tobillo. Un segundo después, Dimitri ya no estaba. Había caído en la fosa. Durante un instante, se vio asomar por el borde de la tumba un mechón de pelo castaño, un destello color bronce. Después, como si la tierra se lo hubiera tragado, desapareció.

El viejo se lanzó sobre la arena removida, excavando con las manos desnudas, llorando, mientras a su alrededor lo acechaban los muertos vivientes. Vi el cuerpo de una mujer que ya no tenía nada de humano ir derecho hacia mi protegida, que no dejaba de gritar. Decidí tomar el mando. Desplegué las alas, agarré a Lucilla con la pata derecha y al viejo con la izquierda y alcé el vuelo.

Me elevé lo más alto que pude a tal velocidad que me empezaron a pitar los oídos. El único pensamiento en mi mente era cómo alejarme lo más rápido posible de aquella marea de zombis. Pensaba que ya habíamos tenido suficiente por aquella noche, pero no había contado con el resto de alquimistas de Venecia. De hecho, en aquel momento vi aparecer a todas las criaturas mágicas del vasto catálogo veneciano sobre el manto de niebla. Todos los seres que podían volar y hacer el mal se dirigían hacia San Michele, atraídos por las vibraciones de la clavícula. Ni un golem habría podido defender a aquellos dos desgraciados que colgaban como higos maduros de mis garras. Nos iban a hacer papilla, no había salida. Habría podido desentenderme de ellos, yo solo me las habría apañado bien, gracias. Lástima que la idea de abandonar a mi chica a las viles zarpas de un *jinn* me hiciera soltar espumarajos de rabia, de impotencia.

Decidí presentar batalla. Al menos, pasaría a la historia como un heroico idiota de piedra. Desplegué las alas, intentando parecer más grande y malvado de lo que era en realidad. Sujeté a mis dos pasajeros con la pata izquierda y lancé un gancho con la derecha, una defensa patética contra una tormenta de horripilantes criaturas capaces de desmoronar un rascacielos de un soplido, pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

Escapar. Lo comprendí enseguida, en cuanto vi la silueta de la muchacha volar sobre mi cabeza y sonreírme. Hizo un gesto con la mano, hacia el horizonte, en dirección a la isla de Murano. Luego, el fantasma que había conocido en la buhardilla del alquimista y que empezaba a sospechar que era Ruth Wehwalt puso rumbo a la Isla de los Muertos, atrayendo a los profanadores de tumbas hacia el cementerio. Allí, ninguno se resistiría a la tentación de darle una buena paliza a aquella cantidad de carne putrefacta —a nadie le gustan los zombis, quizá sea por el mal olor—. El fantasma de Ruth estaba distrayendo la atención hacia nosotros, dándonos la posibilidad de largarnos de allí volando. En dos palabras: estábamos salvados.

Todo aquello debió de durar un minuto, durante el cual Lucilla y el viejo estuvieron como muertos, sin darse cuenta de nada. Me puse a batir las alas como si fueran las aspas de un molino de viento y me catapulté hacia Murano, la Isla de los Vidrieros.

Invisible para todos



Los habitantes de Murano, que ya llevaban un buen rato metidos en sus camas, solo escucharon un silbido agudo, un ruido de cristales rotos y un golpe. Los más ancianos del lugar salieron de la cama gritando.

Luego, después de que sus hijos les aseguraran que no, que los bombarderos alemanes no habían vuelto y que la guerra había terminado hacía más de sesenta años, volvieron a dormirse. Probablemente, debieron de pensar que se había roto una ventana. Nada que no pudieran solucionar al día siguiente.

El coloso de piedra plegó las alas y se sacudió de los hombros los restos de la ventana que acababa de atravesar. Depositó a los dos pasajeros, una niña de trece años y un viejo que parecía tener cien, en el suelo. Después, miró a su alrededor, satisfecho. Había elegido el lugar adecuado, un horno para templar vidrio bastante alejado del centro y que parecía abandonado. Un refugio perfecto. Podía esconder la clavícula en el horno; el revestimiento amortiguaría sus vibraciones. Los magos venecianos, que a aquellas horas ya deberían de haberse unido a sus siervos en San Michele, tenían suficiente trabajo devolviendo los despojos de los zombis a sus tumbas como para preocuparse por ellos. La gárgola tenía toda la noche para que se le ocurriera cómo salir de aquel lío.

Encontró el horno, abrió la puertecilla de metal y golpeó el interior con los nudillos: parecía suficientemente grueso. Buscó al viejo con la mirada y lo encontró donde lo había dejado, apoyado contra la pared, como un saco vacío. Aferraba la clavícula con la mano. La gárgola suspiró; empezaba a sentirse exhausta.

—Vamos, viejo, dame eso. Tenemos que esconderlo antes de que algún ser alado con poca paciencia y mucha fuerza te lo arranque de la mano junto con el resto del brazo.

Leo Wehwalt no levantó la mirada del suelo, pero le tendió el talismán. Parecía un

simple paralelepípedo azul, con extraños símbolos inscritos en un lateral. La gárgola estuvo girando la clavícula entre sus garras durante unos segundos, observando a Lucilla.

La chica había dejado de sollozar pero, aparte de aquel detalle, no podía decirse que su aspecto hubiera mejorado. Parecía más muerta que viva. De hecho, parecía que deseara con toda su alma estar muerta.

—Trata de vaciar tu mente.

La voz de Leo sobresaltó al coloso. La clavícula brilló débilmente entre sus garras, iluminando el horno.

—¿Perdona?

—No pienses en nada, si puedes. La clavícula es muy sensible, siempre intenta interpretar los deseos de su amo, que es quien la maneja. Podría suceder algo que quizá no seas capaz de frenar.

—Sí, creo que entiendo lo que dices —respondió la gárgola al tiempo que introducía el talismán dentro del horno, lo más profundamente posible.

Después, cerró la puertecilla.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó el viejo.

A la gárgola le pareció percibir un resplandor en los iris azules del viejo, un brillo que se le antojó avaricia. Hizo rechinar los dientes y siseó:

—No es asunto tuyo. Da gracias a tu dios por seguir con vida.

Leo Wehwalt sonrió y alargó los brazos. El número tatuado en el antebrazo surgió bajo el puño de la camisa. «No le importa nada», pensó la gárgola. No le importaba en absoluto vivir o morir. Entonces, ¿a qué venía aquella pregunta?

—De todas maneras, ¿por qué quieres saberlo?

El viejo miró en dirección a Lucilla, después respondió con un hilo de voz:

—Tienes que proteger al mundo de esa chiquilla. ¡Tienes que impedir que mate a más inocentes! Es aún peor que su padre, porque...

—¿Porque es infinitamente más inteligente? ¿Más hábil?

Leo asintió con los ojos brillantes:

—En sus manos, ese talismán no conoce límites, no los conoce. Tú tienes que hacer algo con ella, lo que sea.

La estatua de granito emitió un sonoro suspiro y dio unos cuantos pasos en dirección al viejo. Tras un momento de indecisión, se sentó junto a él.

—Pues estamos buenos. Si su madre pudiera hacerse cargo de ella, quizá... pero mientras siga enchufada a un respirador, no hay esperanzas: esta jovencita solo se obedece a sí misma. Si a su padre no le hace ni caso, imagínate a mí.

Leo se quedó un minuto observando a Lucilla. Se había puesto de cara a la pared y estrujaba la dama de picas con dedos temblorosos.

—Quizá ahora sí os hará caso, quizá haya aprendido la lección —dijo el viejo. Después, apretó los dientes. Buscó con la mirada los ojos de la gárgola y susurró—: Ahora, si no te importa, haz lo que tienes que hacer.

—No te sigo.

Con una sonrisa siniestra, el viejo se deslizó el pulgar por la garganta. Córtamela, le estaba diciendo.

La gárgola lo miró con indecisión un segundo antes de escupir lo que estaba pensando.

—Estás de broma, ¿verdad? Tú eres quien ha organizado este desastre y ahora pretendes desentenderte de todo, señor Moneta incluido. Para tu desgracia, sé de buena tinta que puedes devolverlo a su estado anterior. Así que, para empezar, eso es lo que harás. El resto ya lo iremos pensando.

Leo negó con la cabeza.

—Yo ya no quiero vivir. No después de esta noche, no sin Dimitri.

—Bueno. Peor para ti.

El viejo reaccionó, para alivio de la gárgola, que dudaba seriamente que aquel saco de huesos siguiese albergando algo de vida. Elevó un puño arrugado y golpeó a la gárgola en el hocico. Sus nudillos produjeron un curioso sonido que divirtió mucho al mastín de piedra mientras Leo dejaba escapar un grito sofocado.

—¿Ya estás contento? Granito puro, de la mejor calidad. No tienes alternativa, admítelo.

Como única respuesta, Leo miró a Lucilla. La gárgola dejó escapar una risita.

—Deja de maquinar, viejo. Intenta arrancarle aunque sea un pelo de la cabeza y te rompo todos los huesos, uno a uno. Puedo hacerlo y mantenerte con vida. Te lo aseguro.

Leo se encogió de hombros, pero no volvió a mirar a la chica. Buena señal, pensó la gárgola.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ocúpate de ella. Enséñale todo lo que sabes y compórtate como lo habría hecho tu hermana. Me bastó con ver su nombre en la placa del gueto para unir todas las piezas del rompecabezas. Soy un tipo listo y por eso también comprendí que era mejor que tú. Como persona y quizá también como alquimista. Esfuérzate en ser como ella, no solo en apariencia.

—¿Y el padre?

—Giulio Moneta también habrá aprendido la lección. Si no deja de comportarse como un imbécil, su hija lo convertirá en un cenicero en cuanto tenga ocasión. Eso bastará para disuadirlo.

—Queda el problema de la clavícula...

—¿No podrías volver a ocultarla donde ha estado todo este tiempo? Allí nadie la encontró nunca.

—¿En el canal de la Madonna dell'Orto? Sí, pero Moneta estuvo muy cerca, podría volver a suceder.

—Pero ningún otro volverá a tenerme como ayudante —respondió la gárgola.

—¿Quieres dejar la magia?

—Sí. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—¿Tengo alternativa?

—No.

—Entonces, estamos de acuerdo.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Después, Leo dijo:

—¿Eres un perro?

—Soy un león de San Marcos. Bueno, era, hasta que a un francés armado con un cincel le pareció que así estaba más guapo.

—Entiendo. Un trabajo sobresaliente. Creo que la escultura está inspirada en un dogo de Burdeos, una especie de mastín. ¿Quién fue? Quien te infundió vida, quiero decir.

—Y yo qué sé. Se murió antes de que pudiera decirle: muérete. La verdad es que esperaba que a ti te pasara lo mismo.

Leo dejó escapar el aire entre los dientes, produciendo un sonido a caballo entre un resoplido y una carcajada.

—Cuando mi hermana aún vivía, la vi invocar ángeles con las alas más grandes que un camión. Un coloso de piedra no me impresiona demasiado.

En ese momento, la hoz de la luna se asomó por la ventana rota, iluminando las esquirlas de cristal de colores desperdigadas por el suelo. Eran fragmentos de gatos, peces, jirafas, restos de la actividad de los vidrieros que habían trabajado allí. Una cabeza de caballo emitió un fulgor azulado. El anciano la recogió del suelo y suspiró.

—Y pensar que la clavícula no es un verdadero zafiro, sino un simple trozo de vidrio... Lo que de verdad le otorga poder es lo que hay inscrito sobre él.

—¡Se me ha ocurrido una idea! —exclamó la gárgola.

—¿Cuál?

—Podríamos fundir la clavícula y transformarla en algo un poco menos llamativo. Yo qué sé, un caballito de cristal, por ejemplo.

Leo lo miró, perplejo.

—¿Para qué? Podemos fundir el vidrio, pero no borrar las inscripciones. Son eternas, las talló el ángel Raziel en persona.

La gárgola elevó los ojos al cielo.

—¿Quién buscaría el talismán del rey Salomón en una figurita de Murano? Así podrías tenerlo sobre la cómoda, a la vista de todos. En el gueto donde vives hay tantos artilugios mágicos que sus vibraciones serían imperceptibles incluso para un *jinn* experto: la clavícula sería prácticamente invisible.

—¿Tú sabes soplar vidrio? —preguntó Leo.

—Yo soy el mejor ayudante que cualquier condenado alquimista pueda soñar. Puedo hacer un matraz con un culo de botella incluso con los ojos vendados.

—Entonces, es una buena idea.

Apoyándose sobre las manos, Leo se levantó del suelo. Parecía el hombre más cansado, anciano y desesperado de toda la historia de la humanidad, pero se sostuvo sobre las flacas piernas y se acercó a Lucilla de puntillas.

–Se ha dormido –murmuró.

–Mejor así.

El viejo se quitó la gabardina y arropó con ella a la chica. Con dos dedos, muy delicadamente, le apartó un mechón de pelo de la boca. Después, intentó quitarle la dama de picas de los dedos, pero Lucilla, aunque dormida, la estrechaba con todas sus fuerzas.

–Creo que estaba enamorada del chico –susurró la gárgola.

El viejo soltó la carta, le tapó el brazo a Lucilla con la gabardina y se volvió hacia la gárgola, diciendo:

–¿No es irónico? La chica que ha matado a Dimitri ocupará su puesto.

–¿No es irónico que un león de Venecia tenga este aspecto repulsivo y decida que no pasa nada justo cuando podría volver a su estado original?

–Ah... entonces esos eran tus motivos –dijo Leo, arremangándose la camisa.

Buscó un tubo hueco para soplar el vidrio y ayudó a la gárgola a encender el horno mientras esta se disponía a relatarle su historia.

El último vuelo



La chica estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Parecía un gato callejero agazapado entre las sombras de la noche cerrada. El pelo sucio le caía en dos mechones pegajosos sobre las mejillas. Llevaba horas inmóvil, y tampoco se movió cuando un enorme mastín de piedra apareció entre la niebla para sentarse a su lado, frente al canal de la Madonna dell'Orto.

—¿Cómo está tu padre? —dijo la gárgola.

—Durmiendo.

—Se pondrá bien.

La chica asintió.

—Hay que admitir que la petrificación ha sido una buena cura. Desde que Leo ha vuelto a transformarlo en carne y hueso, está más simpático. Parece hasta más humano. Lo importante es que nunca llegue a sospechar que la clavícula del rey Salomón está cinco pisos por debajo de su casa. Ha sido una idea fantástica darle una nueva forma, ¿verdad? Todos buscan una piedra preciosa, no un caballito de vidrio. Y lo mejor es que sigue funcionando porque, de lo contrario, tu padre seguiría siendo una estatua. Las inscripciones apenas se ven. Solo son perceptibles si lo miras mucho rato y muy de cerca, pero, por lo demás, parece un souvenir normal y corriente.

La chica siguió callada.

—He oído que los magos de Venecia han tenido que trabajar toda la noche, uniendo sus fuerzas, para arreglar el desastre de San Michele. Espero que hayan aprendido la lección. Ahora se lo pensarán dos veces antes de...

Lucilla se levantó de pronto e hizo amago de alejarse, pero la gárgola la agarró por el brazo y la atrajo hacia sí, siseando:

—¿Piensas estar enfadada eternamente? ¡Tenía que haber dejado que te convirtieran en estatua! ¡Deja ya de lloriquear!

—Me voy. Estoy cansada.

—Todos lo estamos. El viejo, yo, todos. Hemos cometido un error al pensar que seríamos capaces de usar esa cosa. No hemos sido los primeros, pero, si Dios quiere, seremos los últimos. Es imposible dominar la clavícula. Punto y final.

Lucilla miró a la bestia durante un segundo antes de hablar.

—¿Qué quieres decir? ¿El viejo no te va a transformar en león? ¿Todo ha sido inútil?

La gárgola se encogió de hombros.

—¿Qué pasa, que así no te resulto suficientemente guapo?

Lucilla sonrió, aunque no había tenido intención de hacerlo.

—No quiero volver a tener nada que ver con esa cosa, nunca más. Me gusto así. Cuando lo pienso, encuentro en mi estado algunas ventajas. Ya he tenido bastante. El viejo perdió a su hermana por culpa de ese cacharro. No se marcharon de Venecia cuando aún podían hacerlo para custodiar la maldita clavícula e impedir que cayera en manos de los nazis. Y ahora ella está muerta, como toda su familia. Leo arrastró a sus padres al infierno de Auschwitz. Solo él volvió. ¿Por qué sobrevivió? Para impedir que esa cosa volviera a ser usada. Por personas como tu padre y...

—Ya me sé la historia... —siseó Lucilla, con la mirada dura, de repente.

—Pero me parece que no la has entendido. El viejo quería hacer el bien y usar la clavícula para evitar que todos aquellos judíos terminaran en los hornos crematorios, pero no lo logró. ¿El resultado? Mataron a su hermana por la calle, como si fuera un perro pulgoso, y él no pudo hacer nada porque no sabía usar esa cosa. Y, quizá, visto de lo que es capaz, lo mejor que le pudo pasar fue no tener éxito en sus experimentos. Lo único que consiguió obtener de ella, después de sesenta años de estudios, fue transformar al idiota de tu padre en una estatua. Tú, sin embargo...

Lucilla volvió a intentar liberarse de la gárgola, sin conseguirlo.

—¿Durante cuánto tiempo pretendes seguir evitándome? Fuiste tú quien mató al chico. Sí, es verdad. Fuiste tú, aunque no querías hacerlo.

—¿Ah, sí? Sabes muchas cosas de mí, ¿no? ¿Quién te las ha contado? ¿Leo? ¿También te ha contado por qué se hizo pasar por su hermana, por qué me hizo quedarme aquí en vez de mandarme con mi abuela? ¡Si me hubiese dejado llamar a la policía, Dimitri todavía estaría vivo! ¿Te ha dicho por qué hizo todo eso?

—Sí, me lo ha dicho —respondió la gárgola. Y, mientras lo hacía, soltó el brazo de Lucilla—. ¿No te vas? Buena señal. Sí, pensó que te fiarías más de una anciana, de una señora simpática, que de un carcamal gruñón. Y tenía razón. Y te ha mantenido aquí porque no tenía ninguna intención de devolver a tu padre a su estado normal. Pretendía buscar un nuevo escondrijo y desaparecer. Él, el chico y la clavícula. Pero no podía hacerlo sin antes averiguar qué sabías tú, si sospechabas algo, si tenías intención de perseguirlo. Desafortunadamente, gracias a mí, sabías demasiadas cosas y todas te

llevaban a él. Y al chico. Y si tenía que sacrificarte a ti para protegerlo a él, lo habría hecho. O, al menos, lo habría intentado.

—Parece que te cae muy bien —gruñó Lucilla.

La gárgola sonrió.

—Digamos que hoy entiendo al viejo mejor que ayer. Digamos que, en su lugar, yo habría hecho lo mismo. Y también entiendo qué quería decir cuando en el cementerio te advirtió que la clavícula lee en tu interior tus deseos más profundos.

Lucilla lo miró sin contestarle. Una parte de su cerebro aún se estaba descongelando. Era agradable. Se sentía de nieve y tenía ganas de que la primavera llegara pronto y la derritiera.

—Tú no querías hacerle daño al chico, ni tampoco a Leo. En lo más profundo de tu corazón, pensabas en tu madre. Querías que viviera, a pesar de que sabes perfectamente que está como muerta. La clavícula escuchó tu deseo y trató de hacerlo realidad. Sin embargo, la clavícula no capta los detalles. Es un cacharro bastante idiota y aquí volvemos al punto de partida: a menudo los humanos se encuentran intentando manejar un poder más grande que ellos. Y ahí empiezan los problemas.

De repente, algo se desinfló dentro del pecho de Lucilla. Soltó aire y se arrebujó contra la criatura.

—¡Demonios! ¿No me digas que no se te había ocurrido? ¡Mira que eres obtusa! Eres más tonta que guapa, y mira que eres la chica más guapa que he conocido en siglos. Cálmate, no llores, que las lágrimas corroen más que la contaminación.

Pero Lucilla lloró, lloró hasta que la primera estrella apareció sobre los tejados de Venecia.

—Mira, yo ahora tengo que irme.

Lucilla levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Adónde vas?

—Pues pensaba viajar un poco. Estoy harto de magos, libros envenenados y sótanos. Quiero volar hasta desgastarme las alas, ver mundo. Además, tú ahora tienes un montón de cosas que hacer. Tienes que procurar que tu padre no se meta en problemas, tienes que ocupar el puesto de Dimitri y tienes que estudiar un montón de textos secretos con el viejo. Cada uno tiene que llevar sus propias cargas, ¿qué te creías? Yo soy tan responsable de la muerte del chico como Leo o tú. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Vas a intentar usar la clavícula para curar a tu madre?

Lucilla habría querido responderle que no, que ni se le pasaba por la cabeza, que ella también había tenido bastante. En cambio, dijo:

—Creo que aún puedo esperar un poco.

—Claro —asintió la gárgola—. Igual se despierta ella sola.

—Igual. Oye, ¿me harías un favor?

—Dispara.

—¿Te apetece conocerla?

La gárgola le guiñó un ojo. Después, estiró una pata y se cargó a Lucilla sobre la grupa.

—Me preguntaba cuánto tardarías en pedírmelo. Monta, que dentro de nada se hará de noche.

No que hizo la hija del alquimista aún me quema en la frente. Y, aunque pasase en esta tierra otro millón de años, no me olvidaría jamás del último viaje con la chiquilla. Atravesamos a vuelo campos y ciudades, ella aferrada a mi cuello, yo sujetándole los tobillos con los dedos de piedra. Estaba ebrio de velocidad, de altitud y de euforia. Habría podido volar así eternamente, pero ambos habíamos decidido tomar caminos distintos.

Yo no podía quitarme de la cabeza la idea de que ella envejecería y moriría en el mismo tiempo en que a mí, como mucho, se me desgastarían las garras. Y no quería imaginármela como los tipos que habían surgido de las tumbas de San Michele, con los bulbos oculares colgando de las órbitas y la carne hecha jirones sobre los huesos. Prefería no pensar que, si hubiera dejado que la petrificaran, habríamos podido estar juntos durante toda la eternidad, perfectos e inmutables. Pero si algo habíamos aprendido los dos de la clavícula era que intentar entrometerse con el destino solo traía muchos problemas.

Nos quedamos acurrucados un buen rato sobre la cornisa del hospital donde su madre dormía como muerta, abrazados. Después, la llevé de vuelta a Venecia, volando en dirección al sol saliente. La dejé en su apartamento y estaba a punto de irme cuando ella me agarró por el brazo y me obligó a acercarme. Levantó el pulgar y trazó una serie de símbolos sobre mi frente, silenciosa y concentrada.

—Ya está —dijo por fin.

—¿El qué?

—El símbolo mágico. Mi madre me lo hacía siempre que tenía miedo o me sentía triste. Funciona.

Si la ternura pudiera matar, yo no estaría aquí contándoos esto. Me despedí de ella, pero no me fui lejos. Planeé sobre el tejado del edificio de enfrente y vi cómo le llevaba un vaso de agua a su padre, al que le estaba costando reponerse de la petrificación. Creo que no es buena para las articulaciones. Yo me alegré cuando la vi sentarse junto a él y apoyar la cabeza sobre su pecho. Vi que Giulio Moneta le acariciaba el pelo y sonreía.

Después, en el bajo, vi a Leo elegir los libros que debería estudiar mi chica. Sería tan grande como Ruth Wehwalt, quizá incluso más. Vi el caballito de vidrio azul, el talismán más poderoso de la historia de la magia, apoyado sobre la repisa de la chimenea, con el aspecto más inocente del mundo. Vi al fantasma de Ruth acariciar con su mano evanescente los hombros del viejo y vi que él no se daba cuenta. Quizá seguiría pensando que ella había muerto odiándolo.

Desplegué las alas y alcé el vuelo, deseando con todas mis fuerzas no volver a oír hablar nunca más de la clavícula del rey Salomón.

Agradecimientos

Este libro
y su autora les deben mucho
a Fiammetta Giorgi,
que lo entendió todo rápidamente,
a Silvia Sacco Stevanella y a Alessandro Gelso,
a Francesca Archinto y a Serena Daniele,
y a Donatella Ziliotto,
sin la que no estaríamos aquí
diciendo estas cosas.

Título original: *La chiave dell'alchimista*

Edición en formato digital: mayo de 2012

© Arnoldo Mondadori Editore, S.p.A., Milán 2007

De las ilustraciones del interior, de Michele Boscagli, © Arnoldo Mondadori Editore, S.p.A., Milán 2007

© De la traducción, Sara Cano Fernández, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-815-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

La llave del alquimista	3
Primera parte	5
Mudanza sobre el agua	7
Un malvado juego de la oca	14
Castigada	23
La ciudad de los espejos	29
Un camello en Venecia	39
Segunda parte	46
El nigromante	48
Todo en una carta	52
¿Solo una pesadilla?	59
Alcachofas fritas	65
La dama de picas	70
¡Petrificados!	79
Tercera parte	84
El secreto de la clavícula	86
La Isla de los Muertos	97
El poder del talismán	106
Invisible para todos	113
El último vuelo	118
Agradecimientos	123
Créditos	124